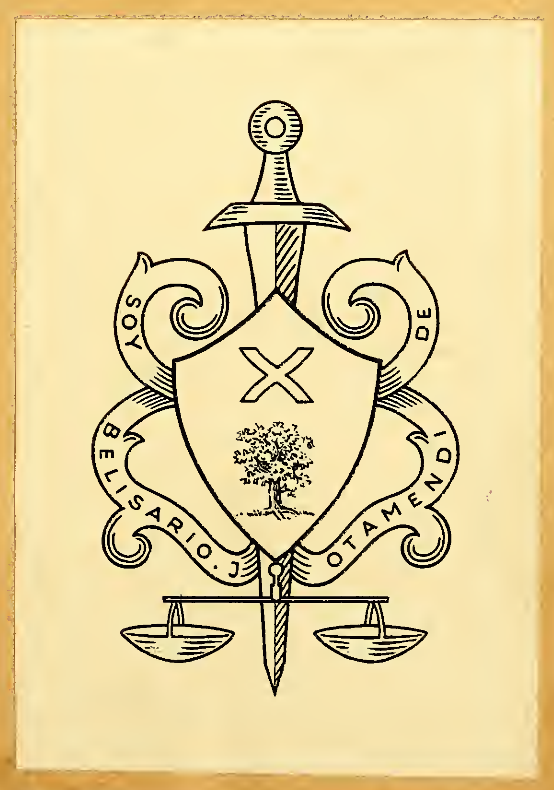




BIANCHETTO

LA PATRIA DEL TRABAJO



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Ensayo sobre la Historia de la Constitución Argentina	1	volumen
Ley de las instituciones	1	folleto
Decapitación de Buenos Aires	1	»
Los Minotauros	1	volumen
Los números de línea del Ejército argentino	1	»
La Eneida en la República Argentina (traducciones de Vélez Sarsfield y Varela, publicadas con introducción y estudio, en colaboración con el General Domingo F. Sarmiento.)	1	»
Civilia	1	»
La condition des étrangers résidents	1	»
Historia de la Confederación Argentina (1829-1862) 2ª edición	5	»
Cervantes y el Quijote	1	»

ADOLFO SALDÍAS

BIANCHETTO

LA PATRIA DEL TRABAJO

SEGUNDA EDICIÓN



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR.

79 - PERÚ - 85

1896

LA SEGUNDA EDICIÓN

Agotado el primer tiraje de BIANCHETTO, *La Patria del Trabajo*, presentamos hoy una segunda edición, creyendo interpretar el deseo de los lectores de libros de este género y concurriendo á divulgar la idea trascendental en que el autor se ha inspirado.

EL EDITOR

4983—Imp. y Lit. «Mariano Moreno», Corrientes 829.

ADVERTENCIA DEL EDITOR

El doctor Saldías, ventajosamente conocido por sus libros: Historia de la Constitución Argentina — Los números de línea del Ejército argentino — Civilia — Cervantes *y* el Quijote — *la notable* Historia de la Confederación Argentina, (1829-1862), *y otras que acreditan su fecunda labor intelectual, publicó en París un trabajo sobre la* Condition des étrangers résidents, *en el que por primera vez planteó esta cuestión relativa á los extranjeros, la cual no está regida todavía por principio de aplicación general entre las naciones.*

En el deseo de que se divulgaran las ideas apuntadas en ese libro, pidió á su amigo el distinguido literato doctor Miguel Cané escribiese una novela calcada en las mismas.

El doctor Cané convino en la necesidad de divulgarlas, pero llamado á ocupar un cargo diplomático se ausentó del país; y al doctor Sal-

días no le quedó otro recurso que abordar la confección de ese libro.

Es el que bajo el título de Bianchetto, La Patria del trabajo, *ofrecemos á nuestros lectores. En él se estudia paso á paso á un niño italiano, desde el momento en que emigra para Buenos Aires hasta el en que adquiere su completo desenvolvimiento, y con éste la prosperidad y la riqueza, á través de una serie de transformaciones que son, por decirlo así, otras tantas premisas que el autor plantea y desenvuelve en estilo sencillo y correcto.*

Inspirado en un patriotismo trascendental, el autor ensaya en narración amena el modo de encarnar en el sentimiento un principio en el que se funda la futura grandeza de este país donde los hombres de todas las razas confunden su actividad á la sombra de la libertad.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

HUÉRFANO

Bianchetto había quedado solo cuando apenas contaba trece años. Su padre, el único apoyo que tenía, acababa de sucumbir con las armas del trabajo en la mano. Calafate en la playa de los suburbios de Génova, cayó con tan mala suerte sobre un montón de herramientas y de maderos, que quedó allí exánime.

Sus compañeros le enterraron piadosamente, y volviendo á su trabajo cotidiano no se preocuparon más de la suerte del chico.

Éste no sabía más que ir de su covacha á la playa, y los domingos de su covacha á la iglesia cercana.

Al día siguiente del entierro de su padre, muy

temprano, se puso el pantalón de pana, se ciñó su gorro de pana también, y, maquinalmente, siguió en dirección al ruido del martillo que venía de la playa de Sestri Ponente.

Esa tarde le dieron de comer los pescadores. La pesca había sido abundante, las botellas de *grignolino* anduvieron de boca en boca, y á Bianchetto le había tocado hasta un pedazo de pan que prudentemente guardó para más tarde.

Era la época favorable para los hoteles que se levantan en esa playa, desde Cornigliano hasta Pegli, dando la espalda á la montaña y el frente al Mediterráneo, como todos los que se siguen desde Ventimilla hasta Niza, Mentone y Monte Carlo.

Los muchachos la aprovechan para vender flores, fósforos y confituras. Bianchetto la aprovechaba también, que muy de mañana salía á recorrer la larga vía anunciando sus mercancías con voz aguda y acompasada. Algunas palancas y, tal cual vez, un billete de dos liras, metía en su bolsillo; pero de ello tenía que participar al jardinero y á la vieja que le surtía de fósforos.

De todos modos, él le llevaba diariamente algunas palancas á la tía Marcotta, quien le

permitía dormir en su covacha y le daba una poca de pulenta ó castañas por la noche.

Las entradas de Bianchetto aumentaron á la larga por una feliz combinación.

Hallábanse en el *Gran Hotel de Sestri Ponente* dos viajeros españoles, guitarristas y cantores de afición, quienes desde su habitación deleitaban á los parroquianos con aires y canciones de un sabor especialísimo para los extranjeros.

Bianchetto, que tenía libre acceso al Hotel, porque su padre había sido carpintero de la casa y amigo del portero, no tardó, á favor de sus mercancías, en tener acceso también á la habitación de los españoles, situada en la planta baja del edificio, sobre el jardín.

Empezó por ofrecerles flores y fósforos, en ese castellano abigarrado que balbucean los muchachos de Génova, gracias al intercambio casi diario entre ese puerto y el de Buenos Aires.

Y lo hizo con tanta gracia, y con ingenuidad tan simpática les pidió permiso para escuchar desde ahí las canciones, que los españoles prendados de la fisonomía dulce, inteligente y hermosa del muchacho, no solamente se lo concedieron sino que le dijeron que le enseñarían algunas canciones.

Bianchetto no durmió casi esa noche. El diablo de la impaciencia le hacía cosquillas con un millón de alfileres. La tía Marcotta, que dormía en el extremo opuesto de la estrecha covacha, al sentir que el muchacho se le aproximaba rodando por el suelo, y que se alejaba por intervalos para volver en seguida al compás de una cantinela ronca, que para ella eran meros resoplidos provenientes de alguna indigestión de castañas, le llamó en voz alta.

Bianchetto, que recién conciliaba el sueño, despertó malhumorado, y el problema que había ocasionado su desvelo se le clavó en la frente como una espina dolorosa. Yo sabré cantar, se decía, porque me gusta el canto; pero ¿cómo acompañarme si no sé hacerlo? ¿cómo cantar sin ser acompañado? Esto lo hacen solamente los pájaros. Esos forasteros se marcharán y será inútil que yo cante si no sé acompañarme, porque no soy pájaro.

En la mañana siguiente ya tenía su plan preparado. Fué á la *villa Roustan*, le pidió al jardinero unas lindas flores y se las ofreció á los españoles, exponiendo de paso su querella.

Los españoles rieron de la ingenuidad. Bianchetto creyéndose desahuciado, los contempló con sus grandes ojos negros, sintió que el cora-

zón se le salía, y por sus mejillas sonrosadas rodaron lágrimas que dejó correr sin hacer un gesto ni limpiarlas con el codo de su chaqueta de pana.

—No tengo *pué, ni mué,* les dijo. La tía Marcotta ó los pescadores me dan de comer, y cuando no me dan me siento en la orilla del mar hasta que tengo sueño. Si yo supiese tocar la guitarra cantaría lo que me enseñéis, é iría desde aquí hasta Savonna con otros muchachos, ó recorrería desde Nervi hasta Bordighera y San Remo, y llegaría en el verano á las alturas de Serravalle, donde van tantos forasteros...

—No llores, tonto, le respondió el más joven de los españoles; si la casualidad te ha traído aquí, no saldrás descontento; te enseñaremos el acompañamiento de guitarra, y al efecto, desde hoy ya puedes tomar lecciones.

Y diciendo y haciendo, el caballero hizo sentar á Bianchetto y empezó á enseñarle á pulsar las cuerdas. Después de una hora quedó convenido en que Bianchetto iría todas las mañanas.

Y Bianchetto era infaltable á la lección. Los españoles estaban encantados del adelanto de su discípulo, quien, á su voz suavísima, atimbrada y de inflexiones sorprendentes en un

niño, unía una retentiva singular para imitar el método, la gracia, la pasión ó el tono especial de sus buenos profesores.

Á los cuatro meses de lecciones diarias, y muchas muy largas, según el humor y el tiempo de que disponían los españoles, Bianchetto se había asimilado casi todo el repertorio de canciones que le habían enseñado.

Por fin, una mañana, después de haber hecho hablar á las cuerdas de la guitarra y de haber lanzado al aire el sentimiento del corazón generoso, el más joven de los caballeros interrumpiendo el aire que preludiaba, le dijo á Bianchetto:

—Y bien, ya sabes cantar y acompañarte en la guitarra: tienes una voz adorable y la intención bastante para que tu canto entre por los ojos de quien te oiga. Ya puedes asegurarte tu pan, hasta que en tu camino se te abra un horizonte más vasto. La de hoy será la última lección que de nosotros recibas, porque mañana nos marchamos para América.

—¡Para América! exclamó Bianchetto. ¿Os marcháis para América? Y ¿qué es América? Yo sólo sé que está muy lejos de aquí.

—Sí, dijo el caballero cuyo rostro suave y melancólico se bañó en una especie de frui-

ción al desahogar su sentimentalismo soñador; sí, América es una espléndida promesa que se brinda á los hombres de todas las latitudes, desde lo alto de sus montañas, donde sólo los cóndores trepan; desde el extremo de sus ríos que parecen mares como el que tienes ahí enfrente, y hasta en las ondas de sus vientos que, como el Pampero, atraviesan del uno al otro hemisferio. América es el engendro del genio español y de la hada de las selvas; el genio y el hada se confundieron entre besos y besos que el misterio iba alargando, y esta unión fecundó una vida nueva, y fué como la cimiente imponderable que hizo converger á ella las corrientes de todos los puntos del globo. *Vœ victis*. Conquista única en las pasadas épocas. Las conquistas romanas se disiparon entre el polvo de las derrotas. De aquel Imperio que abarcaba el mundo, sólo quedó la ciudad donde se discernía el apoteosis á los conquistadores, y donde todos los bárbaros desahogaron sus furias vengadoras. Pero la América, conquistada para la civilización, existe y existirá siempre como el faro de la libertad humana que alumbra todos los puntos que marca la brújula.

Imagínate una selva inmensa y desconocida

del resto del mundo. Los primeros que llegan abren sendas, sientan sus reales, la pueblan con su sangre, la animan con su aliento, y de la mezcla de la energía indómita del salvaje y de la energía del individualismo tradicional de los castellanos, surge una raza viril que adora la libertad como al supremo bien de la vida. Canta, Bianchetto, canta siempre, y cuando sepas lo que es la libertad, reserva para ella tus mejores acentos, tus endechas más harmoniosas; así, si alguna vez la pierdes, tendrás la íntima satisfacción de haberla acompañado con tu sentimiento generoso.

Bianchetto no había entendido una palabra. El otro español, que frisaba en esa edad en que ni se es suficientemente viejo para renunciar á los vínculos del corazón, ni se es suficientemente joven para empezar á propiciarlos, —los cuarenta años;—edad tan incómoda para el hombre, como la de los diez y seis en que se antoja un gallipavo desplumado, sonreía dulcemente del entusiasmo de su compañero y de la estupefacción de Bianchetto.

—Ya sabes. Bianchetto, lo que es América, le dijo; y, en sabiéndolo, ya no te queda más que aceptar esta guitarra como recuerdo de tu aprendizaje con nosotros. Tómala, y si alguna

vez te marchas á América, dirígete á Buenos Aires, adonde nos dirigimos.

Bianchetto estrechó contra su pecho la guitarra que le alargaba el caballero, y al día siguiente acompañó á los viajeros hasta el embarcadero.

Cuando el piróscafo ponía la proa hacia el Mediterráneo, y las hélices levantaban esas espumas que por las noches se convierten en sierpes de plata, cuyas brillantes escamas no alumbran más allá de la superficie de las aguas, como si fuesen reflejando á la mirada del hombre la necia vanidad de descubrir el secreto de su felicidad; Bianchetto, agitaba en el aire su chaqueta de pana en señal de despedida.

Y cuando el barco apareció como un puntal vertical sobre el horizonte, Bianchetto, melancólico y con deseos de llorar, se retiró lentamente cantando la endecha que comienza así:

«Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me torne á dar la vida.»

CAPÍTULO II

ESTRENO DE BIANCHETTO

Al día siguiente, Bianchetto cogió su guitarra y aprovechando la presencia de los parroquianos del Hotel en la terraza de la playa, se sentó en la orilla del mar y empezó á cantar unas peteneras.

Los forasteros, las damas principalmente, quedaron encantadas. Una joven extranjera solicitó y obtuvo del secretario del Hotel, que Bianchetto cantase durante la hora de la comida, no sin halagar al niño músico con algunas monedas de plata que éste unió con otras recogidas en su gorra de pana.

Esto fué un deslumbramiento para la tía Marcotta. Bianchetto le había entregado cinco liras ¡cinco liras! Pero ese muchacho llegaría á ser un Paganini, más ó menos en la época

en que ella fuese rica! No; un Paganini, no, porque éste tocaba el violín; un violín que ella había visto y casi tocado en un día de fiesta en la casa del Municipio, — y la tía Marcotta no conocía ni de oídas á ningún célebre guitarrista.

Mientras pensaba cómo le llamaría á Bianchetto, le buscó una chaqueta y unos calzones cortos de pana viables, una camisa limpia, unas ojotas con cordones bicolores, y después de un baño con el que ella dió por compurgados descuidos higiénicos que habían dejado rastros en el muchacho, le envió al *Gran Hotel de Sestri*, con esta nota final: « Toma esta bolsa: en ella echarás todas las monedas que te den: cuidado que no pierdas alguna. »

Cuando se dirigía al hotel, Bianchetto iba pensando en el absolutismo inaudito de la tía Marcotta, quien se había apoderado de las cinco liras, y no le había dado á él siquiera una para comprar algunos acaramelados que había devorado con los ojos casi pegados á la vidriera de la *birrería*, y otra para que el señor cura le encendiera una vela á San Antonio.

Quizá habría madurado esa misma tarde un plan revolucionario, si tan pronto no hubiese llegado al Hotel, y algunas damas no se hubie-

sen apoderado de él llevándole al ámplio comedor, cuyos muros lucían espléndidos frescos y algunos lienzos que se atribuían á Piola, el joven artista sacrificado por los Carlone.

Cuando todos estuvieron sentados á la mesa, la joven extranjera, de ojos soñadores y labios humedecidos en la esencia de un idealismo voluptuoso, le tomó de la mano y le hizo sentar en el sitio que se le había preparado.

Bianchetto no se hizo esperar. En seguida de un *bordoneo*, á guisa de introducción, preludió unos aires malagueños que merecieron la aprobación general. Un grave caballero británico, que jamás bebía vino sino cuando los nuevos comensales le brindaban del propio por pura cortesía, respondió á la pregunta de su vecina, una pseudo inglesa, cuyo rostro era una pasa de higo á la que se habían pegado unas gafas y coronado con una papalina que era un mero horror, diciéndola que ello era la *jota aragonesa.*

Después entró en lo hondo de unas peteneras, cuya sal fina no gustaban los extranjeros, pero cuyos vuelos les dejaba en la epidermis un cosquilleo agradable.

Y como era necesario cambiar de tono, con acento flexible y pausas picarescas, tal como lo

había escuchado de los caballeros españoles, sin entender él más de la cosa, Bianchetto cantó así:

«Es de vidrio la mujer,
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quebrar
Porque todo podrá ser.
  Y es más fácil el quebrarse
Y no es cordura ponerse
A peligros de romperse
Lo que no puede soldarse.
  Y en esta opinión estén
Todos, y en razón la fundo,
Que si hay Danaes en el mundo
Hay pluvias de oro también.»

Un general inglés le pidió al poliglota secretario del Hotel, tradujera la letra de esa especie de madrigal. La joven generala, que vivía en Pegli, porque este aire le sentaba mejor que ningún otro, mientras el general bebía la vida en Sestri á tragos de fastidio, cuando no de rom, tuvo un acceso de tos y aspiró su pomo de esencias, cuando el secretario, burdamente meloso como todos los secretarios de hotel, trasuntó en imposible prosa esa pintura de la fragilidad, puesta en música.

La joven extranjera de ojos soñadores, devo-

raba con sus miradas á Bianchetto, sentado á tres pasos de ella, y le aplaudía y le felicitaba. ¿Entendía el castellano? Quien sabe. En todo caso Bianchetto no cantaba para ella, que era el único caso en que ella, mujer al fin, le habría entendido, aunque el ingenuo muchacho cantara en sanscrito ó en pampa, que es lo mismo.

Bianchetto, artista al fin, quiso corresponder á esta distinción, y después de una tregua en que templó la guitarra y se dió algún tiempo para observar todo lo que engullían aquellos forasteros á razón de doce liras por día, levantó sus ojos sobre la joven extranjera y con voz dulce y melancólica empezó una endecha así:

Las pasiones ajuntadas
de cuantos penas tuvieron
y tormento,
con las mías comparadas
sombras son que desparcieron
como el viento...

La vibración estridente de una cuerda rota, interrumpió la endecha. Menester fué esperar un buen rato mientras el artista reparaba el inconveniente. Cuando terminó la endecha, ya la comida tocaba á su fin. La joven extran

jera se levantó y puso una pieza de diez liras en las manos de Bianchetto azorado, diciéndole en mal italiano: — Has cantado artísticamente: quiero que me enseñes esta última canción: mañana á las 8 sube al N°. 22, que te esperaré.

Bianchetto agradeció el presente, prometió no faltar á la cita, y á la señal ya dada por la extranjera, presentó su gorra de pana á los comensales...

Entre moneda y moneda que á la gorra caía pidiéronle que cantase algo antes de marcharse. Bianchetto, que ya se sentía en corriente de simpatía con la joven extranjera, la dedicó con los ojos esta canción de Garcilaso imitando á Ovidio:

Á Dafne ya los brazos le crecían
Y en luengos ramos sueltos se mostraban:
En verdes hojas ví que se tornaban
Los cabellos que al oro obscurecían;
De áspera corteza se cubrían
Los tiernos miembros que aun bullendo estaban;
Los blancos pies en tierra se hincaban
Y en torcidas raíces se volvían...

Que Bianchetto no sabía lo que decía, es cosa averiguada. Él tomaba al azar lo que recordaba del repertorio, que aprendió á los españoles. Si los demás veían en él alguna

intención se engañaban, pues, medio á medio, y hasta podían edificar castillos atribuyéndole ideas que al niño asombrarían.

Como un Napoleón de corteza artística, Bianchetto concibió al retirarse la conveniencia para él en conquistar la servidumbre del Hotel. Al efecto, le dió al portero una lira para que bebiese por las ganancias de ese día.

Ya solo en la calle, quiso recapitular su situación. Desde luego empezó á contar su ganancia, sacando del bolsillo solamente las monedas que no podía apreciar por el tacto, temeroso de que alguien le robase. La pieza de oro que le dió la joven extranjera guardóla en otro bolsillo, y con esa pieza sumaban las ganancias veinte liras.

En cuanto á las diez liras, se decía Bianchetto, me han sido especialmente regaladas, y la tía Marcotta no debe ni siquiera olerlas. Si yo le entrego las diez restantes, la tía Marcotta no me dará un céntimo, y no podré comprar ni un acaramelado para mí. Es cierto que ella me ha dado esta ropa, pero es también cierto que ésta ha salido de las diez liras que le dí. Partamos la ganancia, tía Marcotta; como no debo cambiar la pieza de oro y he de reservar algo para cuerdas de guitarra y he

de comprar un acaramelado, á Vd. le tocan seis liras y setenta y cinco céntimos, que aquí están.

Y diciendo y haciendo entró en la birrería, gastó veinticinco céntimos en tres acaramelados, separó aquella cantidad, guardó el resto atado en la falda de su camisa, y cantando por lo bajo entró en la covacha.

La tía Marcotta le esperaba entre cálculos cada vez más celestes. Esta noche, se decía, vale otras diez liras: si todos los días vienen bien, habrá que contar sobre doscientas liras. ¡Doscientas liras! pero yo voy á comprarme un catre para no dormir en el suelo y una vela para no andar á tientas por la noche!...

—Tía Marcotta, tía Marcotta, gritó en esto Bianchetto; seis liras setenta y cinco céntimos tiene Vd. por hoy.

—Seis liras setenta y cinco céntimos, exclamó la tía Marcotta con un desprecio tan hiriente como el de la hija de Appio Claudio ya fastidiada de las ofrendas de Cátulo, —¿es eso todo lo que te han dado?... ¡Avaros!...

—¿Y cuánto tiempo emplea Vd. para ganar esa cantidad? replicó el muchacho. Aunque trabaje un mes no la gana Vd., tía Marcotta,

porque tiempo hace que Vd. no tiene vela para alumbrarse, y que comemos castañas ó lo que nos dan los pescadores.

— Así van los tiempos, respondió la tía Marcotta aplastada por la enormidad del argumento: seis liras setenta y cinco céntimos es una buena ayuda: mañana compraremos unos catres y tendremos por la noche una vela.

— También le traigo á Vd. un acaramelado.

— ¡Acaramelado! aulló la tía Marcotta que abominaba los acaramelados, porque se le pegaban á las encías lisas como la palma de la mano; ¿por qué no compraste una vela?

— Porque no había de comerme la vela, tía Marcotta; pero eso no importa, voy por ella.

— Bianchetto, Bianchetto, gritaba la tía Marcotta, sofocada por la idea de que el muchacho fuese á pedir fiado y se excediera en el gasto, aguarda hasta mañana... ven.

Pero Bianchetto había volado ya, y á poco apareció con la vela de sebo.

— ¡Y qué! le dijo la tía Marcotta, presa de una sospecha feroz... ¿te han fiado la vela? ¿Con qué la has comprado?

Bianchetto se rascó la cabeza. No había pensado en que los nimios detalles suelen hacer fracasar las cosas más grandes.

—Es... que... balbuceó... me encontré en el bolsillo tres palancas: he gastado dos en la vela, aquí tiene Vd. la otra.

La tía Marcotta encendió luz y se puso á contar el dinero, con una satisfacción que rayaba en el anhelo y que habría llegado á la voluptuosidad si la cantidad hubiese sido mayor.

Intención tuvo de lavar bien las monedas de plata, para poderse mirar en ellas, y, en su avidez supersticiosa, ver ahí el secreto de aumentarlas, y apiñar los montoncitos de una lira, de dos liras... de cinco liras, ¡oh!... y hacerlos sonar bajo sus uñas afiladas para sentir en sus entrañas esa melodía única en su vida!...

En todo caso, ahí estaban, bien sujetas en sus manos; y de sus manos pasarían á su enorme pañuelo á rayas negras y amarillas, que ella arrullaría en su seno, sobre su corazón, para aspirar los deliquios de esa noche de bodas con su riqueza!...

Bianchetto habría querido también contar su tesoro. ¡Imposible!... Éste era como la estátua de Diana: moría el que lo tocase: lo perdía si lo tocaba. Era la muerte por medio del ruido.

Pero no pudo defenderse de un horrible

sobresalto. Si habría perdido el medio marengo que le dió la joven extranjera!... Esa cuasi lámina de oro ¿no se le habría resbalado en la precipitación con que la ligó con otras monedas en el extremo de la falda de su camisa?

Bianchetto se incorporó en la obscuridad, llevó las manos al atadijo, tanteó, pero... ¡imposible! las piezas de cobre eran más grandes... Empezó á desatar, cuidando de no hacer ruido. Desató... desató... deshizo los dobleces con la prolijidad con que un cirujano cambia un vendaje, y contó... una palanca... dos palancas... un franco... ¡Madona!... un sudor frío le bañó mientras sus dedos convertidos en garfios querían arrancar aquella moneda del misterio que la cubría, con la fuerza de espíritu con que Colón arrancó del misterio á la América.

Por fin respiró... la moneda estaba ahí...

Bianchetto la llevó á sus labios... en la obscuridad vió delante de sí la imagen de la joven extranjera, y volvió á liar sus monedas, quedándose á poco dormido con el sueño tranquilo y profundo que igualmente concilian los niños, los hombres de bien y los imbéciles.

CAPÍTULO II

LA VIRGEN CON EL NIÑO

Bianchetto era madrugador. ¿Qué haría si no madrugaba? ¿Dormir? ¡Bah! Desde el toque de ánimas hasta la madrugada el tirón es muy largo.

La playa donde jugaba con los muchachos, ó la sacristía que barría si llegaba antes que otros, ó acomodaba las sillas, ó hacía que hacía, ganando con cualquiera de estos servicios un poco de café caliente y hasta un pedazo de torta.

Esa mañana se dirigió á la playa, pero regresó á poco, de temor que pasase la hora de la cita que le había dado la joven extranjera; tomó su guitarra y se fué al Hotel.

El portero le dijo que casi todos los parro-

quianos estaban bañándose en la playa, pero que la extranjera no había bajado.

Arriba le dieron mejores señas: la extranjera dormía todavía. Bianchetto con el desenfado de un filósofo ó de un procurador ejecutante, se sentó en un rincón del vestíbulo, contiguo al número 22, y aguardó. Dieron las 8 ½, las 9... y como cualquier otro muchacho reducido á la quietud, Bianchetto se quedó dormido.

Todos convenían en que cierto misterio rodeaba á esa joven extranjera. Se hacía llamar Mlle. de Tecke. ¿Era polaca? ¿Era inglesa? ¿Era rumana? Nadie lo sabía. Un mes hacía que había llegado al Hotel, acompañada de un tremendo *foot man*, una especie de oso blanco, poliglota como su ama, pero impenetrable como los destinos, y áspero como una roca.

El portero que le había conocido el flaco, ó sea el aguardiente, como aperitivo para comer, sólo sabía que seguirían viaje para la América del Sur: nada más.

Y era bella. Lucía esplendorosa la belleza minervaica de esas mujeres de Homero que se batían con Aquiles, y que trasuntan las vírgenes heroicas de Virgilio y del Tasso en

la envoltura encantadora de las Camilas y de las Clorindas.

Tenía los ojos renegridos, rasgados y altivos de las judías y de las suramericanas; y el cabello castaño y sedoso de las francesas del mediodía.

Quizá el carmín de sus mejillas era demasiado subido, y demasiado desenvueltos los contornos y curvas de su busto, al sentir de esos fisonomistas exigentes del *conjunto plástico*, que miran á todas las mujeres bajo el prisma de la idea preconcebida que tienen de la belleza, y no se detuviesen á pensar que Mlle. de Tecke contaba sólo diecinueve años; que era de un pronunciadísimo temperamento sanguíneo nervioso, y cuya pasión favorita eran los caballos y los ejercicios corporales.

Así y todo, cautivaba la belleza singular de Mlle. de Tecke. La nariz aguileña que le imprimía cierta gravedad á su fisonomía, se compensaba, — si ello no era seductor, — con una boca irreprochable, cuyos labios, siempre entreabiertos, se antojaba que querían aspirar en lo nuevo y en lo raro alimento para un alma en ebullición, cuyos ideales iban mucho más allá del de ciertas mujeres que creen tener el mundo cuando se les dice que son bellas, se les agrega

que son amadas y... se casan por temor de perderlo todo con esa oportunidad, y de verse obligadas á hacer alguna imprudencia.

Los parroquianos del Hotel estaban contestes en que Mlle. de Tecke era una extravagante. Algunos de esos caballeros andantes de oficio, que asestan sus flechas sobre toda mujer bonita que encuentran en los hoteles que van recorriendo, sin dejar tras sí más que tal cual deuda, habían abierto campaña contra Mlle. de Tecke. Ésta les había clavado sus ojos negros con una expresión de tranquilidad tal, que los había desahuciado á las primeras guerrillas. El único que había trabado alguna relación con ella, y aún la había acompañado hasta la playa, era el joven guitarrista español. Pero sin duda aventuró alguna expresión ardorosa como su sangre, porque ya no se la había visto cambiar una palabra con él.

Las señoras habían presenciado cosas horribles...

Una marquesa vieja que fumaba cigarrillos rusos y no podía pasarse sin dos buenas copitas de ron después del café, y aun sin tres, si las exigencias de la digestión la ponían en este trance, vivía escandalizada de que una tarde en que la banda del 16º de Granaderos tocó

en la terraza baja del hotel, esa extranjera sin escrúpulos hubiese solicitado del redoblante que le enseñase á manejar los palillos, y de que aun hubiese tocado un redoble. ¡Tocamientos con un tambor!

Una condesa que se cuidaba mucho de las corrientes de aire y que no podía propiciarse otro entretenimiento que el de jugar en su habitación dos largas partidas de ajedrez con los oficiales del 16º de Granaderos por turno de antigüedad, recordaba, horrorizada, por su parte, que esa extranjera había pretendido, sin duda, atraerse á estos mismos oficiales, diciéndoles que la faz ridícula de los militares consiste en creerse irresistibles; y que si así como nunca retroceden ante una mujer, no retrocedieran ante una plaza, todas serían victorias para ellos: pero que ella era una plaza con los medios para resistir á la fuerza que ellos simbolizaban en su estatura colosal: que tan así era, que con un arma en la mano los despacharía individualmente.

Que esto diciendo se había traído floretes, mientras ella subió á vestirse *ad hoc:* que puesta en guardia, frente al Mayor del Regimiento, le había propinado dos botonazos en el pecho, diciéndole al tercer asalto: «para

que no se crea que me los habéis regalado, ahí va estotro» —y que le había desarmado ante la estupefacción de los demás. Que el Mayor, de cuya fortaleza y agilidad, ella no habría dudado jamás, entre galante y mohino habíale estirado la mano á la extranjera y que ésta se la había estrechado con dos enérgicas sacudidas de hombre.

La condesa agregaba que las apariencias y aun las noticias de la doncella del número 22, dejaban creer que Mlle. de Tecke era mujer; pero que probablemente sería alguna cautiva llevada á servir en la guardia de amazonas del rey de Dahomey: alguna cosa rara que causaba miedo.

Tan sólo el general inglés había dulcificado un poco la situación desfavorable que le creaban á la joven extranjera. Recordaba que ésta solicitó montar un caballo que adiestraban recién para el Marqués de... Se le respondió que era un bruto arisco y semisalvaje, y así y todo ella se le trepó encima, emprendiendo una carrera vertiginosa y regresando dos horas después con la frente estropeada al rozar con un tronco de árbol, pero jineteando sobre el bruto que echaba espuma y escarbaba el suelo con el tembloroso bazo, dominado

por aquella mujer que le palmeaba dulcemente el pescuezo.

El general inglés se aproximó á bajarla del caballo, pero sin contar con que ella le manifestó por señas que era inútil, el bruto, de común acuerdo, se diría, le tiró una manotada que le rompió su antiquísimo bastón de bambú y le propinó un sustazo de carácter solemne.

—¿Y cómo se bajó del caballo bravío? preguntó un recién llegado al Hotel.

—Como diz que se bajan los argentinos y los húngaros, agregó el general. Sacó el pie del estribo, desenvolvió suavemente el cabestro, lo tomó del extremo y se tiró al suelo tirando hacia sí, y torciendo por consiguiente el pescuezo del caballo para que éste no le diese un manotón.

Si Mlle. de Tecke no era lo que decían estas buenas gentes, era en todo caso una mujer singular.

Sola y jugando con una varita, salía del Hotel las noches de luna y regresaba muy tarde. ¿Adónde iba? Una noche espiaron sus pasos.

La vieron detenerse junto á la verja de la villa Roustan, atravesar en seguida hacia el

mar y sentarse en una piedra á contemplar cómo las franjas plateadas del agua en continuo vaivén avanzaban sobre la arena movediza. Allí había quedado inmóvil largo rato. Aguardaba á alguien seguramente.

Sí, que siguiendo por la orilla del mar, apareció delante de ella un hombre. Los espías se hicieron todo ojos... Era el *foot man* que le pedía sus órdenes.

Ella se sacó el sombrero, sacudió su hermosa cabeza, cayeron atrás sus cabellos y regresó al Hotel lentamente, con paso mesurado, como si quisiera penetrar en las tinieblas, ó como un sonámbulo que ve mundos fantásticos sobre el abismo en que se balancea desafiando dulce, riente y desarmado las furias implacables que lo amenazan.

Tal era la mujer á quien Bianchetto esperaba profundamente dormido.

El *foot man* había venido varias veces, y puestóse á escuchar á la puerta del número 22, pero se había retirado al sentir que su señorita dormía aún.

Á eso de las diez sonó la campanilla y volvió el *foot man*. Empujó apenas la puerta y en inglés dió placentero los buenos días, dejando que entrase la doncella.

Ya todos los parroquianos habían regresado del baño y se preparaban á almorzar, cuando apareció la joven con un ligero vestido de hilo y un sombrerillo de paja, que le daban el aspecto de esas suaves y amables figuras de los cuadros de Tenier; acarició familiarmente á Bianchetto y excusándose por su tardanza, le invitó á ir á la playa con su guitarra.

—¿Sabes nadar? le preguntó cuando entraban en el jardín que conduce á la playa.

—Me he criado en el mar, y cojo los pescados en el fondo cuando no son muy grandes, respondió Bianchetto satisfecho.

—Pues bien, yo nado más que tú: si tú me ganas, te daré lo que quieras, á condición de que me enseñes esa canción.

Bianchetto aceptó la apuesta, contándose desde luego vencedor. Pero con indignación profunda de sí mismo, se sintió imbécil hasta el punto de no atinar con lo que le pediría á la joven, él que era uno de los mejores nadadores entre los muchachos de la playa de Sestri Ponente.

¿Dinero?... ¿Y cuánto le pediría? ¿Cien liras? Esto era muy poco, y sin embargo era absurdo que él pidiese más. ¿Una recomendación para acomodarse en un Banco ó cosa

así? ¿Y qué haría él en un Banco con su guitarra? ¡Si consiguiese que lo llevase á América!... En fin...

Cuando llegaron á las casillas, la joven le designó una á Bianchetto y ocupó ella la contigua para desnudarse.

Bianchetto se quitó en un santiamén la chupa, los calzones, la camisa y los botines, y ya iba á arrojarse al agua, cuando la joven que por la ventanilla lo había visto pasar, le gritó: ¡Espera! ¡Espera que ya voy!... Y dos minutos después salió abrochándose una chupa sin mangas sobre unos calzones amplios que le llegaban á la rodilla.

Había marejada. Los *colazos* de alguna borrasca lejana traían á la playa una tras otra ondas levantadas, que al humedecer las piedras gruesas formaban de instante en instante raudales fatuos de brillantes.

Cuando el agua le llegó á la extranjera á la cintura y á Bianchetto al pecho, se echaron de espaldas. Una corta zambullida y á flor de agua á nadar el uno al lado del otro.

—¡Madona! exclamó Bianchetto, después de unos diez minutos, dando resoplidos y viendo que á pesar de sus esfuerzos no podía aventajar á su adversaria.

—¿Estás fatigado? le preguntó la joven, soliviándolo de un brazo.

Una onda lo echó atrás á Bianchetto cuando iba á responder. La joven se volvió de espaldas y alargándole una mano le dijo:—Hemos nadado como peces; estamos á más de doscientos metros de la orilla y estás fatigado: volvámonos.

Pero el caso era grave para Bianchetto. Habíasele acalambrado un brazo y apenas se sostenía con el otro nadando de costado.

—Tengo un brazo inútil y no podré nadar mucho más, respondió avergonzado.

—Eso no es nada: cógete de mis cabellos y estira bastante el brazo acalambrado.

—No, no lo haré.

—Pues entonces, cógete de mi pie con el brazo acalambrado y nada con el otro, que así llegaremos pronto.

Ya era tiempo de que Bianchetto siguiese el consejo. La joven lo facilitó resbalándose casi por bajo de él, y aunque ambos tragaron una poca de agua, salvaron la situación.

Á poco andar ya pudo Bianchetto ponerse nuevamente al lado de la joven y juntos llegaron á la orilla.

—Ni me has ganado, ni te he ganado, le dijo

la extranjera; ha habido fuerza mayor en contra tuya. Y para que todo vaya lo mismo, mira, mira, agregó indicándole su salida de baño que había sido arrebatada por el viento y que flotaba á buena distancia.

—Voy á traerla, dijo Bianchetto en el tono con que Metellus se proponía traer en triunfo á Jugurtha del fondo de la Numidia.

—No lo conseguirás; ni quiero que lo intentes. He traído una buena tohalla: lo que harás será frotarme con ella las espaldas.

Entró en la casilla seguida de Bianchetto, quitóse la chupa y los calzones pegados á sus carnes marmóreas, y después de enjugarse la cara y el pecho, sin volverse le alargó la tohalla diciéndole ingenuamente: frótame bien las espaldas.

Pero en medio de los omoplatos de la joven, Bianchetto, al revolverse casi verticalmente en la mar, cuando ella le indicó que se cogiese del pie, habíale inferido un gran rasguño. Al sentir el contacto áspero de la tohalla, ella se volvió bruscamente sorprendida; y lo hizo con tan mala suerte que resbaló en el piso de tabla empapada y cayó al suelo arrastrando al muchacho.

Bianchetto, por uno de esos movimientos

primos, semejantes al que hacemos cuando pasamos por debajo de una casa en construcción y sentimos caer cascarillas de ladrillo, se cogió con ambas manos de los hombros de la extranjera para salvar la cabeza. Sus pechos se juntaron trémulos con la impresión de lo inesperado. É inmóviles, con los ojos cerrados en el atolondramiento de la caída, quedaron ahí un instante sin atinar á levantarse sobre sus rodillas doloridas.

Cuando la joven comenzaba á calzarse sus zapatitos de corcho, ya Bianchetto la esperaba fuera con su guitarra.

Pero ¡cosa más rara para Bianchetto! Al pasar por su lado la extranjera sacó de la chupa una pieza de plata y poniéndosela en la mano le dijo con sequedad: — Toma, y vete... Y se alejó precipitadamente.

Ese día, la joven no bajó á almorzar. Por la tarde el *foot-man* pidió en la Secretaría del Hotel la cuenta de su señorita, pues se marchaba en la mañana siguiente.

CAPÍTULO IV

DESCONCIERTO DEL EGOÍSMO

Bianchetto se quedó otra vez solo; solo con la tía Marcotta, esto es, con el egoísmo de la miseria, que es la prosa más acerba de la vida.

Cuando supo que la extranjera se marchaba, la tía Marcotta se dió á todos los diablos, y éstos la poseyeron para hacerla proferir una maldición por minuto.

Tan insoportable estaba por la tarde la poseída, que Bianchetto, irritado por aquello de que pretendiese ser más realista que el rey,—que era él en su desgracia,—se lanzó afuera para no escuchar otros ecos de despecho que los suyos propios.

Se fué á la playa, de aquí á la plaza, siguió por la larga vía, y en todas partes se encontró mal, y á nadie vió, ni reparó en nada cuando

hubo vuelto por el mismo camino con unas ansias de llorar que le quitaban hasta las ganas de comer acaramelados.

Andando así como atontado, oyó la voz del portero del Hotel de Sestri, que le llamaba. Sintió como un fuerte nudo en la garganta. El portero en comisión le trajo á lo vivo el hecho de la partida de la extranjera.

—¿Cómo? ¿No vas al Hotel?

—No, le respondió Bianchetto volviendo sobre sus pasos y andando al lado del portero emo fastidiar á los parroquianos.

—Eres prudente, y, además, ya te he dicho que se marchan mañana y están ocupados en sus preparativos.

—¿Y por dónde se marchan?

—Los equipajes irán mañana temprano á la estación *Piazza Principe*, lo que vale decir que se dirigen á Alejandría ó á Turín.

—¿Y el equipaje de la extranjera también va allá? preguntó Bianchetto en un tono que era el de un arpegio doloroso.

—Sí.

Nada más.

El sí del portero era la evidencia de la desgracia de Bianchetto.

Un eco de ese egoísmo, más ó menos blando,

más ó menos crudo, que viste como de fiesta en la intimidad de todas las criaturas, le gritaba que era terrible la partida de esa extranjera, por la sencilla razón de que con ésta se perdían las monedas de oro que solían ir á parar á su bolsillo.

Ese mismo eco variábale la situación por pasiva, agregándole que la cosa no sería tan terrible si llegase al Hotel otra extranjera tan generosa para con él como la que se marchaba.

Esta hipótesis casuística no le ofrecía mayor consuelo por el momento, y Bianchetto la rechazaba despechado.

Por manera que el rostro bello y seductor de la extranjera no era lo que llenaba la imaginación inquieta y aviesa del muchacho.

Mejor dicho, él veía á la extranjera á través de una pieza de diez francos. Al apretar esta moneda entre sus dedos nerviosos, si algo sentía no era esa impresión subjetiva que nos hace ver en radiante relieve á la mujer querida cuando tocamos una prenda que ella tocó. No: lo único que Bianchetto sentía era no tener en vez de una, dos monedas de diez francos. Verdad es que no se le podía pedir más.

Con todo, recapitulando sobre los episodios de su corta, pero cordial relación con la extran-

jera, encontraba que maldito si podía darse cuenta de ellos.

Todo ello era una nebulosa para él. Le sucedía lo que á aquellos que pierden el conocimiento al principio de una escena trágica en que son actores, que no pueden explicar lo mejor.

Bianchetto aguzaba su ingenio para amontonar las circunstancias, desmenuzarlas en seguida, y sacar alguna luz... ¡imposible!

Desde luego, se decía, la extranjera le tomó bajo su protección... ¿Por qué le tomó bajo su protección?... Corría y jugaba con él, como él corría y jugaba con los muchachos de la playa... Se bañaba con él, se daban un golpe feroz, enlazados caían ambos al suelo y... ¡paf! ella cambiaba repentinamente, le ponía una cara como la del oso blanco que la servía de *foot-man*, y resolvía marcharse incontinenti, sin ni siquiera aprender la canción que con insistencia le pidió la enseñara. ¿Cómo explicarse todo esto?

Bianchetto trabajaba inútilmente como esos rebuscadores de oro que persisten en encontrarlo á través de las piedras de cuarzo que la suerte siempre irónica les brinda.

Pero tampoco quería ceder á la casi eviden-

cia de su ruina. Es lo que más cuesta al egoísmo de los hombres, desde el altivo mandatario desalojado del poder, que se aniquila á sí mismo llamando á la opinión que le rechaza; hasta el enamorado sin fortuna, que corre tras un nuevo desahucio cuando están frescos los desahucios anteriores. El espejismo grandioso de tal egoísmo se ve en Napoleón, marchando adelante él solo, en la noche sombría de Waterloo.

Bianchetto siguió adelante también. Niño, ingenuo, sin más horizonte que el del interés egoísta y propio del medio ambiente en que vivía, pensó que todo aquello no era más que un capricho; que un capricho era siempre el padre de otro capricho, y que bien podría ser que la extranjera cambiase de parecer y se quedase algunos días, cuando le oyese cantar nuevamente bajo el balcón, y le alargase otras monedas como las que él calentaba con todo su ardor.

En su guitarra y en su garganta estaba toda su esperanza. Las nueve serían cuando favorecido por una luna, en cuyo disco creía ver algo como la predicción de su buena fortuna, Bianchetto se situó en el jardín del Hotel Sestri, precisamente bajo el N°. 22, é imprimiendo á

su voz toda la dulzura é intención que le fué posible, empezó á cantar así:

« Doncella la de lo blanco
la que entre todas descuellas
como en el bosque la palma
por su gracia y gentileza:
Asómate á tus ventanas
y oye, tirana, mis quejas;
son vibraciones del alma
que tu amor tiene en cadenas. »

Á poco se abrió alguna ventana. Pero en el Nº. 22... obscuridad y silencio!... ¡Era horrible! ¡Esa mujer era de palo!...

Bianchetto reunió sus mejores fuerzas y atacó la última estrofa, imprimiéndole á su voz acentos tan quejumbrosos que se antojaban lamentos de esos que repercuten entre las laderas de la montaña, como verdaderas lágrimas habladas de algún grande infortunio que peregrina entre las ásperas moles de granito:

« Son efluvios inefables
de un misterio que en mí vela,
que algo tienen de divinos:
desde que Dios me condena
por esquiva á aborrecerte,
á idolatrarte por bella... »

¡Horror!... Detrás de él apareció el *foot-man*, le tocó en el hombro y, á nombre de su señorita, le pidió se retirara, porque la había despertado con el canto y ella debía marcharse en la madrugada...

Bianchetto quedó humillado, avergonzado, reventado. Tuvo un acceso de furioso despecho en el que pensó romperle al *foot-man* la cabeza con la guitarra. Pero á tiempo reflexionó que antes se rompería la guitarra, pues lo que ese oso blanco llevaba sobre los hombros era una cabeza de piedra, único vehículo de herejías semejantes á la que le trasmitía.

¡Oh! ¡la extranjera mentirosa y avara! Ahora lo comprendía todo. Por darle una moneda de plata, habíale dado una moneda de oro, y despechada se negaba á escuchar sus canciones. ¿Y qué importaba diez francos á esa mujer que debió ser tan rica?

Bianchetto buscaba los motivos más antipáticos para desahogar su interés burlado, olvidando que la extranjera le dió la moneda de oro la noche anterior al día en que le invitó á nadar con ella.

Estaba en pie de guerra. La tía Marcotta tuvo á bien notarlo así cuando, al entrar en la covacha, Bianchetto arrojó en un rincón la

guitarra, arrancándole un ¡ay! sordo y prolongado que se fué apagando con las últimas vibraciones de la bordona.

Como nada le dijeran, empezó á refunfuñar hasta que á gritos exclamó:

—Tía Marcotta, estos forasteros son unos avaros, y las mujeres son pura *magagna.*

—Toma, replicó la tía Marcotta, sin darse por aludida, que por sobre no haber sido jamás forastera, no se inclinaba por modestia á defender su sexo, ¿crees que viajarían si no fuesen avaros? Estos extranjeros salen de su casa para economizar durante la temporada en que se aprietan hasta el estómago dentro de sus vestidos á cuadros; los mismos que ya les sirvieron para apretarse otras veces.

—Haberme pedido que le enseñase una canción, haberme dado confites y dinero, haber apostado conmigo á quien nadaba más, habernos casi roto una pierna al caer al suelo...

—Muchacho, ¿qué estás diciendo?

—Sí, tía Marcotta; esa mujer no es como las demás, porque no usa frasco de esencias, ni teme las corrientes de aire, ni le duele la cabeza, y porque tira el sable, y nada más que un hombre, y tiene unos puños de hierro y unas carnes que parecen de mármol y unos huesos de

bronce, como que casi me aplastó al caer sobre mí.

La tía Marcotta tuvo la tentativa de un sobresalto, y cuando Bianchetto la hubo referido ingenua y detalladamente todos esos episodios con la extranjera, acometió la grandiosidad de encender la vela, se dió una palmada en la frente, rió con ruido semejante al graznido de las harpías de la Eneida, y tomando del brazo al muchacho:

—¿Conque esas tenemos? le dijo. ¿Conque la extranjera?...

—¿Qué? preguntó Bianchetto, que no entendía una palabra.

Probablemente la tía Marcotta pretendió *de visu* confirmar lo que aleteaba en su imaginación como cuervo herido en un pantano, porque Bianchetto apartándose con cierta gravedad la dijo:

—Tía Marcotta, es tarde ya y necesito dormir porque he de levantarme muy temprano.

Y como no hay intranquilidad que quite el sueño á los muchachos, Bianchetto se durmió muy luego.

En su sueño debían de saltar en tropel las apariciones, porque la tía Marcotta le gritó algunas veces creyéndole enfermo, ó presa de

una de esas pesadillas en que la imaginación despliega sus vuelos en busca de magníficos absurdos ó de abominables monstruosidades, cuyo recuerdo vago le suministra al hombre la presunción de que es capaz de llegar con discernimiento á todos ellos.

¿Bianchetto veía delante de sí á la bella extranjera, ú oía con fruición el sonido de las mil monedas de oro que ella le daba?

Probablemente la veía; porque se antoja que los ensueños castigan al hombre en sus pasiones, haciéndole actuar,—siquiera sea á pura imaginación,—en sentido contrario del en que actúa durante la vigilia.

Castigan al egoísta tornándole magnánimo y generoso; al avaro le castigan prodigando el oro á manos llenas; y al ambicioso ruin que sacrifica patria y afecciones, le castigan también, haciéndole servir la causa de la virtud y del bien público. En este sentido se puede decir que los ensueños propinan, aunque sea por breves instantes, el escozor del remordimiento, el sudor de las angustias y hasta el frío de los patíbulos. ¡Lástima que los hombres olviden la lección al despertar, ó rían impunemente del fastidioso devaneo que levantó el espíritu en ausencia de la voluntad.

Sí, probablemente la veía; la veía bajar hasta él riente y pura, tomarlo de la mano y ascender con él, entre millones de glóbulos transparentes que se arremolinaban en el espacio tibio, derramando los adormecimientos de la voluptuosidad en sus cabezas inclinadas ante el misterio de ese goce inefable.

La veía adorable, brindándole con sus gracias ternuras celestiales, y se veía crecer y sentía la intimidad de esa unión en el espacio, cuyas ondas lo mecían entre harmonías deliciosas hasta tender los brazos en inaudito letargo.

En esto despertó: su brazo tendido recobró á poco la tensión habitual: su mano sudorosa y ávida buscó el extremo de su camisa anudada donde depositaba sus monedas. ¡Ahí estaban! Y con la satisfacción brutal de haberlas tocado, y haber venido el día, se vistió apresuradamente, tomó su guitarra y salió á la calle.

Todavía no habían salido los viajeros del gran Hotel de Sestri; pero él debía ganar camino porque no quería pagar pasaje de tranvía. En todo caso trataría de acomodarse en e estribo del carruaje del Hotel.

Siguió la larga vía. Á la altura de la Villa Rachel, en Cornigliano, vió venir el carruaje á gran trote y se detuvo á esperarlo. Una señal

de súplica al cochero con quien mantenía aparcerías de *birrería*, y otra y otra, le permitió instalarse en el estribo. El carruaje siguió el camino de Cornigliano, pasó los túneles de San Pier d'Arena, siguió por la vía Milano, enfrentó el largo é imponente Palazzo Doria y torció para entrar en la estación Piazza Principe.

Bianchetto no perdió el hilo en ese mare mágnum de baúles y de pasajeros (que á las veces son más pesados que los baúles) en que todos gritan y se estrujan y se pisotean y se dan recíprocamente excusas, con una sonrisa que es como la válvula de escape á la cólera que en los ojos relampaguea, sobre motivos de cualquiera colisión que torció un sombrero, desautorizó la solemnidad de un postizo, desmontó unos anteojos, ó hirió el amor propio que tantas gentes llevan en los vestidos, por la sencilla razón de que no saben llevarlo en otra parte, y mucho menos en viajes, cuando el último patán raya en insolencia con el primero de los marqueses.

No perdió el hilo, que le hizo cola al secretario del Hotel Sestri, calculando, y con razón, que alrededor de éste se moverían todos los pasajeros que con él vinieron; como que el secretario les tomaría los pasajes, les arreglaría

los equipajes, y cuando el tren se pusiera en marcha iría, sombrero en mano, al ventanillo del vagón á darles el acostumbrado *bon voyage, mesdames et messieurs.*

Y siguiendo el método de su egoísmo calculador, que él no tenía por el momento otro conductor de sus acciones, se dijo, y también con sobrada razón, que si se ponía á cantar cuando cada cual se preocupaba en hacer que hacía como los Tony de los circos, yendo en cola detrás del secretario, que era quien realmente por todos hacía, nadie le oiría aunque él fuese un Paganini.

La suerte, que favorece al egoísta más que al generoso, ayudólo á Bianchetto, pues había una espera de veinte minutos hasta que llegase el tren de Alejandría.

Claro es que Bianchetto era todo ojos para ver el vagón en que entrara la extranjera. Por el *foot man* de proporciones gigantescas dedujo que ella entraba en un *wagon-lit;* y en esta confianza siguió por el andén detrás del secretario. Cuando todos los pasajeros ocuparon sus asientos, y los vendedores ambulantes empezaron á ofrecer cuanto artículo puede descomponer el estómago en un viaje de ferrocarril, Bianchetto le manifestó al secretario

que deseaba despedir con una canción á los parroquianos del Gran Hotel de Sestri.

—¡Bravísimo! Bianchetto, le respondió el obeso secretario, con ese tono abaritonado que sale del vientre siempre regalado de todos los secretarios de hotel.

Cuando el muchacho empezó á pulsar su guitarra, veinte cabezas asomaron por las ventanillas. ¿Y la bella extranjera? No; que en vez de ella asomó la caraza de *bull-dog* del *foot-man.*

El caso es que Bianchetto, sin prever esta circunstancia que apenaba su interés egoísta, preludiaba una canción alegre y festiva. Comprendió que no podría seguirla porque le subía por el esófago una especie de ahogo que sería cólera ó despecho, ó qué sé yo, pero que le inspiraba más bien gritos de rabia, y hasta intenciones de estrangular á la extranjera.

Cambió bruscamente el preludio y se decidió á cantar una endecha cuyos acentos quejumbrosos cuadraban con la situación de su espiritu; tan cierto es que en cualquiera edad, el sentimiento egoísta del hombre quiere asociar á sus tristezas todo lo que tiene á su alcance ó es de su intimidad, como si encontrase consuelo ó compensación en que los demás padezcan de lo que él padece.

Y con voz emocionada comenzó á cantar de esta manera:

«En flor del campo
me tornaría
y por tu loca
tenacidad
entre las yerbas
escondería
de mi corola
la majestad.
Límpida fuente de agua seré,
y así tu tallo fecundaré.»

Bianchetto sostuvo con vigor la nota final y fué apagándola lentamente como para que muriese sobre la faz marmórea de la extranjera, suave, apenas murmurante, como la ondina sobre las piedrecillos de la orilla.

¡Y la extranjera no asomaba al ventanillo! ¡Adiós ilusión de algunas monedas de oro! ¡Avara incorregible!... Un esfuerzo más para tocar el corazón con el arte...

«En fresca gota
me desharía
de grata lluvia
matutinal,
y sobre el cáliz
me posaría
de una entreabierta
flor tropical.
Yo mariposa gentil seré,
dulce rocío te absorberé.»

—¡Malditas mil veces esas locomotoras cuyo silbato espantoso ensordece á las gentes! dijo para sí Bianchetto, con la misma propiedad con que Don Quijote maldecía el invento burgués de las armas de fuego.

El tren de Alejandría se aproximaba imponente. Del pulmón de la locomotora surgían alientos ciclópeos y penachos intermitentes de humo, eco é incienso de la civilización que han vencido del tiempo y del espacio.

—¡Partenza! gritó el jefe de movimiento.

Bianchetto se apresuró á levantar su gorra á la altura de los ventanillos. Algunas monedas cayeron. La bella extranjera estiró el brazo y sin mirar á Bianchetto dejó caer una pieza de diez francos.

Bianchetto la miró después de guardar la moneda. La extranjera lo contemplaba impasible desde la distancia. Pero de sus ojos pendía algo como glóbulos brillantes, que resbalaron por sus mejillas, sin distraerla en su contemplación. Cuando el tren se ponía en movimiento, la extranjera se pasó el pañuelo por los ojos, y con el ademán y la expresión del despecho soberbio, estiró nuevamente el brazo y arrojó con fuerza dos ó tres monedas.

Cuando en seguida de recogerlas Bianchetto levantó la cabeza para darle las gracias, ya la extranjera se había ocultado en el vagón. La llamó... ¡nada!

¿For ever?... Todavía no. Á cien metros de la estación, Bianchetto creyó distinguir fuera del ventanillo el sombrero de paja de la bella extranjera. En seguida la fatua montaña de polvo, á través de la cual aparece el tren como uno de esos monstruos que hacen retemblar á su paso las llanuras y con cuyas fechorías nos adormecían nuestras abuelas.

De regreso, Bianchetto se sentó en el camino á contar su dinero. Si la extranjera hubiese permanecido un mes más, él habría hecho su bolsa, se decía, y podría pagar su pasaje hasta América, tan hermosa, según se la había pintado uno de los caballeros españoles. Si esa extranjera no era un avara ¿qué era? se preguntaba. ¿Por qué se iba así tan de súbito? ¡Ya!... Era una extravagante, que como las de su raza y laya, vivía con nieblas en el espíritu, y un poco de veneno en el corazón. Era tan huraña que debía de ser muy mala...

CAPÍTULO V

LA HERENCIA

La partición de las ganancias del día con la tía Marcotta, fué tocante. Bianchetto ya tenía algunos atadijos en su camisa, y en su interés avariento reflexionó que el diablo podría tirar del extremo de la misma, é ir sus monedas á parar á manos de la tía Marcotta, que no era menos avarienta.

Se resignó, pues, á darle participación de las dos monedas de oro, y tan luego como entró en la covacha puso sobre las rodillas de la tía Marcotta veinte y seis francos.

—¡Medio marengo! ¡Otro medio marengo! esto viene del cielo, exclamó la tía alborozada y acariciando á Bianchetto. La *Madona de la Guarda* ha querido que hoy, día de mi cum-

pleaños, tengamos como hacer una fritura y una buena ensalada.

—¡Ah!... ¿V. cumple años hoy, tía Marcotta?

—Setenta años; y deseo que si llegas á mi edad tengas tan frescos los recuerdos como los tengo yo, que me parece que estoy viendo las fiestas de la coronación de Carlos Alberto en el año de 1830, y cinco años después los horrores del cólera en Génova, cuando morían hasta quinientas personas en un día, y teníamos que echar á correr á Voltri, donde se construyeron barracas sobre el mar.

—¿Y qué comíais en Voltri? preguntó Bianchetto asombrado de la sabiduría de la tía, que á saltos ligaba el nombre del príncipe de Carignano con el cólera de Génova.

—Nada más que fariña, y castañas, y pescado muy hervido. En cambio hoy nos regalaremos. Ten: vé á la birrería y compra una botella de grignolino: yo voy á comprar lo necesario, y á la 1 no faltes, que habrá fritura y habrá ensalada.

Bianchetto quedó suspenso de la prodigalidad inaudita de la tía Marcotta, quien se resolvía á gastar tres liras en una comida, pudiendo ambos comer por veinticinco cénti-

mos sin abundamiento de grignolino, ni ensalada, ni fritura. Pero ella pagaba; y de nó haberse vuelto loco, menester era comer de lo que ella daba.

Una vez en la birrería, Bianchetto tuvo ímpetus de comerse, por vía de aperitivo, un acaramelado; pero contuvo su glotonería en la espectativa de los manjares que iba á saborear. Cuando regresó con la botella, la tía estaba en las faenas de la cocina.

En una grande sartén de hierro la tía echó aceite, sal, ajos y pimentón; luego una buena cantidad de pescaditos; encima hígado de ternera menudamente cortado, y todavía perejil, cebolla picada y algunas hojas de laurel.

El aceite envolvió al menjurge en la nube de su tufo, y entre chisporroteos que levantaban con estrépito algunos granos de sal gruesa, estrujaba, torcía, achicaba y revolvía pescados y especias, mientras la tía Marcotta se relamía componiendo su ensalada.

Era este el plato digestivo: bastantes rebanadas de pepinos y remolachas, hongos, lechuga, cebolla y perejil picados; aceite y vinagre como para tomarse con cuchara, y todo ello revuelto con frenéticos alardes de hambre.

Cuando hubo dado el último vistazo á la fritura, la tía Marcotta alcanzó unos panes con exterioridades (y probablemente interioridades) de estopa; puso la sartén en el suelo, entre ella y Bianchetto, y las cucharas de palo se bajaron de la boca á la sartén y de la sartén á la boca como remos que azotan aguas tranquilas.

La tía Marcotta comía con avidez; Bianchetto lo hacía con prudencia, y tanta, que quiso pasarse á la ensalada.

—¡Glotón! le dijo la tía con la boca llena; ¿todavía no has concluído con el pescado y ya quieres comer de la ensalada? Trae ese cántaro, que te daré un poco de vino con agua, y ya iremos á la ensalada.

El prolongado remojo de vino sobre la abundante dosis de pescado, tiñó la frente y las arrugadas mejillas de la tía Marcotta de un colorado subido.

Y la ensalada era su plato favorito. La atacó con valentía suprema. Su cuchara buscaba con ansia infantil los pepinos y los hongos. Con el segundo vaso de vino ya no se acordaba de Bianchetto. Devoraba como una loca absorbida en la idea de que se convertiría en una ensalada á la que nadie podría acer-

carse sin morir. Cuando concluyó con las últimas rebanadas de pepinos y las últimas cucharadas de aceite, estaba cárdena.

Bianchetto no se sorprendió de que la tía revolviese los ojos de un modo extraño, porque se dijo que el vino la habría mareado. Sudorosa y resoplando se inclinó indolentemente contra la pared, y con la cuchara removía lo muy poco que había quedado en el fondo de la fuente. La botella completamente vacía.

Bianchetto, somnoliento con las caricias del festín, apoyó el codo en el colchón y se quedó dormido. Después se fué á la playa. Cuando regresó, á eso de las 7, la covacha estaba á obscuras y tropezó con la tía Marcotta, la cual no se había movido del sitio en que la dejó. Encendió luz y permaneció con la boca abierta. La tía, con el rostro amoratado y la respiración anhelosa, le miraba con los ojos fijos, inmóviles. El muchacho tuvo miedo y quiso correr, pero la tía le llamó á sí con la mano derecha.

Al aproximarse notó que la tía hacía unos visajes muy raros, y que tenía la boca horriblemente torcida. La tía llevó la mano á su seno, sacó una bolsa pequeña y se la dió balbuceando algo ininteligible.

Los ojos, ¡oh! los ojos de la tía aterrorizaban á Bianchetto. Pero después esos ojos empezaron á pestañear precipitadamente, la boca se torció hacia la oreja y las narices batieron entre absorciones ahogadas el preludio del paroxismo. Fué largo este preludio.

Y si Bianchetto hubiese permanecido allí, habría visto como esas absorciones, apagándose poco á poco, terminaron con una más fuerte que estremeció todo el cuerpo de la tía Marcotta, enderezó la boca y levantó el brazo derecho haciéndolo caer en seguida para siempre inerte.

Pero una vez que guardó la bolsa con el pequeño tesoro de la tía Marcotta, Bianchetto echó á correr dando voces de que ésta se moría. La covacha se llenó de vecinos que con indiferencia, fuera de toda duda, vieron como la policía recogía el cadaver para darle sepultura por tratarse de un pobre de solemnidad.

Bianchetto ganó la covacha de un calafate de la playa. Los ojos inmóviles de la tía Marcotta, lo miraban á través de la obscuridad. Cuando pudo dormirse soñó que lloraba de sentimiento por la muerte de aquélla, y al despertarse, entre sollozos, creyó que lo movían para robarlo. Dió un grito y llevó

la mano á su tesoro. Lo tenía consigo. Él ya sabía lo que haría.

Ya llevaba su plan madurado cuando al día siguiente se dirigió al negocio de Giacomo d'Onetto, agente y amigo del comisario de uno de los vapores de la carrera entre el Mediterráneo y el Plata.

A las primeras palabras de Bianchetto, Giacomo hizo una mueca de mal agüero: valía decretar un «no ha lugar». Pero el muchacho no desmayó.

—Gio-Batta me ha dicho que se necesitan tres grumetes á bordo del *Colombo*, agregó: yo puedo ser uno de ellos; serviré en todo lo que me ocupen; subiré al extremo del palo mayor, ó lavaré la cubierta, ó lavaré los platos; limpiaré las cabinas ó los pesebres, todo lo que querráis, con tal de ser bajado en Buenos Aires.

No siempre se tiene á la mano seis ú ocho muchachos voluntarios de que han menester los vapores de ultramar. Después de hablar con el comisario del *Colombo*, Giacomo le comunicó á Bianchetto alborozado que había sido aceptado á bordo, y le invitó á ir con él para entrar desde luego en el desempeño de

sus tareas, pues el *Colombo* tenía fijada su salida para el día 3 del mes próximo.

Bianchetto dejó la playa de Sestri Ponente sin mirar para atrás; sin un recuerdo tierno para los días sin nubes que para él se habían sucedido. El padre quedaba bien muerto. La tía Marcotta también. Nadie quedaba tras él. Él mismo era nadie: una piedra, una yerba que se aparta con el pie, y se sigue, cada cual ocupado de cosas más serias. Él no tenía más cariño que para su pequeño tesoro, ni tenía más ayuda que la propia. Con ésta ahorraba el costo de su pasaje, pues en cambio de su transporte á Buenos Aires, él servía de grumete en el barco, pudiéndose romper una pierna al subir al palo mayor ó resbalar sobre la cubierta en una noche de borrasca.

¿Cómo había vivido? Algo peor que como vive un pollino, al que se considera por ser el agente indispensable de la ganancia del día. Él nada sabía hacer, porque nada le habían enseñado. Leía apenas, porque el cura había intervenido para que lo admitiesen en una escuela, en cambio de los mandados que él le hacía y de barrerle la sacristía y las dos habitaciones.

El único servicio por el cual no se le había

exigido condigna retribución, debíalo á los caballeros españoles, quienes le habían enseñado á cantar y tocar la guitarra, marchándose en seguida para América, é invitándolo á ir allá. Pero ¿estaba seguro que éstos no le exigirían algo en América? ¿Cómo era esta América que tan lejos estaba de la Europa? Recordaba que los caballeros españoles le dijeron que la América era una bella promesa que se brindaba á los hombres de todas las latitudes. ¿Y qué le prometerían á él? ¿Riquezas? Él no debía confiar en las promesas, después de lo que le había sucedido con la extranjera.

Entre este deshilachado giraba la mente de Bianchetto el día de la partida del *Colombo,* cuando la marinería estaba en la faena de cargar y estivar pipas, y cajones, y bultos de toda especie, mientras el mayordomo y su cuadrilla se las habían con los pasajeros y los equipajes, muchos de los cuales valían más que los pasajeros.

El comedor y los pasillos, y el departamento de popa, era un mare mágnum; todos querían acomodarse á la vez, asediando á los mozos para que los sirvieran preferentemente. Los mozos iban y venían sin hacer nada, espe-

rando que pasase ese chubasco de impaciencias infernales, para hacer las cosas cuando lo creyesen conveniente. Tal cual viajero, conocedor de la biblia de los viajes, resbalaba una moneda en la mano de algún mozo. Éste la apretaba fuertemente con el billete de viaje, y el pasajero lo seguía seguro de encontrar en su cabina todo lo que necesitaba. En seguida la gorra y los zapatos de á bordo, el anteojo y... á cubierta!

La proa era un hacinamiento. Estos pasajeros de 3ª clase, echados á cientos en un espacio reducido y atajado por un cabo que vigilaban dos marineros; apiñados de modo que podían trasmitirse hasta el sudor que los bañaba, no pedían, no gritaban. Se recogían mustios, esperando que terminase pronto esa especie de castigo impuesto á su condición desheredada, ó á su aspiración de prosperar en la República Argentina. Bien pronto iban á ver cómo eran mejor tratados que ellos las bestias que se guardaba, ahí, á su lado, para el consumo del barco, ó para el comercio. Las bestias tenían un blando lecho de paja; se les aseaba los pesebres, se les colocaba cuidadosamente, dos veces por día, la comida en lugar apropiado. Ellos dormían sobre tarimas des-

nudas, en un antro obscuro, donde se revolvían en confusión brutal los sexos y las edades, el desaseo y las miasmas; y comían en el suelo, sacando con una cuchara de palo el bocado que cada cual acertaba en una tremenda olla de huesos y yerbas desabridas.

Bianchetto, que no pudo pensar en semejante afluencia de gentes, creyó que el mundo se conjuraba contra él; y se dijo que era atroz que cuando resolvía trasladarse á Buenos Aires, lo resolviese también todo ese enjambre de postulantes que le arrebatarían á él otras tantas probabilidades. El caso de Alejandro llorando ante la narración de las conquistas de su padre, quien no le dejaría á él nada que conquistar, movía el egoísmo crudo de Bianchetto en sentido maligno; á punto de agregar para sí que bien podía ser que el barco naufragase y se salvase él solamente con el comandante, el comisario y los oficiales principales, quienes, por regla general, se salvan providencialmente.

Pero los marineros no tienen á bordo tiempo para hacer muchas reflexiones, á no ser en las cortas horas del sueño, las cuales aprovechan íntegras, por la sencilla razón de que calculadamente no se les tiene desocupados un

instante mientras están en pie. Cuando acaban de limpiar algo, ó coser una vela, ó añadir un cabo, se les manda hacer otra cosa; y de aquí que el marinero antiguo jamás se empeña en aligerar su tarea.

Poco después del medio día, se izaron las escaleres y el piróscafo comenzó á marchar lentamente para zafarse de los barcos atracados al *molo vecchio*. Cuando hubo traspasado la *lanterna*, puso la proa al sur del Mediterráneo, aumentó paulatinamente su fuerza, y media hora después parecía algún hijo engrandecido del coloso de Rhodas, que cruzaba tranquilamente esos dominios para llegar hasta las columnas de Hércules, donde terminaba el mundo. El espíritu de Colón lo empujaba al más allá, adonde lo seguiremos...

CAPÍTULO VI

ANDANDO

El Océano, como todo lo que es bello, tiene sus grandes coqueterías. Son sus calmas.

Una llanura de plomo de donde vienen brisas que llaman, y á la que uno se siente atraído, por no sé qué misterioso poder contra el que la razón lucha y las manos se aferran á la baranda de la cubierta. Una llanura que cubre un mundo, el cual espera todavía su Colón que desentrañe sus materias y proyecte la luz en las cavidades profundas y en las alturas desiguales, donde pululan millones y millones de seres que nos inspiran tan sólo horror.

El que se suponía más fuerte, se siente allí

átomo. Para las gentes de mar hay algo de aterrador en esa calma que contempla como espejismo de las furias que se desatarán.

¡Las furias del Océano! Son hermosas hasta por la ocasión que presentan al hombre de mirarse á derechas con el hombre, tal cual es.

Porque toda filosofía mundana; todo convencionalismo fácil, suele desaparecer allí como ilusión de los momentos amenos; y lo más primitivo, lo animal, el instinto, queda dominante en las cabezas pendientes del peligro que las absorbe, las doblega, las humilla.

El sabio y el ignorante, el excéptico y el creyente, el dichoso y el desgraciado, se libran al instinto que mueve su masa animal. El hombre es entonces como un perro ó como una fiera. Muerde, si necesita morder para salvarse del peligro; mata, si necesita matar; y si supiese rugir como el tigre, y con esto apartarse al que le disputa el instrumento de salvación, sí, rugiría también.

Son tremendas las calmas del Océano! En ellas deben inspirarse las caricias que suelen prodigar las mujeres shakesperianas, mientras saborean el veneno mortífero de su venganza.

Los viajeros noveles no se explican por qué

durante esas calmas es cuando mayor movimiento notan á bordo. Ellas son para el comandante como las vísperas de una batalla. El piloto, este Palinuro tan modesto como inmortal desde que lo cantó Virgilio, atisba la borrasca en su nido aereo; la asecha mientras enmascarada va tendiendo la red de sus estragos, y se prepara á luchar con ella á pecho descubierto, como gladiador antiguo, en ese circo cuya arena es la onda inmensa.

Á pesar de que cruzó con viento propicio el Mediterráneo, el *Colombo* tuvo que demorarse en la isla de Cabo Verde por una rotura en el hélice. Los hélices de los vapores de ultramar, que por lo mismo que han de habérselas con las fuerzas repulsivas del agua, debieran presentar las menores probabilidades de rotura, se asemejan á las mujeres que, pasando sus días en el confesonario, y alardeando de un misticismo que debe de fastidiar á los sacerdotes, se las creería superiores á las tentaciones mundanales: son muy frágiles.

Trasmiten cierto frío al corazón esas rocas de Cabo Verde. Ni una yerba, ni un ave, ni un insecto que acuse la vida. Al pasar por delante de ellas, antes de llegar al puerto, ó sea al apostadero carbonífero, el viajero piensa

mustio en las grandes soledades, en los grandes desamparos, en las inconmensurables ondas que subsiguen, donde millones de monstruos disputarían los despojos del barco. Al contemplarlas allí negruzcas, mal cortadas, sin una suavidad siquiera en las ondulaciones, se diría que el genio del fuego las levantó á la superficie, entre las explosiones estupendas de una reyerta con el genio de las aguas.

En el apostadero la escena se dulcifica. Hay cierto movimiento y cierta vida, por lo menos. Un enjambre de negros desnudos y feos se lanzan de las canoas al mar, esperando que los viajeros les arrojen una moneda, que ellos cogen del fondo de las aguas, con permiso especial de los tiburones que andan cerca de ahí, y que por nada de este mundo los hacen presa.

En sabiendo que el *Colombo* permanecería allí dos días, los pasajeros bajaron á tierra no sin zozobrar algunos cerca de la orilla en las únicas canoas de desembarque que allí se usan, que tripulan los arrojados negros; angostas como un esquife, y toscas y mal hechas como enseña de bodegón.

Pero en fin, los viajeros encuentran algunas frutas, esteras y otros tejidos de paja, y sobre

todo comen algunos alimentos frescos, y tienen el honor de cambiar algunas frases con los dignatarios de la ínsula, quienes son personas muy amables, á pesar del ceño adusto y de la mirada terrible que deben de haber adquirido en las batallas, pues que, por regla general, son militares.

Bianchetto empezó á creer que aquel era el primer puerto de América; que esos negros eran los Americanos; que esa tristeza era el espejismo de lo que le aguardaba, y que se había metido en una aventura que le pesaría más que el haber creído en las promesas de los caballeros españoles.

Pero en Bianchetto había la pasta de un hombre fuerte. Una vez metido en el camino, adelante, se dijo.

Esto no obstó á que, por vía precautiva para llegar al conocimiento de la atroz verdad, le preguntase al contramaestre Gaetano algo sobre aquella ubicación americana.

Gaetano se dignó revolver con cierta solemnidad de labios su mascada de tabaco: casi estuvo á pique de dejar caer un poco al suelo entre el despliegue de una sonrisa de compasión, y se limitó á señalarle un mundo, diciéndole: «Siamo in Africa». Bianchetto respiró,

y respiró bien porque absorbía el jugo de unas naranjas que Gaetano le alargó.

Dos días después el *Colombo* prosiguió viaje con buen viento. Pero cuando de lejos enfrentó las costas del Brasil, empezaron á envolverlo tibias brisas ecuatoriales.

Había *mar de plomo*. Esa inmensa región parecía dormida en brazos del letargo. Ni una onda, ni un eco. Una superficie lisa, tersa, como para que cualquiera dejara grabado allí un nombre, una fecha, un recuerdo. Un espejo inmenso, inmenso, donde podían reflejarse las fealdades del mundo, como se reflejaba la hermosura de las nubes que se deslizaban hacia el Sud cuando el sol iba á ponerse.

¡Qué puesta de sol! No se concibe lanzas de oro más brillantes coronando un fondo rosado más llamativo y más espléndido en el horizonte lejano, muy lejano, como presentando el contraste de la belleza inimitable con los estragos del horror que debían en breve desatarse.

Todo el mundo sobre la cubierta. Es claro: la belleza, como las harmonías, atrae hasta á las serpientes. El que alardea de pensar lo contrario es porque se imagina de peor condición que esos reptiles artísticos.

Los pasajeros distinguían á menos de qui-

nientas brazas las aletas de los tiburones, estos astrólogos terribles cuyas mandíbulas se humedecen de voluptuosidad tan luego como adivinan que se aproxima la borrasca y siguen, y siguen, tras el pequeño *piloto* que les indica presa tras presa.

La tripulación estaba en activo movimiento, á los toques de ordenanza. Los pasajeros menos expertos calcularon que algo grave ocurriría cuando, al anochecer, arreció el viento y las ondas comenzaron á juguetear con el *Colombo*.

Hacia el Sud se podía contemplar el soberbio espectáculo que se propiciaban los elementos. Los ecos del trueno repercutían en el fondo de los corazones tímidos; y las sierpes de fuego que iluminaban á intervalos las moles de nubes negruzcas, hacían cerrar los ojos de terror á los que en el salón, momentos antes, alardeaban del deseo de presenciar una tormenta en el Océano.

La lluvia fué torrencial, pero corta; y en seguida Eolo abrió la compuerta de los vientos...

¡Los vientos! ¿Qué amarguras, qué infortunios sacuden más cruelmente al espíritu, que ese fluido imponderable que conmina y provoca todas las angustias entre sus alientos de un día? Un día en el que la muerte cien veces

aproxima su lívida cabeza á la faz de los que ¡vida! ¡vida! gritan; vida con amarguras, con infortunio, pero vida! Y ver la indolencia con que se mira los infortunios ajenos, y cómo se agranda los propios, para contemplarlos como meras ráfagas en presencia de las furias de los elementos superiores que todo lo devastan. Es el egoísmo de la existencia para el cual se reservan generalmente las claridades más simpáticas del corazón.

El S. O. encrespando las ondas ensoberbecidas, levantaba al *Colombo* por babor abriéndole lecho colosal para que se tumbase por estribor.

En la media noche los pasajeros empezaron á creer que eso podría ser el principio del fin, cuando desde el encierro á que fueron condenados, en el enorme vientre del barco, sintieron que las aguas barrían la cubierta, produciendo estallidos estupendos, ruidos nunca oídos, ahogos infernales que daban vértigos y hacían tender los brazos á la muerte, entre angustias que cada cual agrandaba, como si todos no fuesen igualmente el juguete menguado en manos de los elementos desatados.

Las ondas del viento silbador, dos ó tres veces llevaron á los oídos ateridos el eco de

la voz del comandante, que incitaba á su gente á combatir con intrepidez y pericia aquellas furias que los envolvían.

Después... ninguna otra señal de que la fortaleza alentase á esas gentes cuyos egoísmos, cuyas pequeñeces y cuyo excepticismo las conducía hasta en los instantes mismos en que el sol de aquella tarde se ponía, y que ante los elementos movidos por la mano prepotente de la que mil veces dudaron, no eran ni el pálido reflejo de los estremecimientos de un barco de madera que crujía por todas partes, pero que resistía. Si este casco hubiese sido animado, se podría decir que en sus crujidos reía diabólicamente de la vanidad humana y de la pequeñez de los que se creen más grandes.

El *Colombo* no tuvo más recurso que poner la proa al viento y estarse *á la capa.*

Ahí de la lucha contra el S. O. que desde la pampa de Buenos Aires hacía llegar sus iras formidables á tan largas latitudes. Entre cabeceo y cabeceo, el *Colombo* era allí como el veterano retado á muerte, que hace pie y esgrime intrépido sus armas, disputando la victoria con los grandes alientos de la fe que lo agigantan.

Y el cénit opaco del siguiente día, sin dejar

ver á la distancia ni un claro azul á la esperanza, anunciaba que la borrasca no cedía. El viento estaba *encélado* con el Océano. Como si muy leve hubiese pasado su noche de amores ciclópeos con las aguas, seguía bramando con furor, y las ondas se levantaban á él, pudiéndose medir la voluptuosidad de sus paroxismos por la magnitud del horror á que sometían la vasta región que dominaban.

¡ Qué largos eran los instantes para toda aquella gente sobre cuyas cabezas la muerte se cernía! Había tela para muchos dramas en aquel conjunto movido por el terror del próximo fin que presagiaba.

Las sombras más puras, los recuerdos más gratos, las impresiones más tiernas, fosforecían en esas imaginaciones calenturientas, como luciérnagas en tibia y obscura noche de verano. La infancia. las caricias de la siempre bendita madre; los primeros besos del amor, con la harmonía del ruido que produjeron, y el perfume de la mujer que los recibió; la risa de los hijos mostrando hasta las muelitas recién salidas; los proyectos de felicidad arrullados ante la lumbre del hogar, al lado de la esposa purísima y respetada; la serie de esfuerzos para honrar el nombre de los hijos que nos

cerrarán piadosos los ojos; todo lo que pudo sonreir, halagar y estimular en los días de una vida sobre la cual ya no se contaba, se amontonaba, se chocaba, se estrellaba, se hacía pedazos en el cráneo de esa gente devorada por la fiebre, que era otra tempestad tan horrible como la del Océano.

Los que en días de prosperidad, que creían perpetua, habían pagado tributo á las debilidades criminales, á los egoísmos crudos, á la perversión, á las venganzas, á la calumnia ó á los vicios, tenían delante de sí las sombras vaporosas de las víctimas que hicieron, ó el espejismo acusador de las malas acciones que cometieron.

Y á impulsos de la fiebre; sedientos sin poder beber, porque no podían moverse sin rodar por el suelo, y porque nadie podía alcanzarles el agua cuando estaban ocupados en salvarles la vida, ó en ver cómo salvarían la propia; debilitados por la falta de alimentos y por la tensión de los nervios para mantenerse lo mejor que podían en sus camarotes, durante el horrible balanceo y cabeceo de esos tres días de aislamiento con el resto del mundo; esa gente, rindiendo homenaje solemne á la aspiración á vivir, pedía fuerzas á sus cruen-

tas angustias para hacer ferventísimos votos de arrepentimiento; de dedicarse al bien por el mal que habían hecho; de perdonar y ayudar; de abrir el alma á lo más noble y abnegado que les ocurría allí, á solas con la muerte!...

Los momentos eran solemnes para formular siquiera esos votos. Entre las propias lágrimas, y los gemidos de los hijos, y las voces de socorro, y los gritos de desesperación entremezclados con los rugidos del huracán, se puede decir que predominaba allí algo como el eco de un juicio final que debía destruir todo aquello, insumiéndolo en las profundidades misteriosas y confundiendo, átomo tras átomo, en las entrañas de un mundo nunca soñado.

De todos modos, si el huracán pronto no cedía, ya no quedaba más que la tragedia final, cuyas escenas culminantes se exornaban con un colorido que compartía de lo grandioso y de lo bárbaro.

En un extremo del comedor, siguiendo en el suelo con sus cuerpos el movimiento estupendo del barco, y asidos á unos cabos que habían atado á las pilastras de hierro, cuatro hombres jóvenes y robustos, combatían con

el propio egoísmo las angustias de los demás, que oían como á la distancia, aunque clamaban á un paso de ellos. En una de sus manos brillaba sendo cuchillo, y dos habían encontrado sendo salvavida. La mirada de los otros dos estaba inyectada de voluntad por arrebatar ese instrumento de salvación. Pero habría sido la lucha del tigre con el tigre, y los tigres se guardan de embestirse frente á frente porque la partida es casi siempre á pura perdida.

En la *cabina* reservada se producía una escena shakesperiana. Una mujer joven y bella lanzaba gritos desesperados de ¡ sálvame ! ¡ sálvame ! á un hombre que la sujetaba con mantas atravesadas en el camarote. En el mutismo de este hombre había algo de grandioso. Y en la ternura con que contemplaba á esa mujer, y en la lágrima que humedecía sus ojos y que contenía quizá la esencia de una dicha que allí debía concluir, se entreveía el amor que la profesaba. Y esa mujer no lo amaba, seguramente, no lo amaba. Se había engañado á sí misma, creyendo profesarle un cariño que no tenía armas contra el propio egoísmo en el momento solemne de la prueba.

Si lo hubiese amado con el amor inmenso

que á las veces se siente, que se describe en los romances, y que se jura siempre, habría querido correr la suerte de ese hombre que no podía salvarla sin sucumbir. Así lo ponía de relieve, retorciéndose entre exclamaciones impotentes, entre acusaciones injustas que le lanzaba al rostro, y que él recogía con una de esas amargas sonrisas que arrancan los desencantos en el momento menos pensado.

Y como si en la serie de los contrastes, el sentimiento quisiese reivindicar sus hermosas espontaneidades, á un paso de esta pareja desgraciada, un hombre sentado en el suelo, asiendo por la cintura á una mujer á su lado, cubría de besos á una criatura que dormía en brazos de aquélla. El hombre apretaba en su diestra un revólver; y en esos besos al hijo, después de los besos en la frente pura de la esposa, estaba el último adiós al mundo. Debían morir los tres: este era el arreglo convenido; y sólo esperaban que el barco comenzara á hundirse para sacrificarse á la fatalidad.

¡Oh! ¡los dramas del Océano, en los días de furias desencadenadas!...

Á popa, en la cabina de la correspondencia dirigida á Buenos Aires, tenía lugar otra esce-

na de distinto carácter, porque ya no se trataba de los vivos sino de los muertos.

Un hombre en quien las primeras canas súbitamente habían aparecido, quizá en pos de uno de esos infortunios que el mundo suele querer compensar aconsejando que se tiñan esas canas, sacó del bolsillo una llave y abrió la puerta de la cabina, la cual, como es sabido, permanece cerrada en los vapores de ultramar hasta que se llega al puerto adonde va dirigida la correspondencia allí guardada.

Estaba febricitante ese hombre. Debajo del ulster que lo cubría sacó un destornillador y un cuchillo de ancha hoja, y se arrodilló en el suelo inclinando la frente ante un bulto cubierto con una de esas preciadas mantas de vicuña, obra artística de la labor de los campesinos argentinos, que los europeos no han podido igualar todavía.

Como si contase en seguida los segundos, enrolló precipitadamente la manta, y entre uno y otro horrible cabeceo del barco, empezó á aflojar los tornillos de la cubierta de ese bulto. Tenía éste la forma de un ataúd y en la cabecera había una inscripción sobre chapa de platino.

Otro hombre apareció entonces allí. Era un sacerdote, un antiguo capitán de barco mercante, que desde que se inició la borrasca había acudido á todos lados, prodigando solícitos cuidados á los más débiles y animando á los que habían renunciado á ser fuertes.

En ese castellano pintoresco y musical que llegan á hablar los florentinos que han residido largo tiempo en Buenos Aires, aspirando las vocales y propiciando eufonismos singulares á algunas sílabas y palabras, le dijo dulcemente:

—¿Se ha herido V.?... ¿puedo ayudarle en su tarea? Pero... ¿va V. á abrir un ataúd?

—Sí, señor.

—De seguro que la desesperación lo conduce, porque esos restos ya no pertenecen á los vivos, sino á la eternidad de la tumba.

—¿Que no pertenecen á los vivos?... Pues... ¿y yo? ¿he muerto por ventura?... ¡La eternidad de la tumba! ¿Y la eternidad del recuerdo?... Un cariño funde dos almas en una. La una vuela. La que queda vive de la harmonía del recuerdo. Cuando se va también... sí, seguirá viviendo del recuerdo, que es lo único que la quedará. Y bien, la eternidad del recuerdo va más allá que la de la tumba,—

abstracción convencional que desmienten los gusanos roedores del mísero cuerpo que se confunde en las evoluciones infinitas de la materia. Si en la serie de estas combinaciones se produjera una que fuere el reflejo del organismo que dió sus jugos para incorporarse á ellas, la tumba llegaría á ser inútil y yo adoraría la materia. ¡Oh materia! tú sí que sabes transformar el mundo, derrumbar imperios, sancionar el bien y el mal, traspasar corazones, postrar á tus plantas las vanidades humanas, y convertir en gusano todo lo creado. Tú eres luz. Eres eterna vida, porque eres eterna muerte. Eres Dios, porque tu reino abraza también el imperio de todos los mundos ignotos, á los cuales mueves con el inflexible despotismo de tus leyes, que asombran por sus efectos, y burlan á la ciencia, se mofan de todas las filosofías y desprecian todas las tentativas para dominarlas!...

—Usted delira, le dijo el sacerdote compadecido de ese hombre desesperado.

—Se engaña V. Hace cerca de seis meses que estoy como muriendo en vida. Ahora voy á propiciarme dos ó tres horas para vivir en el seno de la muerte, por la última vez, junto á ese cadáver en cuyos brazos iré al fondo

del mar. ¿Por qué caeríamos separados? Caeremos juntos; y si libramos de los monstruos que quizá nos espían, iremos á formar... ¿qué sé yo lo que formaremos? — aunque sea una piedra que preste reposo á miles de seres que pululan en el mundo desconocido adonde vamos.

—Pero eso es un suicidio y es una profanación.

—Ni lo uno ni lo otro: es adelantarse á la borrasca que pronto nos destruirá á todos.

—¡Ah! comprendo: V. cree que la borrasca no cederá y no quiere dejar abandonado ese ataúd. Pero ¿y si cede?

—¡Si cede!... cederé yo también.

—Si es así, venga V. He sido marino en mis mocedades. Del levante al poniente fuí más de una vez presa de las aguas embravecidas. Dios y la fe me salvaron siempre. Tómese V. de este cabo á lo largo de los pasamanos, y por aquel ojo de buey podemos ver el curso de la borrasca.

¿Ve V. aquel pequeño claro que se dibuja á lo lejos? Pues le aseguro que si ese claro se agranda y las nubes se rasgan para el Norte,

la borrasca habrá cedido y mañana lucirá el sol. Espere V., pues, breves momentos: tiene V. tiempo para llevar á cabo su obra desesperada.

El interpelado cedió, estrechó la mano del sacerdote, echó llave á la cabina y se tiró en su lecho de la cabina del frente.

En la tarde del cuarto día de angustia, el comandante pudo ver cómo hacia al Sur se rasgaban las nubes dejando ver un gran claro azul. La predicción del sacerdote se cumplía.

Aquello fué como la señal de la fatiga de los elementos. Á los cuatro días de horribles saturnales, en que un mundo al otro mundo enviaba sus imponentes hermosuras, cayendo los rayos y levantándose las aguas para recibirlos en su seno, mientras los vientos en las sucesivas atmósferas envolvían aquella vasta región con sus tremendas harmonías de muerte, los reyes del estrago empezaron á replegarse á sus cavernas virgilianas, á sus alturas colosales, y el Océano recobró poco á poco la majestad de sus días de paz con el resto del Universo.

Cuando apareció el día, y por la bóveda celeste como colosales moles de algodón se arrollaban las nubes blancas en veloz carrera hacia el Norte; y el sol brilló en el horizonte proyectando sus rayos sobre la maltrecha cubierta del *Colombo*.... ¡oh! toda esa gente mustia, hambrienta, á medio vestirse, cayó de hinojos y dió las gracias á Dios.

Sí; dió gracias á Dios de buena fe, y en su plegaria íntima quizá reprodujo los votos de reforma que hizo en el momento supremo del peligro y que, quizá también, después olvidaría.

Recién se pudo ver los estragos que el huracán había hecho en el *Colombo*.

La cubierta casi desmantelada. Un palo hecho trizas. El entrepuente destruído. Una chimenea arrancada y lanzada quién sabe dónde.

La cocina barrida por las aguas.

La máquina anegada y expuesta una de las calderas á haber volado, si á tiempo no se hubieran apagado los fuegos. Algunos miles de liras que los armadores deberían emplear en reparaciones. Por lo demás, un marinero perdido y cuatro heridos. Bianchetto con un

brazo maltrecho, y el comandante con la cabeza partida. Todo ello muy poca cosa cuando se había conseguido salvar de aquellas iras. Así lo pensaban todos, incluso Bianchetto, el comandante y Gaetano que, ileso, saboreaba su sempiterna mascada de tabaco.

CAPÍTULO VII

DE ARRIBADA

Tres días después, el *Colombo* fondeaba en medio de un mar al cual no se le veía orillas. Á lo menos así lo creyó Bianchetto, sin perjuicio de que su imaginación meridional empezase á trabajar sobre lo que podría ser una cosa, ó luz, ó algo que brillaba en la altura y á mucha distancia.

Bianchetto ascendió al asombro cuando vió que los marineros echaban balde al mar, levantaban agua y... ¡la bebían! Recordó que, andando todavía el piróscafo, los marineros habían levantado agua y la habían bebido. Entonces dedujo que sería costumbre, en ese raro país de América, tomar agua de mar antes de desembarcar, como era costumbre en Sestri Ponente persignarse antes de echarse á nadar á pocos metros de la playa.

Todo este castillo imaginativo desapareció cuando Gaetano, el *Egerio* de Bianchetto, le hubo dicho que ese volumen de agua que comprende 2250 millas, no era un mar, sino un río, el de la Plata, uno de los cuatro que figuran en una de las 365 fuentes de Roma, en la *fontana di Trevi:* que esa agua que se bebía era agua dulce, y de las más inofensivas, como que no tenía ninguna de las propiedades que á las mejores aguas les atribuyen los químicos y los médicos. Le dijo también que la luz, ó cosa, ó algo que veía en la altura y á la distancia, era la cúpula, ó *media naranja*, de la catedral de Buenos Aires... Gaetano era gaucho viejo en achaques de viajes, y tenía razón. Lo primero que divisa el viajero al aproximarse á la rada, larga, curva y confusa de la ciudad de la Santísima Trinidad, es la torre de la Catedral; la luz que brilla á lo lejos es el reflejo del sol sobre las lozas que cubren la *media naranja* del templo.

El desembarco en Buenos Aires, era un acto laborioso y á las veces difícil, allá por los años en que la política de aldea todo lo absorbía en esta ciudad ya muy grande, pero demasiado crédula, como que, á pesar de su orgullo tradicional, fundado en sus inicia-

tivas grandiosas de principios de este siglo, no había salido todavía de la edad de piedra que alumbra el sol en muchas otras ciudades las cuales, año tras año, cantan en todos los ritmos á sus libertades y á sus progresos estupendos. Para que todos nos entendamos, diré que estos hechos concuerdan en la era vulgar de Buenos Aires con los años de 1872 ó 1873.

Los pasajeros del *Colombo* abrían tamaños ojos cuando veían atracar *vaporinos* al piróscafo, para ir á tocar en una tierra que todavía no veían. Pero, en fin, se embarcaban. El asombro crecía cuando del vaporino debían trasbordarse á un lanchón, porque el calado no daba para más. Y crecía y crecía cuando del lanchón se trasbordaban todavía á un carro tirado por dos caballos, pues tenían delante de sí una playa de más de cien metros antes de llegar á lo que se llamaba la *punta del muelle*. ó sea el desembarcadero, aduana, para los equipajes, etc.

Cuando echaron á andar por el piso, lleno de claros, de ese horrible muelle de madera, que felizmente ha desaparecido para siempre por la iniciativa y el tesón del ciudadano ([1])

(1) El señor Eduardo Madero... que falleció últimamente.

que construyó el puerto actual; cuando estiraron un poco las piernas y vieron delante el macizo de la ciudad, desaparecieron como por encanto las ingratas impresiones, como sucede siempre cuando se llega al término de un viaje. Con decir que hasta olvidaron las horribles combinaciones del cocinero del *Colombo,* está dicho todo. Cada cual se preocupó de su equipaje, mientras los agentes de la inmigración se ocupaban de los inmigrantes, conduciéndolos á los hoteles que les son destinados y donde se alojan hasta que aceptan alguno de los trabajos que se les ofrece, y son conducidos por cuenta de la Nación al paraje que ellos eligen.

Cuando desembarcaron todos los pasajeros, Bianchetto que había demostrado demasiado estoicismo en presencia de ese movimiento, de idas y de venidas, de descargas y de despedidas que á él no se alcanzaba, no pudo ya contenerse y con cierta timidez infantil le preguntó á Gaetano:

—Eh, Gaetano... ¿desembarcaré yo de noche?

—Adaggio, carino, adaggio, respondió Gaetano pasando de la izquierda á la derecha su mascada de tabaco, lo que á las claras quería

decir que era muy discutible el punto interrogante de Bianchetto.

Así era en efecto. Gaetano le explicó que su compromiso subsistía hasta que se verificase la descarga del barco: que una vez terminada ésta, él también bajaría á tierra, irían juntos á la *trattoria* de su amigo Ercole Fiori, en la *Boca del Riachuelo*, y al día siguiente Bianchetto haría lo que quisiese, si no prefería quedarse en la *trattoria* ó volver al *Colombo.*

Hubo que esperar seis días largos y odiosos para Bianchetto, quien, para sobrellevar ese paréntesis á la nueva vida que se prometía, solicitó de Gaetano cuanto dato informativo creyó del caso para dar sus primeros pasos en tierra de América. Los datos de Gaetano, como los de la Sibila de Camus, quedaron en estado de problema para Bianchetto, pues el buen marinero no conocía de Buenos Aires más que la rada de la Boca y las *trattorias* de ese suburbio.

Cuando terminó la descarga, Bianchetto le manifestó al comisario que se retiraba, y como el trato había sido de que sería transportado á Buenos Aires en cambio de su servicio de grumete, durante la travesía desde Génova, ese mismo medio día envolvió en una lona su

guitarra y se retiró acompañado de Gaetano, quien obtuvo una corta licencia.

—Si no has de ser ya marinero, debes comprarte otro traje, le dijo Gaetano con una dignidad que no admitía la más débil réplica.

—¡Otro traje!... ¿y qué haré con éste? respondió no obstante Bianchetto con la temeridad de los muchachos, aunque se dirijan á lobos de mar como Gaetano, que como todo perro fuerte y bravo se deja tironear de las orejas por todos los muchachos.

—Guardarlo, que no sabes lo que serás mañana, ó cambiarlo si no tienes dinero para comprar otro.

Gaetano era un filósofo á su modo, que mascaba la vida con la conciencia avisada con que mascaba tabaco. Á poco andar no más, ahí, en los tendejones del Paseo de Julio, encontró lo que Bianchetto necesitaba — una blusa, un pantalón y un sombrero, — con este agregado — que el tendero de viejo tomó el traje de marinero de Bianchetto descontándolo por supuesto del precio.

Lo primero que le había chocado á Bianchetto al tocar tierra en Buenos Aires es que era mucha la gente, y que muchas eran las lenguas que hablaba esta gente. Otra cosa le

había chocado y es que cuando él mismo debía decidir de su suerte, si se quedaría en la *trattoria* ó en la ciudad, ó se iría de ella, no se le ocurría nada, nada!...

Se sentía como mareado. Cierto influjo extraño ejercía sobre él el ambiente de esa ciudad mucho más grande que *Sestri Ponente* y donde la gente caminaba tan de prisa. No sentía por el momento otras impresiones que las que le imprimía Gaetano al enseñarle algo ó al decirle: ¡ven por aquí! ¡cuidado con ese carruaje! Veía mucho en globo, pero nada distinguía en detalle. Seguía á Gaetano como si se hallase entre los sopores de un sueño. Desde el tendejón hasta desembocar en la plaza 25 de Mayo, torcer por bajo la *Recoba Vieja* para tomar el tranvía de la calle Defensa y Victoria que debía conducirlos á la *Boca*, no desplegó los labios.

Al subir al tranvía sonaron los acordes de la banda de un batallón de infantería. La música y los soldados provocaron las primeras exclamaciones del muchacho. Pero también provocaron su enojo, porque olvidándose de su guitarra, uno que subió al tranvía tropezó con ella y le imprimió un ¡ay! quejumbroso. Bianchetto atrajo á sí su guitarra, y en

compensación de este mal paso, empezó á recorrer mentalmente sus canciones, á medida que el vehículo avanzaba por la hilera interminable de casas vetustas y desaseadas de la calle de Defensa.

Pero Bianchetto agotó el recuerdo de sus canciones antes que terminase esa calle, más larga que cuantas él había visto. Cuando descendieron el barranco y empezaron á desfilar las primeras casillas de madera, pintadas de verde y con pequeñas ventanas altas y bajas que trasuntan las decoraciones de algunas escenas de *Crispino e la Comare*, el recuerdo de Sestri, de Pegli, de Voltri y de Bolzanetto cruzó por la mente de Bianchetto. Pero ello fué vuelco de un segundo. La impresión de la novedad apagó el recuerdo, y la voz de Gaetano que lo invitó á descender, lo hundió, por decirlo así, en ese ambiente que comenzaba á traspirar para él un no sé qué de agradable y de cómodo.

La *trattoria* de Ercole Fiori distaba algunas cuadras. El suburbio de la *Boca del Riachuelo* era ya en ese tiempo muy extendido y muy poblado. Era un hacinamiento de casas de madera construídas sobre pilastras de algo más que un metro, para defenderse de las cre-

cientes del río y de los aluviones: — calles largas y angostas, que si no se inundaban á los primeros amagos de una creciente, ó de una fuerte lluvia, era porque á lo largo de las inciertas calzadas se extendían zanjones donde siempre había agua verdosa suficiente como para que se multiplicasen, al amparo del sol y de la madre naturaleza, los bacillus del cólera, de la difteria y del tifus: — una población densa, trabajadora y vigorosa, que se mofaba de todos esos inconvenientes y de todos esos peligros, entre las notas alegres y bulliciosas de la tarea diaria que á todos alcanzaba.

Esta población tenía desde entonces peculiaridades curiosas. Abundaban las mujeres y superabundaban los niños. Mientras en el gran riñón de la capital la mortalidad infantil alcanzaba al 70 %, en la *Boca* los bacillus de la difteria á que se refieren los facultativos debían de sentirse defraudados y humillados con esos muchachos rollizos y temerarios, que á cada paso los desafiaban en sus antros mismos. Otra peculiaridad. — Esa población era, en su casi totalidad, italiana de origen. Poco tiempo después de haberse radicado allí, — hombre, mujer ó niño, no importa quien fuese, — todos se aclimataban de tal manera al

suelo, que se confundían con la población nacional en los hábitos, en las tendencias, en los sentimientos. De los muchachos no hay para qué decirlo. La madre, con el mate en la mano, les enseñaba á hablar en castellano y las conversaciones con el esposo, que comenzaban en italiano, terminaban en la lengua de la patria del hijo que era quien debía decidir de la patria de la familia.

Todavía otra peculiaridad: — con la población de la *Boca* se pasaba algo semejante á lo que se sucedía con el León delator ó buzón, del tiempo de los Dux venecianos. Las gentes la miraban con recelo y hasta con horror, pues creían que allí se asesinaba y se robaba sin descanso. Hasta decían que existían sociedades secretas con el propósito de matar á cuantas personas fuesen necesarias para obtener gruesas cantidades de dinero. Ir á la *Boca* á ciertas horas, era como ir al sacrificio: ir de noche... ¡oh, de noche jamás! Y sin embargo, la policía tenía que hacer muchísimo más en otras parroquias de la capital donde las gentes vestían más elegantemente y trabajaban muchísimo menos que los de la *Boca*.

Por lo demás, la llegada de Gaetano no sorprendió á su amigo Ercole Fiori, ni á los que

se encontraban en la *trattoria* cuando él entró allí con Bianchetto. Allí iba siempre después de haber terminado la descarga del *Colombo* en Buenos Aires.

Gracias á la multiplicidad de relaciones y de negocios de su dueño, esta *trattoria* era un centro importante en la *Boca*. Ercole Fiori era un hombrecillo de poco más de un metro de altura, pero bien proporcionado de miembros y contornos; ágil, agudo, ladino. Un espíritu sutil, audaz y emprendedor, dentro del cuerpo de un niño. Descendía quizá de alguna de esas razas deprimidas en relación al desarrollo que adquirieron después otras razas de hombres, á semejanza del pequeño mastodonte de las primeras épocas, que adquirió proporciones colosales en épocas posteriores; de alguna de esas razas trogloditas que la mala voluntad llama también liliputienses y que debieron de radicarse alguna vez en la bella Florencia. Era florentino en efecto; y es sabido que en Florencia abundan esos hombrecillos de la talla del que nos ocupa, y que todos se llaman Ercole como en Bologna se llaman Pascuale. Yo no he conocido en Florencia más que un hombrecillo así que no se llamaba Ercole, y esto porque se llamaba Napoleone Forti.

La *trattoria*, sobre contener comestibles y bebidas, era fonda, posada, sede de la comisión de muchas asociaciones, centro de propaganda y consultorio de las diferencias entre vecinos. Según los casos, Ercole Fiori era mozo de mostrador, jefe de cocina, camarero, orador ó árbitro, siendo siempre el mismo hombre solícito, avisado, prudente y sagaz.

La policía que cuando en vano la reclaman donde es necesaria, suele encontrarse donde es superflua, había tenido que hacer alguna vez con Ercole Fiori, á propósito de tal ó cual objeto de valor que un dueño reclamaba y que otro dueño se lo había confiado á él para venderlo; ó á propósito de haber asilado á tal cual afiliado en logias acusado de haber herido á algún sujeto.

Pero Ercole Fiori había salido siempre sin culpa ni cargo; y cuando las cosas se habían puesto comprometedoras él mismo había solicitado un policiano para que vigilase desde su *trattoria*, lo cual le había dado acceso hasta el señor comisario, quien en más de una *Natale* había diluído en un par de vasos de fino Barbera, votos por la felicidad del reputado posadero.

Ercole Fiori recibió con su acostumbrado agrado la solicitud de Gaetano de permitir que

Bianchetto quedase en la *trattoria* hasta encontrar una colocación, y quedó convenido que el muchacho atendería el almacén, para no estar de balde», según la expresión de Ercole.

Bianchetto había observado, desde que se situó en la puerta de la *trattoria*, que por lo general los hombres de alguna edad hablaban por allí italiano ó, más propiamente, genovés; y que los muchachos, sin excepción, hablaban en castellano, el mismo idioma en que le habían enseñado á cantar. Contemplaba los barcos, los carros cargados de mercaderías que iban y venían atestados, las cuadrillas de calafates, de estivadores, de peones que pululaban á bordo y en tierra, arriba y abajo; contemplaba ese movimiento vertiginoso del trabajo que engrosa los capitales para producir la riqueza, y se preguntaba en qué podría ocuparse él para prosperar en razón de las promesas que le hicieron los caballeros españoles.

En medio de esta contemplación que trasuntaba la misma vaga esperanza en el éxito que alimentaba César cuando se preparaba á emprender su campaña de las Galias minando la influencia de Pompeyo, de Cicerón y de Crasso, lo sorprendieron dos muchachos de la casa contigua, quienes sin más ni más le pregun-

taron quién era y de dónde venía y qué hacía ahí y qué haría después.

Bianchetto en mal castellano les respondió lo que sabía al respecto.

—¿Y qué vas á hacer aquí? insistieron.

—No sé *ancora.*

—Por la mañana vendemos diarios, por la tarde también, y de noche jugamos en la ribera, díjole uno de ellos.

—O vamos al teatro, agregó el otro.

—¿Y cómo se venden los diarios?

—Gritando fuerte por las calles: *La Prensa, El Nacional, La Tribuna, La Nación Argentina, La Patria, El Porteño.* A nosotros nos venden los paquetes de á treinta diarios á 15 pesos (1) (55 centavos), y nosotros vendemos cada número á 1 peso (4 centavos) y ganamos quince pesos cuando los hemos vendido todos.

—¿Y cuando no se venden todos?

—Entonces, ó los toman en la imprenta ó nos dan algunos números de más al día siguiente.

—Yo también puedo vender diarios, dijo

(1) El antiguo peso de la provincia de Buenos Aires equivalía á un sextercio romano, ó sea á la quinta parte del franco,

Bianchetto, con esa espontaneidad propia de los muchachos.

—Bueno, mañana entrarás con nosotros en la cuadrilla de Juan Gancho.

—Juan es muy bueno, dijo el otro con cierto aire de respetuosa simpatía hacia ese personaje que debía de ser muy importante para el gremio de vendedores de diarios.

Pero la decisión repentina de Bianchetto tropezó con una dificultad del tamaño de una ciudad. ¿Cómo vendería diarios si no conocía de Buenos Aires más que el trayecto del muelle á la Boca, que acababa de andar con Gaetano?

Los muchachos lo sacaron de aqueste aprieto, diciéndole que recorrerían juntos la ciudad; que al día siguiente lo llevarían á la imprenta donde estaba Juan Gancho y que todo quedaría arreglado.

Pero no todo estaba arreglado para Bianchetto. ¿Dónde dormiría? ¿Dónde comería? ¿Se pagaría él su vivienda y su comida con la venta de diarios? ¡Hum!... ¿Y si el hambre lo acosaba un día, y una noche se encontraba al raso? ¿Y si se encontraba solo, enfermo y sin un céntimo? ¿Vendrían entonces á socorrerlo las promesas de los caballeros españoles?

Bien pronto pudo convencerse, no sin cierto asombro, de que los caballeros españoles habían tenido la intuición de la verdad. Ercole Fiori fué quien se lo mostró así cuando, conociendo la resolución del muchacho, le propuso generosamente que viniese á comer y á dormir á la *trattoria* y que en cambio le atendiese el mostrador por la noche.

Bianchetto iba, pues, á dar los primeros pasos lanzado á sí propio, en un mundo que no conocía. Iba á ser vendedor de diarios. En cuanto á Ercole Fiori, por medio de este vendedor de diarios ya tenía otro punto de contacto con el centro de la ciudad, lo cual le sería utilísimo.

Todavía otra circunstancia preocupaba á Bianchetto. ¿Qué haría con su guitarra y con sus canciones? ¿Con su guitarra había ganado sus primeros dineros, su pequeño tesoro? ¿No podría ganar otro tanto en Buenos Aires y mucho más quizá? No; no las abandonaría: cantaría en sus momentos desocupados; cantaría, y aprendería á cantar á la libertad como se lo pidieron los caballeros españoles al despedirse de él en Sestri Ponente.

CAPÍTULO VIII

Á LA CAMPAÑA

Pero Bianchetto no había meditado suficientemente su resolución. Así se lo indicó la desazón que le acometió esa noche, cuando en la cama y á obscuras, imaginó lo que haría y lo que ganaría en la cuadrilla de Juan Gancho.

Entre vuelco y vuelco, le parecía muy poca ganancia la de un peso á lo sumo, aburrido de correr y gritar tanto, y cuando era posible encontrar una ocupación más lucrativa y más cómoda.

Pero ¿cuál ocupación? En este círculo sin salida, por el momento, le habría acometido el insomnio si hubiese tenido más años; pero muchacho al fin, cerró los ojos, proponiéndose, eso sí, antes de quedarse dormido, el represen-

tarle á Ercole Fiori que prefería servirle algunos días en la *trattoria*, y que entretanto esperaría una oportunidad más propicia para adoptar la ocupación que seguiría.

Ercole Fiori, filósofo práctico antes de todo, acogió con prudente reserva la manifestación que á la mañana siguiente le hizo el muchacho, á bien que le era favorable, pues Bianchetto le atendería la *trattoria* y el podría en ciertos momentos dedicarse á sus múltiples ocupaciones.

Pero un incidente imprevisto vino á sellar con una resolución definitiva estos propósitos encontrados que nacían para morir, como las rosas de Rioja, anteriores á las rosas de Víctor Hugo.

Cubierto de polvo y un tanto maltrecho, después de haber andado cuarenta leguas en diligencia y doce en el ferrocarril del Sud, entró en la *trattoria* de Ercole Fiori, su amigo D. Jesús María Correas, hacendado del Azul, y que tenía la costumbre de hacer pie allí cuando, una ó dos veces por año, bajaba á Buenos Aires á hacer algunas compras, ó á depositar algunos pesos del producto de las lanas y cueros de sus haciendas.

Era un ejemplar típico del gaucho porteño,

cuya especie ha degenerado hoy en el campesino ataviado con las prendas eclécticas que el ferrocarril ha puesto á la mano en todas las direcciones de Buenos Aires.

Muy niño había sido lanzado á la de Dios que es grande, en las calles y plazas de una ciudad como Buenos Aires, donde todo se pierde y donde todo se encuentra, sea hombre ó cosa, como si las gentes pasaran sin hesitación de lo más bueno á lo más malo, empujadas por esa preocupación de los niños á llorar en seguida de reir, á prodigar los consuelos en pos de las injurias.

Niño todavía, habíase trasladado á la Pampa con un su tío, y entre los horrores de la guerra civil argentina, que se inició con el fusilamiento del gobernador Dorrego, y las invasiones de los indios que terminaron por entonces cuando Rozas conquistó los desiertos del Sud, tocóle á él empeñar la lucha por su vida.

Fué dura esta lucha. Peon, soldado sin haber llegado á la edad de la ley, pero empujado por esa tendencia homérica del gaucho á vencer enemigos con su lanza y á caballo; peon en seguida, y supliendo las escaseces con la esperanza de una vida mejor; soldado varias veces y compensando sus fatigas y sus

penas con el consuelo de cantarlas,—Correas había visto deslizarse como un sueño toda su juventud sin pensar en él un solo día.

La muerte de su tío lo trajo un día á la realidad. La valiosa *estancia* que aquél le legó radicóle al fin y le estimuló al trabajo incesante. Trabajó, trabajó mucho, y al cabo de algunos años era rico en el *pago*. Había sufrido mucho, pero recordaba con cierta satisfacción sus pasadas penas, porque jamás desfalleció. Era un hombre fuerte. La experiencia era de él solo. Él la había recogido, guardado á su modo á través de los años, propinándose un depósito de prudencia y de previsión del cual usaba con raro acierto en todas las situaciones que le creaba su condición humilde.

Ercole Fiori sentía por Correas una de esas afecciones mezcladas de respeto que inspiran aun los individuos de condición ínfima, cuyas acciones transpiran la honradez severa y la franqueza ruda del que se ha creado el derecho de hablar alto y claro. No lo discutía, después de haberlo experimentado y de haber recibido de él señalados servicios cuando era peon del pulpero en el límite del campo de Correas.

Lo que Correas decía ó hacía era bien dicho y hecho para Ercole Fiori, y sin que por esto se

hallase jamás en conflicto con la elasticidad sospechosa de sus procederes. Su criterio esencialmente humano, — egoísta ó dañino ó pervertido, según las circunstancias, — era uno para el común de las gentes y otro para Correas. Verdad es que para él no había más que un Correas, pero esto ya era mucho para un pobre diablo como Ercole Fiori á quien la suerte le había puesto *muy á la miseria* para que se detuviese á cada paso en escrúpulos que le harían perder el tiempo.

Correas á quien algunos percances en los hoteles de la « gran capital » habían vuelto un poco prevenido y otro poco desconfiado, habría creído todo, todo menos que Ercole Fiori tuviese tratos íntimos con gentes de dudoso pelaje.

Cuando entraba en la *trattoria* subía derechamente al cuarto que siempre ocupaba, se desabrochaba su *tirador* recamado con algunas onzas de oro y repletos los bolsillos de billetes, se sacaba de la cintura el puñal y hacía de cuenta que estaba en su casa, con la única diferencia de que jamás admitió complacencias en su cuenta de hospedaje.

Una vez que Fiori lo pretendió, respondióle sonriendo dulcemente.—« Cuando deba pedir limosna, amigo Fiori, se la pediré á usted porque

sé que tendré que agradecérsela.» Altivez de raza que no desmiente el perfil que de ella hacían los oficiales del rey de España, cuando á mediados del siglo pasado hacían notar como un peligro para la metrópoli ciertas peculiaridades grandiosas en el carácter del hijo de la Pampa.

Se concibe, pues, que Ercole Fiori tuviese á grande honor la amistad de Correas. Su orgullo se sentía satisfecho de la confianza que le dispensaba ese criollazo que tan pocas migas compartía con gentes de la capital.

Frecuentemente hablaba de Correas y cuando algún extranjero decía no conocerle, sin contener su asombro condensaba en el elogio la vida y hechos de su amigo, llegando sin esfuerzo al apólogo. Con esto quedó consagrado entre los concurrentes á la *trattoria* que Correas era un hombre extraordinario.

Así, cuando Ercole vió entrar á Correas saltó casi á su encuentro y tendiéndole la mano le dió la bienvenida en términos tan afectuosos que, los que bebían con él en una mesa, no pudieron menos que compartir del alborozo.

—Aquí está mi amigo Correas, les dijo con un aire de superioridad reconocida. Señores, este es mi mejor amigo.

Correas saludó á los presentes con la des-

envoltura genial del gaucho que no *se corta* sino ante la mujer á quien enamora; y sentándose á la mesa admitió una copa que le brindaron, diciéndole á Fiori :

—La otra copa para estos señores y para nosotros, he de pagarla yo, amigo Fiori.

Entre preguntas y respuestas sobre el viaje y el estado de los campos y de los negocios, quedaron al fin solos los dos amigos, y Correas aprovechó la oportunidad para retirarse á su habitación, mientras Ercole Fiori se dirigía á la cocina á preparar una buena comida para esa tarde.

Dulce y apacible era esa tarde en que el verano proyectaba sus últimos resplandores sobre el bullicioso y multiforme suburbio de la *Boca del Riachuelo*.

Había sonado la hora del descanso para ese centro productor de la riqueza. Al vertiginoso movimiento del trabajo del día, se sucedía la tregua dedicada al hogar y á sí mismo. La multitud afanosa de jornaleros, que era la nota culminante de ese movimiento, se había retirado con el sudor ennoblecedor que propiciaba bien á muchísimos.

Las casitas de madera pintadas de verde, de azul, de amarillo, de todas las combinaciones

del iris, abiertas de par en par, trasmitiéndose los ecos de la alegría. La madre, ó la esposa, ó la hermana, en la cocina, cuidando el puchero ó el menestróm ó los tallarines, para esperar con esto y con una botella de grignolino ó carlón ó priorato al trabajador que en breve entraría. Los niños, con las caras lavadas y las manos tan sucias como antes de la última vez que se las lavaron, — no hacía mucho, — en enjambre, de á cuatro, de á ocho, como si los moradores de las casas de la *Boca* creyesen que los hijos son el *Deus ex machina* de su trabajo, y diesen con tan plausible motivo un solemne puntapié al egoísmo encerrado en sí, que debe de ser el infierno en los dinteles de la muerte porque fué la nada en la vida. Gritan y cantan en su lenguaje pintoresco en el que predomina el castellano, y que es el remedo de la escuela diaria á que asisten, oyendo al italiano recién venido y á la madre, que entre chupada y chupada de mate con el marido, ha aprendido el suficiente castellano para aficionarse á ser entendida en esta lengua, que es la que hablarán en este país donde nacieron y donde ha de resolverse la felicidad de toda la familia *argentinizada* por las leyes fatales de la naturaleza y los vínculos más puros del corazón.

Las *trattorias* y bodegones convenientemente regados, despiden los tufos más ó menos gratos á los estómagos que no están repletos, y llaman á las gentes con las notas culminantes del genio italiano, esto es, con la música, que, aunque murgasea, algo agradable tiene siempre porque alguna manifestación artística arranca.

Pero sobre todo la música. En el interior de las casitas, en el pequeño vestíbulo sobre la calle, en el cordón de las calzadas, mujeres, hombres y niños con acordeones, violines ó flautas, cantan y ríen, terminando una canción para comenzar otra; como si toda esa inmensa gente entonase diariamente, entre los últimos arreboles del crepúsculo, un himno de gracias al que propicia aquella bendita paz de la familia, aquella mesa, aquel pan, aquellos niños que entre amor se multiplican, aquel sueño tranquilo que ha de durar hasta la aurora siguiente, cuando el jornalero vaya al trabajo con la satisfacción de ser el artífice de esa dicha que rehusan solamente los que no son capaces del esfuerzo para conseguirla.

Correas, como todo gaucho, era romántico. Á ser capaz de llegar al prodigio, habría llegado en alas del sentimentalismo puro, que no en alas de veinte millones de razones. Esa tarde,

— espejismo enturbiado, es cierto, de los de la Pampa, — pero tarde apacible y blanda, se sintió inclinado á la contemplación del más allá que no se alcanza sino con el alma. Esos cantos y esa alegría le llegaban como arpegios de una dicha que él sabía saborear. Se había sentado en una terraza desde donde dominaba las aguas del *Riachuelo*. La vista de un río con muchos barcos seduce al gaucho de Buenos Aires, aunque más no sea que porque ni en la inmensa extensión de nuestra costa Sud ve barcos sino por excepción. Lo que pensaba entre los ecos del bullicio de la vecindad debía de serle muy grato, sí, porque sonreía dulcemente y miraba lejos, lejos, como si de allá viniese un eco para su corazón.

De repente se levantó. Colgada en un rincón de un cuartito en la terraza, á la altura de una pequeña cama, había visto una guitarra. La descolgó, la afinó, vió que era de ley, y después de un preludio, cantó esta vidalita:

«Pensamiento mío
vidalita
remonta tu vuelo
y al bien de mi vida
vidalita
dile que muero;....

y al bien de mi vida
dile que muero.»

Unos lloran penas
vidalita
otros el amor,
yo lloro la ausencia
vidalita
que es pena mayor....
yo lloro la ausencia
que es pena mayor.»

Esta cadencia quejumbrosa, que se prolongaba en las cuerdas de la guitarra como suspiros cada vez más apagados del gaucho que se sienta en la Pampa, á la sombra de sus penas, llamó á Bianchetto con toda la fuerza de una novedad que él sentía deliciosa. Ercole Fiori enderezó desde la cocina un estentóreo *¡bravissimo!* Correas estaba en vena. La guitarra le ayudaba. Después de un preludio en que sus dedos imprimían la palabra á la prima y el lamento á la bordona, se acompañó la siguiente trova:

«Si para explicarte aquí
el amor que te reservo,
faltan á mi lengua voces
ojos elocuentes tengo.

Puertas son por donde el alma
con distintos movimientos

publican del corazón
los más ocultos secretos;

y aunque en las voces no explique
los sentimientos del pecho
te estoy diciendo mi amor
sólo con estarte viendo.»

Bianchetto había subido al cuarto de Correas y no le perdía de vista los dedos. Esos acordes eran nuevos para él. Los caballeros españoles le habían enseñado otros muy diferentes. Pero en todo caso á él le llegaban al alma, y tanto que hasta le habían venido ganas de llorar.

Bianchetto era, pues, un trasunto humilde de Verdi, quien invadía entusiasmado la habitación donde el general Santa Cruz preludiaba en la guitarra algunos *tristes* peruanos que él imitaba en su *Traviata*.

Correas le miró sin interrumpirse, según es costumbre del gaucho. Aunque el techo del rancho se desplome, sigue imperturbable sus canciones, sobre todo si son dedicadas á su amada, la cual prima sobre su propia vida á disposición de cualquiera que quiera disputársela.

Cuando hubo terminado entre los acordes de un *pericón* le preguntó á Bianchetto:

—¿Te gusta la guitarra, muchacho?

—Questa guitarra é mía, replicó Bianchetto

gozoso de iniciarse así ante ese maestro. Gli caballieri espagnuoli m'anno ensegnati molti cancioni.

—*Ha, ha*—vamos á ver si te han enseñado esta.

Y con acompañamiento pianísimo comenzó á cantar el crepúsculo de la Pampa en estos versos de Echeverría:

«El aura moviendo apenas
sus olas de aroma llenas
entre la yerba hullía
del campo que parecía
como un piélago ondear.

Y la tierra contemplando
del astro rey la partida,
callaba manifestando,
como en una despedida,
en su semblante pesar.

....
....

Se puso el sol. Parecía
que el vasto horizonte ardía...
la silenciosa llanura
fué quedando más obscura
más pardo el cielo, y en él,
con luz trémula brillaba
una que otra estrella, y, luego,
á los ojos se ocultaba,

como vacilante fuego
en soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
con su claro obscuro manto
veló la tierra; una faja
negra como una mortaja
el occidente cubrió;
mientras la noche bajando
lenta venía, y la calma
que contempla suspirando,
inquieta á veces el alma
con el silencio reinó.»

— Veamos lo que tú cantas, dijo Correas, alargándole la guitarra á Bianchetto.

Éste no se hizo rogar, y recapacitando á través de un bordoneo que no desagradó á Correas, dió con esta canción popular:

«Á la puerta del cielo
Polonia estaba
y la virgen María
allí pasaba:
Diz, Polonia ¿qué haces?
¿Duermes ó velas?
— Señora mía, ni duermo ni velo
que de un dolor de muelas
me estoy muriendo.
— Por la estrella de Venus
y el sol poniente

por el Santísimo Sacramento
que tuve en mi vientre
que no te duela más ni muela ni diente.»

—Bien, muchacho; que aunque el dolor de muelas no tenga que hacer sino con lo que acabo de decir, lo haces como para pedirte que se repita, que no he de contestarte.

Bianchetto cambió de tono y como si quisiese contestar la observación de Correas cantó esto:

«El pensamiento es ligero
bien pueden acompañarme
con él, do quiera que fuere
sin perderme ni cansarse.»

—Retrucador el muchacho: parece que supiera hacerlo, dijo Correas sonriendo.

Bianchetto quería desquitarse de su silencio, y aferrándose á su querida guitarra y entre el tropel de canciones que le afluían, cantó estos versos de Garcilaso:

Si de mi baja lira
tanto pudiese el son que en un momento
aplacase la ira
del animado viento,
y la furia del mar y el movimiento;
y en ásperas montañas
con el suave canto enterneciera

las fieras alimañas,
los árboles moviese
y al son confusamente los trajese....

De seguro que Bianchetto habría seguido hasta la noche si Ercole Fiori no hubiese subido á avisar que la comida estaba lista.

—Amigo Fiori, ¿de dónde ha sacao este muchacho? le preguntó Correas.

Y cuando Fiori le hubo referido menudamente todo lo que á Bianchetto hacía:

—Pues es lo de menos, prosiguió Correas. Si quiere trabajar que venga conmigo. Yo soy así: me ha gustao el muchacho. Vamos á ver ¿quieres venirte conmigo al campo? Allí trabajarás como yo trabajo, duro y parejo desde el alba hasta la tarde. Á la tarde tocarás la guitarra. Yo te enseñaré otras canciones, aunque la mejor canción que puedo enseñarte es la de hacerte hombre.

Bianchetto accedió después de algunas reflexiones que le hizo Ercole Fiori acerca de la importancia del *patrón* que tendría, y quedó convenido que dentro de pocos días se marcharía de peon para cuidar las ovejas y las vacas de Correas.

Esa noche Bianchetto se durmió repitiendo

las palabras de los caballeros españoles relativas á lo que América prometía.

Una vida nueva, la del trabajo ennoblecedor, se abría para él, por los auspicios de un argentino del común que con la sencillez de los corazones generosos cumplía una obra humanitaria.

CAPÍTULO IX

EL EMBRIÓN

En pocos días evacuó Correas las diligencias que le habían traído á la capital. Quizá le pesó no haber llevado á su familia, y permanecer hasta después de las *fiestas mayas* que acaricia el sentimiento patriótico del gaucho, desde los felices tiempos en que Chano las describía en verso gauchesco á Contreras, y arrancaban las notas más preciosas á nuestros poetas revolucionarios.

¡Qué Mayo el de entonces!
¡Qué glorias aquellas!

Pero á poco alcanzó que había procedido cuerdamente viniendo solo, y que más cuerdamente procedería en marcharse pronto. Su olfato sutil había aspirado algo así como olor á pólvora en la atmósfera. Los diarios, em-

peñados en gresca descomunal, arrojaban á boca llena denuestos y amenazas á todos los hombres públicos, y llegaban en sus furias desatadas hasta proclamar la revuelta como medio de encarrilar mejor la política. Juzgando, y con razón, que en estas circunstancias lo mejor era *ganar el pago*, donde era conocido y donde sabría él lo que haría, se despidió una madrugada de Ercole Fiori, y se embarcó con Bianchetto en el ferrocarril del Sud.

El viaje era un tanto laborioso. Los contratistas de esa línea no la habían prolongado á las largas distancias que hoy recorre, y menester era tomar la diligencia á cierta altura. Pero era muy cómodo para Correas, quien hasta pocos años atrás, lo hacía á caballo, habiéndolo hecho una vez herido, en una carreta, la cual empleó cerca de un mes para llegar á la capital.

Bianchetto estaba absorto. Lo que le parecía inaudito era aquella llanura verde, inmensa, que iban cruzando y donde pacían cientos, miles de animales. Fijaba sus ojos para asegurarse de que no era el juguete de una ilusión, y de que las *tropillas*, *majadas* y *rodeos* no se multiplicaban fantásticamente, sino que

realmente estaban ahí, en ese suelo feraz y abundante. Sobre esto hizo doscientas preguntas á Correas, quien le explicaba en su lenguaje sencillo las principales circunstancias y peculiaridades del territorio en que estaban y donde permanecerían. Y cuando Correas le decía que vería algo así como diez mil vacas y cincuenta mil ó más ovejas pertenecientes á un solo dueño en su pago, Bianchetto, que no había tenido ocasión de conocer ni aun las campañas de Milán, donde es poderoso el pastor ó el señor que posee cien vacas, lanzaba dos pintorescos *¡Per Baco!*, y con todo lo que le daba la boca abierta de asombro lanzaba un *¡da vero!* esperando ver con sus propios ojos esos prodigios de la multiplicación de las especies que producen riqueza incalculable, y que para el gaucho es cosa mucho más sencilla que soplar y hacer botellas, por la sencilla razón de que sabe trabajar cuatro ó diez años el crecimiento de sus haciendas, pero no sabe hacer una botella.

Después de medio día descendieron del ferrocarril y se dirigieron á la agencia de la mensajería, en la cual debían seguir viaje. De paso Correas entró en una tienda del pueblo y compró un poncho, una faja y un buen cu-

chillo de hoja de algo más de una cuarta de largo, y dijo al muchacho:

—Tome, amigo: esto le ha de hacer falta para comer y para el frío; cuando monte á caballo le daré un chiripá, que es más cómodo que el pantalón. Si llega á perder este poncho ha de andar en camisa como si le hubiesen robado, y si pierde el cuchillo comerá con la mano y lo echará siempre de menos en el trabajo.

Bianchetto entendió lo principal, es á saber, que no debía perder esas prendas tan recomendadas. Correas le envolvió la faja en la cintura, sujetándole el extremo bajo los dobleces de la misma; le enseñó á colocarse el cuchillo al través de la faja, sobre los riñones, con la empuñadura para la derecha; le puso el poncho por sobre la cabeza para que le cayese sobre los hombros, y se limitó á esto, porque el mayoral de la diligencia no dió sino veinte minutos para comer y emprender viaje en seguida...

Lo que más le llamó la atención á Bianchetto en la tal comida, fué ver un hierro de mayor altura que él, que habían clavado en el suelo y en el cual había ensartado un cuarto de carne de vaca, asada con leñas y ramas re-

cogidas por ahí. Se dijo para sí que eso sería la carne para el consumo de una buena parte del pueblo. Su asombro creció cuando Correas que departía con el mayoral, autor de ese famoso asado para regalo de los pasajeros que conducía, le dijo que hiciera lo propio que él; que cortase una buena tajada y que comiese con pan, pero pronto porque no había mucho tiempo, y que guardase otra tajada para la noche, cuando quizá habría hambre.

Á la voz del mayoral, los pasajeros ocuparon sus asientos y la diligencia penetró en el seno de la Pampa. Pero la Pampa no penetró todavía en Bianchetto. En el magín de éste los asombros se daban de mojicones. El muchacho no acertaba á explicarse ninguno, por la sencilla razón de que Correas dormía profundamente. Cuando la diligencia se detenía y bajaban á estirar las piernas mientras se cambiaba caballos, se deshacía en preguntas que Correas respondía con su habitual bonhomía. En compensación esa noche durmió á pierna suelta, y lo primero que hizo en la madrugada siguiente, fué ver si tenía puesto su poncho y sujeto su cuchillo. Al tantearse notó que tan bien sujeto lo tenía, que le había machucado las carnes sobre los ri-

ñones, de resultas de haber dormido boca arriba, sin ponerlo prudentemente bajo la almohada que le dieron con la manta, para que se acostase bajo el rancho de paja.

En la tarde del siguiente día llegaron á un *puesto* de la estancia de Correas. Aquí se despidió éste del mayoral, hizo traer caballos, dió un overo muy manso á Bianchetto, y el muchacho inició su aprendizaje hípico con una desenvoltura que á las claras inducía á creer que al día siguiente le dolería, y eso que apenas debían recorrer veinte cuadras.

La esposa y la hija de Correas divisaron á su dueño, desde la tranquera donde contemplaban la puesta del sol de aquella tarde. El gaucho atrajo á las dos sobre su pecho y siguió hasta la casa contándoles las novedades que había visto y dándoles las prendas que le habían pedido les trajese. Bianchetto siguió á su patrón, y á las preguntas de la esposa, Correas se lo recomendó diciéndole cómo lo traía y que lo hiciese dormir en un ranchito pegado á la modesta casa de material y que él no había querido derribar, porque fué el mismo que ocupó cuando recién fué á ese campo.

Correas despertó al alba. Dió sus instruccio-

nes al capataz y éste llevó consigo á Bianchetto, dejándole con otro muchacho al cuidado de la majada de ese *puesto*, compuesta de unas mil quinientas ovejas.

El capataz, educado en la escuela severa de Correas, le explicó ese día y los sucesivos cada una de sus obligaciones, acompañándole él mismo en ciertos momentos y presentándosele inopinadamente otras para ver si las cumplía, ú observarle las deficiencias que notaba, á bien que nunca en tono áspero, sino con ese modo que se antoja indolente, pero que es el peculiar del gaucho, quien sólo sube el diapasón por motivos muy graves, cuando la borrasca se desata en su pecho contra un hombre, jamás contra un niño.

Bianchetto entró de lleno en su aprendizaje de la vida del campo, sin experimentar mayor violencia en esta transición completa entre lo que había sido y lo que comenzaba á hacer en ese ambiente donde la naturaleza irradia á cada paso bienes fecundantes.

Es que las transiciones de la vida sacuden á los hombres más que á los niños. Éstos las miran del punto de vista de la serie de sorpresas que les ofrecen y se asimilan á lo que el destino les depara, como si desafiaran igualmente

la dicha ó la adversidad. Aquéllos ó apuran los sinsabores, ó son el juguete de su debilidad si la transición no les favorece, ó se yerguen como el demonio de la vanidad si la transición los levanta á una altura que les produce vértigos. Se diría que hay cierta filosofía iluminada en el alma tierna de los niños, que falta á los hombres en los momentos supremos, y que por esta razón pueblos y familias contemplan muchas más injusticias de las que debería de haber.

El hecho es que, cuando al cabo de algunos meses Bianchetto pudo hilvanar las impresiones que le producía su nuevo género de vida, encontró desde luego, que el trabajo era, más que pesado, rudo, por esa ronda en el campo, á caballo casi todo el día, y á veces de noche; por las lluvias y el sol que tenía que soportar allí donde no había más abrigo que el poncho y el sombrero de ala angosta y volcada sobre los ojos, y por cierta monotonía que imponía la esclavitud de hora y de momento, y á que estaban sometidos desde el patrón hasta él, que era el último.

Pero no se sentía dispuesto á rebelarse contra ello. Se daba cuenta de que le imponían ciertos deberes para que alcanzara ciertos beneficios; y movido por el egoísmo y por una impulsión

de respeto que, sin saberlo él, le inspiraba el hombre bueno que allí le condujo y que compartía las faenas más rudas, hallaba cierto halago en poner de su parte todos los medios para que ese hombre le encontrase digno de las promesas que para sí se hacía.

Y como si quisiese demostrar en cabeza propia que la filosofía fácil de los niños se adapta á todas las situaciones, aun á la de los sufrimientos que se aproximan á los martirios, Bianchetto se decía que él sabía de antemano que debería trabajar «duro y parejo», según la expresión de Correas; que si bien su trabajo era rudo, ese hombre era muy bueno para con él, y que en caso de que fuese malo y no le diese lo que se prometía, sacaría cuando menos el provecho de aprender á trabajar, y el tiempo diría lo demás.

Bianchetto encontró algo más. Algo que trasmitía á su sangre y á su ser cierta impresión agradable cuya repetición colmaba sus deseos, y que no sabía lo que era, porque nunca lo había sentido; algo así como esa fruición que siente un hombre cuando por la primera vez cree poseer un afecto que le hacía falta. Cierto influjo simpático lo atraía á Correas y á la familia de éste y se abandonaba á tal influjo compensando con

el gozo que le proporcionaba las molestias que su trabajo podía ocasionarle.

Huérfano desde tierno niño, no había conocido más vínculo que la tía Marcotta la cual le dejó pronto. No recordaba haber sido jamás objeto de un cariño. Los primeros besos que había visto darse en familia eran los que todas las mañanas y todas las noches daba Correas á su hija cuando la niña cruzaba los brazos y le pedía la bendición. De no ser el beneficio que recibió de los caballeros españoles en Sestri, tampoco recordaba que nadie le hubiese sonreído, atendido en su persona, en sus ropas, en sus comidas, y hasta en su sueño, haciendo de esto un hábito.

Ahora recibía estos beneficios, que le ataban al mundo con sentimientos que imprimían nueva dirección á su alma. Correas y su mujer comenzaron por prodigarle sus bondades, porque así les nacía hacerlo. Y las redoblaron porque el muchacho les inspiró acariñado interés. Ellos le habían dado todo lo necesario en el campo para su uso. Durante las siestas le hacían leer en castellano en un libro para niños que pertenecía á la hija. Le llamaban al seno del hogar cuando después de encerradas las ovejas Correas descolgaba la guitarra para enseñarle algunos aires

y canciones que se sucedían hasta la hora de la cena. Y todavía al despedirse hasta la siguiente madrugada, le recomendaban que no se durmiese sin rezar el Padrenuestro.

Correas no salía de casa sin que Bianchetto le siguiese. Un día lo hizo maquinalmente, como si una secreta inspiración le dijese que sus pasos en la vida debían seguir los de ese hombre. Otro día volvió á hacerlo, y de ahí tomó la costumbre, á tal punto que después, cuando Correas iba hasta el pueblo, ó á recorrer los *puestos*, ó á hacer algunas ventas y su mujer no veía á Bianchetto porque éste apretaba á la sazón la cincha á su caballo, ó no había dado vuelta todavía el corral y enfrentado á la casa, le gritaba avisándole que Correas ya se iba. Èl siempre se componía con el otro muchacho que cuidaba la majada para no desatender su ocupación.

Y Correas se había habituado también á ir acompañado de Bianchetto, como que en varias ocasiones le fué muy útil y le ahorró algunos galopes. Cuando andaba á pie, Bianchetto seguía detrás de él, y su esposa había observado que el muchacho le *tomaba* á su marido *todos los puntos,* como que en todo trataba de imitarle; y tanto que, un buen día,

creyendo que en algunos meses podía aprenderlo todo, quiso montar en pelo un moro redomón que Correas había montado el día anterior. El moro le tendió en el suelo. La ancha herida que se infirió en la cabeza fué parte á acariñarle más con Correas y su mujer, pues éstos le asistieron como á su hijo, trayéndole á una habitación contigua. Sin perjuicio de esto, y cuando le vió casi restablecido, Correas le dijo que eso no era del todo malo «porque á golpes se aprende á vivir».

Así había vivido él, y en esta expresión ruda le trasmitió la lección práctica para que adquiriese la fortaleza y el carácter que constituyen la virtud más preciada del hombre.

CAPÍTULO X

SIGUE EL EMBRIÓN

Los niños, por inquietos que sean, alcanzan las obligaciones que tienen para con ellos sus padres, quienes, por otra parte, hacen generoso alarde de ello; y de aquí es que en su egoísmo excluyente cuentan siempre sobre las bondades paternales, aunque omitan hacer mucho de lo que compensaría lo que exigen.

Bianchetto tenía vivacidad y alcance suficientes para darse cuenta de su verdadera posición. La orfandad hace crecer á los niños prematuramente. Un niño desvalido es un hombre que ve negro el día siguiente y busca un punto desde donde pueda ver un rayo de luz que ilumine sus pasos.

Cuando las ovejas pacían con esa mansedumbre singular que las distingue de los demás

animales, inclusive del hombre, en eso de que jamás disputan el bocado que para todos alcanza, y Bianchetto de turno en el trabajo de cuidarlas, se tiraba bajo los sauces, á orillas del arroyo, poniendo al alcance de su mano el cabestro de su caballo y dando vuelta el *cojinillo* para que no se calentase con el sol, su imaginación revoloteaba alrededor de sí mismo en medio del silencio majestuoso é imponente de la Pampa. Era una especie de cuita que él ventilaba diariamente con su destino, allí en ese teatro inmenso cuyo ambiente le seducía cada vez más.

En fuerza de la cuenta exacta que se daba, su conclusión era siempre la misma: él no tenía derecho á exigir cariño, ni nada más que el cumplimiento de la promesa de enseñarle á trabajar y de remunerarle su trabajo. Pero en esa casa campesina había encontrado todo, mucho más de lo que imaginó; que no pudo imaginar que sentiría é inspiraría afecciones, por la sencilla razón de que él no sabía anteriormente lo que era afección.

Y á medida que su corazón se educaba en esta escuela diaria de la simpatía, más arraigado se sentía en esa casa tan humilde, donde su espíritu iba descubriendo horizontes tan nuevos

para él. Y al favor de tan nobles estímulos, la idea más ó menos imperfecta de la responsabilidad propia, de la gratitud, del desinterés á que obliga el proceder siempre elevado, comenzaron á suavizar y después á dulcificar y á disipar el egoísmo en el corazón de ese niño que hasta un año antes miraba á los hombres con desconfianza ó temor, y las cosas como instrumento de su ruina, pues había rodado á través de los unos y las otras sin saber lo que era una satisfacción.

En una palabra: al favor de la moral en acción que practicaba esa familia del común y del medio ambiente que la propiciaba, Bianchetto *se educaba en su sentimiento*; y tras una serie de revelaciones gratas para su corazón, íbase formando la conciencia clara de los deberes á los cuales se sentía atraído. Esto acusaba ya la transformación que en él se operaría.

¿Podría llamarse progresiva esta transformación?

Creo que sí, por más que el eco de la civilización que se radica en las ciudades populosas y se limita á ellas, sombree con los tintes de la semibarbarie á todo ese conjunto imponente que se llama la Pampa ó sea las campañas de la parte llana argentina.

Por costumbre, más que conscientemente; por imaginar la grandeza únicamente allí donde el trabajo de los siglos y los tesoros de las generaciones han acumulado las manifestaciones artísticas y los refinamientos voluptuosos de la civilización, repetimos eso de la semibarbarie de las campañas y conceptuamos á su habitante nativo como miembro de una raza deprimida; llegando en nuestras exigencias sociológicas hasta sostener que nuestro progreso habrá llegado á su auge cuando ese habitante, el gaucho, haya desaparecido.

Se podría responder que el gaucho, como producto lógico de la llanura inmensa, despoblada durante años y años, y alejada durante otros tantos años de la ciudad de Buenos Aires, único centro por entonces semicivilizado del Río de la Plata, es el habitante de este país en cuyas manos empezó á desenvolverse el grande embrión de las principales industrias nacionales, y con cuyo trabajo constante éstas han prosperado hasta el punto de que, al cabo de trescientos años, hacen digna competencia á sus similares de Australia, Estados Unidos y Rusia.

No se ve ó no se quiere ver que el progreso de cada país tiene sus factores predestinados,

por decirlo así, á empujarlo en determinadas manifestaciones; y que así como en materia de industrias, el obrero no puede ensayarse en una y otra so pena de malgastar sus fuerzas á pura pérdida para todas, en materia de progreso no se puede violentar jamás lo que podría llamarse *la ley del desenvolvimiento,* y que no es más que la serie de antecedentes y experimentos que acreditan la capacidad de los que siglo tras siglo lo vienen empujando en beneficio universal.

¿Quién rinde beneficio mayor? El barón Haussmann abriendo el vientre á París y cruzándolo con boulevares y avenidas que le dan el aspecto de la ciudad más espléndida; ó el trabajador anónimo de los Estados Unidos cuya suma de esfuerzo para alivianar el trabajo manual representa en la maquinaria, por ejemplo, la fuerza de mil millones de hombres? Los que como Bucheron fabrican sobre el duro platino y con preciadas piedras la más artística de las joyas; ó el gaucho de Buenos Aires que de progreso en progreso, ha llegado á aclimatar carneros y vacas tan finos y preciados como los de los más afamados criaderos ingleses, cuya lana y cuyo cuero retornan de Europa en forma de manufacturas artísticas también, las cuales

propician beneficios positivos á los hombres y les hace amar la civilización y por consiguiente el esfuerzo para no quedar atrás de ella?

Yo no lo sé, como tampoco sé si los banquetes á que se libraban los grandes Romanos del tiempo de Dolabella, Curión, Catulo y Cœlio, ó á que se libran los grandes de Londres (que son los que mejor comen en todo el mundo), salpicándolos con las rebuscadas voluptuosidades que reclaman los estómagos estragados, ó los cuerpos fatigados, son más civilizadores que la sobria comida que hace el gaucho con los suyos, y que termina dando las gracias á Dios, bendiciendo á sus hijos, y yendo á disfrutar de un sueño sin visiones terroríficas, sin indigestiones, para saludar el alba siguiente con los instrumentos de su trabajo, del que vive y hace vivir á tantos...

Por lo menos nadie se ha levantado todavía para lapidar al gaucho por sus ultrajes á la civilización, — la cual no es seguramente el vicio que contagia la vida y deprime la generación, — como se han levantado Petronio para lapidar á los civilizados urbanos del tiempo de Nerón; Rabelais para lapidar á los grandes de su época, y cualquier periódico de caricaturas para lapidar á los grandes londonenses. Si esos valientes

progenitores del pensamiento escrito, á quien sólo Voltaire se aproximó, no tuvieron razón, tampoco han de tenerla los que por no querer ver bien, niegan que en las grandes ciudades es donde precisamente abundan los que por sus hechos representan la barbarie que todavía existe en el mundo.

Convengamos, pues, en que no se trata de una raza deprimida que constituye una rémora para la civilización; sino de una raza fuerte, que subsiste á través de las evoluciones sociológicas que se han sucedido en el espacio de trescientos años, y que concurre á esa civilización con la suma mayor de trabajo y de riqueza que, hoy por hoy, pertenecen al país argentino.

Digámoslo de una vez, sin temor de incurrir á los ojos del lector en una declamación vana: el gaucho es el *único factor permanente* de la riqueza de nuestro país desde los remotos tiempos de la colonia, en que D. Félix de Azara nos sumaba los millones de vacas alzadas que recorrían nuestras lejanas llanuras, hasta nuestros días en que empuja las industrias pastoril y agrícola, aleccionado con los adelantos de las ciencias que le son familiares en forma de prácticas adquiridas en el trabajo diario.

El traje y algunos usos del gaucho habrán

cambiado, como cambia todo con el tiempo, — esta especie de Polichinela que almacena todos los despojos para exhumar como nuevas las galas más viejas; como han cambiado los elegantes de nuestra capital el uso de la *chaqueta* por la levita ó el *jaquet*, y el uso de comer asados y empanadas en la ribera, después del baño, por el de comer esos bocados en sus casas.

Pero hoy es el mismo hombre de ayer, — altivo, abnegado, fuerte para el trabajo y las privaciones; apegado á la Pampa donde nació ó nacieron sus padres, y en cuya tierra fecunda están las huellas de su esfuerzo progresista. Estos perfiles principales de su fisonomía moral son el producto averiguado y lógico de la sangre que corre por sus venas, la del Español altivo, también belicoso, espontáneo, amante de lo extraordinario; y de la india indómita. fuerte como la leona dueña de la selva que recorre, amorosa é ingenua hasta para odiar cuando la pasión ó el encono la empujan.

El desierto, el desierto inmenso hizo lo demás. Ese engendro fuerte, animoso y reducido á sí mismo se destacó ahí, soberano en su aislamiento, trasuntando en su romanticismo primitivo algo de la grandeza de la Pampa tanto tiempo ignorada de los hombres de las ciudades,

quienes se apercibieron de lo que el gaucho valía recién cuando se vieron enriquecidos con sus *estancias* á las cuales iban una vez por año, entre otras causas por la falta de vías cómodas de comunicación; ó cuando se vieron obligados á pedir al gaucho ayuda para fundar la patria y asegurar las conquistas del derecho.

El gaucho fué desde entonces soldado cruzado de la idea nueva, que no alcanzaba sino del punto de vista de la libertad para sí adorada. El sacrificio fué para él cuestión de mero deber; y sin más alardes que el de asegurarse á sí mismo que vencería á sus enemigos, regó con su sangre todos los campos de batalla en que se encontró la bandera argentina, desde el de *San Lorenzo* hasta el de *Obligado* y desde el de Caseros hasta el de Pavón en la guerra civil.

Si mucho queda por decir, lo dicho dará al lector extranjero, principalmente, una idea somera del teatro y del hombre en cuyo medio y á cuyo lado Bianchetto experimentaba los primeros síntomas de la transformación moral que á la larga debía darle una fisonomía particular, la cual no era de antiguo muy generalizada, porque es la resultante de la libertad y del trabajo modernos, como se verá en el curso de este trabajo.

CAPÍTULO XI

EL VOLUNTARIO

Tres jinetes se detuvieron en la tranquera de la casa de Correas una de esas mañanas de Septiembre, en que no ya los hombres, sino los caballos adiestrados para las *estancias*, quieren moverse cuando á la intemperie sienten los miembros entumecidos por el frío y por la lluvia que azota el pampero en forma de hebras diagonales.

Correas que se hallaba en el *galpón*, llamó dos veces á los perros, pero como éstos insistiesen en sus ladridos, dando á entender claramente que se trataba de gentes que no conocían, se allegó para reconocerlas. Eran el alcalde, su compadre, armado á sable, y dos paisanos con carabina á la espalda.

Les hizo entrar á la habitación que le ser-

vía de comedor, y entre mate y mate, el alcalde le dió una noticia que desde hacía muchos años no oía por esas alturas. Acababa de estallar una revolución, y el *paisanaje* no atinaba á pronunciarse.

El alcalde mismo se revolvía entre perplejidades implacables. Unos le tiraban hacia un lado, y los otros le decían que se quedase quieto. En tal situación venía á tomar consejo de un hombre prudente y experimentado como su compadre Correas para resolver su situación, y pasar la voz á los paisanos que quisiesen seguirlo.

—Pero, compadre, ¿está seguro que es el general Mitre quien se ha alzáo contra el gobierno? preguntó Correas.

—¿Que si estoy seguro, dice? Si yo he visto las proclamas, y del lado del Tuyú está reunida esa gente.

—¿Y Alsina qué hace, compadre?

—Dicen que ha mandao su gente, y se queda en la ciudad porque los revolucionarios han de quererla tomar.

—¿Y V. ha hablao con el comandante?

—De juro que hablé con él, y me mostró las proclamas, y me dijo que llevara los muchachos con sus armas. Pero en estas circuns-

tancias no quiero cortarme solo, y vengo á hablar con V. cuya *experencia* conozco.

—Bueno, compadre, yo creo que antes de comprometer á nadie, es bueno saber lo que hay. Si hay que pelear, pelearemos; pero hemos de saber por quién peleamos. Si quiere vamos á ver al comandante, y de paso llevemos también á Burgos y á Videla, que han de reunir alguna gente?

—Bueno, compadre.

—Y dígame, compadre, ¿sabe donde están los comandantes Miñana y Muñoz?

—En las chacras del Azul, *ande* acude el paisanaje al grito de «¡viva Alsina!»

Correas conocía el flaco pintoresco del alcalde, pero ante las noticias que le trasmitía creyó prudente no aguardar más, y montando á caballo salió con el alcalde. Bianchetto le siguió, según su costumbre, bastante intrigado con los motivos por los cuales la gente debía sacar á relucir las armas por esas alturas.

El comandante les explicó detalladamente á los amigos reunidos, todo lo que sabía y hasta lo que no sabía. y en presencia de la situación y de la urgencia que se encarecía en una circular del doctor Adolfo Alsina, cuyo influjo en el gobierno era notorio, y cuyos prestigios

entre el pueblo se antojaban incontrastables. resolvieron armarse y acompañar al comandante en defensa del gobierno constituído.

Uno de los puntos de reunión de los voluntarios fué entonces la estancia de Correas. Cuando se aproximaron fuerzas regulares el comandante territorial le ordenó á Correas que se presentase con su gente en el cuartel general.

Correas descolgó sus armas, preparó una pequeña tropilla de caballos, abrazó á su mujer y á su hija, que deshechas en lágrimas, pero resignadas y sumisas, le acompañaron hasta la tranquera. Al subir sobre un *moro* que recién iba á estrenarse en una campaña, vió á Bianchetto, listo también para acompañarle.

—¿Qué es eso, Bianchetto?, le dijo: yo no voy al pueblo, voy más lejos, quédate con las mujeres.

Los ojos del muchacho se hincharon como si cien lágrimas confundieran sus energías para saltar á la vez.

—Yo voy con V. ahora, dijo, con voz ahogada, como voy siempre, y si he servido antes, hoy puedo servir también.

—Este servicio no es para los niños. Puede

tocarte una bala y yo no quiero tener esa responsabilidad. Aquí no van más que criollos y tú eres italiano, de modo que no hay necesidad de que vayas.

Bianchetto comprendió que la voluntad de Correas prevalecería si él no asumía una actitud heroica, y la asumió á su manera respondiendo:

—¡Una bala! ¿y qué me importa que me toque una bala? ¿No puede tocarle á V. que deja su mujer y su hija? ¿No tienen madres y hermanos esos muchachos que van con V.? Yo no tengo familia, no tengo más que á V.; cuando V. se marcha es porque va á cumplir su deber. ¿Y por qué no quiere que lo cumpla yo? ¿Porque he nacido en Italia? V. me ha dicho que en este país se confunden todos los hombres trabajadores. Pues yo quiero seguir ahora la suerte de todos esos con quienes voy á vivir; y si V. no me lleva... si V. no me lleva, agregó Bianchetto, haciendo un esfuerzo, me iré solo y trataré de no perderme en el campo para llegar adonde V. esté.

Correas no conocía á Bianchetto bajo esta faz. Lo contemplaba asombrado. Las últimas palabras del muchacho, tan sumiso siempre ante sus indicaciones, le hicieron comprender

que era capaz de hacer lo que decía, y que de todo lo que pudiere suceder en tales circunstancias lo peor no era llevarle consigo.

—Bueno amigo, le dijo, venga conmigo, que al fin no le ha de pesar aprender también á pelear en esta tierra donde todos somos sol dados cuando llega el caso.

Y Bianchetto se agregó á la pequeña columna en marcha hacia el cuartel general, gozoso de confundirse con esos gauchos tan fuertes y tan decididos, muchos de los cuales iban por la vez primera á habérselas con las balas, estas mensajeras anónimas que penetran los aires con armonías de muerte.

Las impresiones de la vida del soldado en campaña; esos gauchos que de todas partes concurrían con sus caballos y sus prendas al llamado de las autoridades y de los vecinos prestigiosos, y que al día siguiente arrostraban sin violencia las privaciones y las fatigas del veterano; esa espontaneidad con que se proporcionaba recursos y se entregaba las vacas para el consumo, los caballos para las marchas, en donde se alzaba un rancho de paja ó una casa de ladrillo; esa unión fraternal del soldado con el soldado, así en las alegrías como en los peligros; esos campa-

mentos levantados hoy y levantados otra vez mañana en cualquiera parte de la Pampa, donde había agua y pastos, todo esto era nuevo para Bianchetto, quien en el colmo de sus curio sidades satisfechas, sólo había visto los alrededores de los fuertes de Génova, cuando trepó á las alturas de la montaña por el lado de Bolzanetto.

Al cabo de algunos días, Bianchetto se encontraba mejor que cuando llegó, un poco molido por una marcha de más de veinticuatro horas, durante las cuales apénas se durmió y apenas también se dió tiempo para azar una poca de carne y comerla á caballo. Todos los muchachos de su pago formaban un escuadrón mandado por Correas, quien lo designó su asistente.

Por la madrugada y por la tarde se hacía ejercicio hasta que llegaba la orden de avanzar hacia el Sud, ó recostarse hacia el Oeste. Por la noche, cuando se permitía encender fogones, los gauchos formaban animadas ruedas, y entre el mate y el asado, se pulsaban las guitarras. ¿De dónde salían estas guitarras? Quizá de alguna *pulpería* cercana, ó de entre los carros de los proveedores, quién sabe de donde, pero el caso es que aparecía en el

momento propicio para que el gaucho pudiese lanzar al aire su querella. En esas justas era de ver cómo caían hechas pedazos las reputaciones de los payadores, al empuje de otros noveles, quienes podían llamarse realmente victoriosos, si salían ilesos en la de tajo más ó menos que se seguía cuando no intervenían los más prestigiosos. Á las diez el toque de silencio y todos á sus carpas. si es que las había, y si no ahí no más, en el suelo, sobre los ponchos y el recado, cuando no se dormía con las riendas del caballo en la mano.

Un campamento de noche en la Pampa es lo imponente á través de la inmensa sombra. En Septiembre las noches son generalmente lluviosas. Cuando lucen las estrellas es entre celajes que proyectan en el suelo resplandores dudosos, penumbras fantásticas, moles arbitrarias, hasta monstruos que se alejan y se allegan según la imaginación del que vela. Un árbol suele aparecer como un gigante que aletea. Un caballo muerto proyecta resplandores semejantes á los de una población incendiada. Un pájaro encima de una estaca, se antoja una copa colosal que oscila en todas

direcciones. Los caballos que pacen á cierta distancia tienen el aspecto de nubarrones que vienen á desplomarse sobre las cabezas.

Estas apariciones estrambóticas, estas visiones absurdas, estas transformaciones imposibles, se agrandan y varían como las de un kaleidescopio vertiginoso, al través de los rui dos que surgen fatuos de entre el silencio de la noche en la Pampa. El reino de los insectos microscópicos, que cuanto más se agita tanto más colma los apetitos de los insectos mayores: el de los reptiles, que penetra las tinieblas para vengar en parte la guerra á muerte que le declaran los otros reinos: el de las aves de rapiña que espían desde las ramas de los árboles el momento propicio para hacer su presa, y que quizá la escogen entre los que más confiados están ahí en su propia vida: el de las hierbas fibrosas que despliegan sus nervios y los rozan entre sí, convidándose en la hora de sus voluptuosidades; estas y otras universalidades agitan el movimiento en esa hora en que se antoja que el movimiento ha cesado, y manifiestan los anhelos en la forma de vagos estremecimientos, de palpitaciones sordas, de ecos indefinibles que repercuten en el pecho de los que

velan, y lanzan la imaginación en el sendero sin fin de lo monstruoso. Todo se agranda ahí, hasta el latir de las sienes, que se oye como martillazos, y que, se cree, debe oir así el que vela al lado.

El devaneo suele durar lo que dura la obscuridad. Los nervios fatigados ceden al sueño cuando se proyectan las primeras inciertas claridades del día. Pero el sueño es corto entonces, porque presto la diana llama á todos á sus puestos. El buho hiende el aire con su chillido ondulante; los chimangos, los gavilanes, los caranchos y los cuervos lanzan los ecos de su hambre nunca satisfecha, cerniéndose cerca de los animales que se *carnearán* más tarde; los jilgueros, cardenales, churrinches, tordos, chingolos, zorzales, mixtos, calandrias y urracas entonan su coro de armonías en la Pampa, en las ramas de los ombús, de los talas, de los sauces y de los álamos; los perros ladran, caracoleando delante del sitio en que durmieron sus dueños, y aquel fantasma que hizo juguete suyo á tanta imaginación calenturienta, entre la envoltura de tanto hombre valeroso, pliega sus alas frías, negras y pegajosas, para no abrirlas hasta la noche siguiente.

Bianchetto, hombre meridional, soñador y romántico, había sido también el juguete de todas esas alucinaciones; pero concluyó por habituarse á todos los ruidos nocturnos de la Pampa, proveyéndose de una dosis de filosofía estoica para aprovechar contra viento y marea de las horas que se concedían al sueño del soldado.

Cerca de un mes anduvieron recorriendo el Oeste de Buenos Aires las fuerzas de que formaban parte Correas y Bianchetto, sin haber intervenido más que en escaramuzas en las que se foguearon los soldados nuevos, hasta que recibieron orden de plegarse á una pequeña división veterana que mandaba el coronel Hilario Lagos.

Este militar, cuya pericia y cuyo valor le habían creado justa fama en el ejército, se encontraba á pocas leguas del campo de Catriel, cacique mayor de los indios Pampas, el cual se había pronunciado con sus guerreros por la revolución.

Una noche se sintió movimiento en el campo de la división. En breves instantes toda ella estuvo á caballo y Lagos al frente, dando órdenes severas respecto de la marcha que iba á efectuar. Nadie sabía adonde se dirigía...

En la alta noche los soldados viejos comprendieron que *habría función*, porque se forzó la marcha... Así era en efecto. Lagos quería sorprender á Catriel. Sorprender á un indio era de suyo operación difícil; pero Lagos estaba habituado á ello, y lo consiguió esta vez como lo consiguió posteriormente con el no menos famoso cacique Pincen, á quien venció y persiguió, llegando en los vuelos de su fantasía caballeresca, hasta invitarle á un combate singular en medio de la Pampa. Á la madrugada lanzó su división sobre Catriel. Fué un torbellino que azotó de improviso. Catriel pudo formar sus guerreros y pretendió envolver á los veteranos, pero Lagos que conocía la táctica del indio, prolongó su línea y lo flanqueó, obligándolo á parapetarse detrás de unos corrales. Aquí fué recio el combate al arma blanca. Los indios se batían desesperados, y los veteranos, á pesar de la superioridad del número, tenían ganada la partida. Al distinguir á Catriel que excitaba á los suyos y lanceaba á los que vacilaban, Lagos picó su caballo, se abalanzó hacia el cacique, y poniéndole al pecho su espada le intimó rendición. Catriel se tiró del caballo, y alargándole la mano le dijo:

—¡La vida! hermano....

—Le aseguro la vida, le dijo noblemente Lagos, y le hizo conducir hasta un carruaje que venía en camino, mientras la división se encargaba de toda la tribu prisionera.

Bianchetto no pudo medir la importancia militar de esta refriega, porque ni siquiera se dió cuenta de su propia situación. Estupefacto se movía como por resortes que le imprimiesen sus compañeros, en ese entrevero de indios que esgrimían con tanta certeza sus boleadoras y sus lanzas, y esos soldados que los acuchillaban con sus grandes sables, pie á pie, como lidiadores antiguos, sin que se pudiese decir con exactitud en los supremos momentos del combate, de qué lado había mayor pujanza.

Felizmente para él, el coronel Lagos dió orden de marcha hacia el cuartel general, donde no se quería creer que Catriel y los suyos venían prisioneros y donde fué aclamado por su triunfo. Comunicó al comandante en jefe la garantía de la vida que había dado á su prisionero; pero á poco se retiró profundamente contrariado al saber que de orden superior acababa de resolverse la suerte que le tocaba á Catriel.

El pundonoroso Lagos se alejó algunas leguas de ahí y se propuso dar un golpe decisivo á la revolución, contando como contaba con la excelente fuerza á sus órdenes, con el conocimiento del terreno en que operaría y la calidad de fuerzas que se le opondrían. Al efecto marchó hacia el Norte donde se había reconcentrado el ejército revolucionario que comandaba el general Mitre en persona.

Un buen día comunicó á su jefe superior que, en virtud de las órdenes que tenía recibidas, marchaba á presentar combate al grueso del ejército revolucionario. Esto se antojaba á primera vista una audacia temeraria de Lagos, quien si bien era conocido por sus proezas de valor personal, tenía bien sentada reputación de militar prudente y calculador.

Pero Lagos había calculado todo. Su fuerza se componía de 800 veteranos. El ejército revolucionario ascendía á 9.000 hombres, entre los cuales no había la cohesión y disciplina indispensables para el éxito en el combate. Calculando sobre esto y sobre que los revolucionarios no imaginarían que una pequeña división vendría á batirlos, Lagos marchó de día y de noche, cruzando la campaña de Buenos Aires. Al llegar á las inmediaciones de Junín formó

en línea de batalla frente al ejército revolucionario, y en nombre del Gobierno Nacional le intimó rendición, ó que de no someterse lo batiría inmediatamente.

El momento era imponente. El eco del clarín condensaba el mundo de emociones que agitaban á la fila veterana mientras se resolvía esa especie de invitación á la muerte que dirigía á la otra fila, cuando quizá más risueña que nunca se acariciaba la vida. Todos los amores y todos los recuerdos, ahí delante, seductores... y frente á esta dulce esencia del alma, la masa animal impulsada por los instintos fieros.

Porque la presencia del enemigo antes de entrar en combate oprime el pecho con pesos implacables. Se diría que una fuerza inaudita presta alientos de gigante para ahogar entre hierros retorcidos las palpitaciones del corazón, á fin de que todo se acalle y no quede más que una voluntad para matar. Los hombres son entonces máquinas cuyo funcionamiento es tanto más satisfactorio, cuanto mayor es el número de hombres que inutilizan. Y en ese momento en que ninguno puede contar sobre su suerte, tiemblan á pesar de los esfuerzos que hacen para ocultarlo. Tiemblan, sí, befados en su amor propio, como tiemblan los caballos, estre-

meciendo á toda la fila, é imprimiendo á las armas, á los frenos, á los estribos ese sonido siniestro, persistente, indefinible, verdadera convulsión del acero ante la muerte que se cierne.

Bianchetto temblaba también. ¿Tenía miedo? Propiamente no conocía este agente que se aloja de súbito hasta en los hombres mejor templados. Pasada la impresión de la refriega con Catriel, midió el valor de sus compañeros y la pujanza de los indios, y se explicó cómo en los combates no caen por regla general tantos cuantos se cree caerán, sino tantos cuantos deben caer en razón del número, de la posición y de las armas. Esto y cierta entereza genial, fortalecida por el género de vida que llevaba en la Pampa, estimulaba sus bríos, propiciándole cierta seguridad de que se conduciría dignamente en el combate.

En esta disposición se encontraba, cuando he ahí que al formar en batalla, comienzan á temblarle las piernas pertinaz y vergonzosamente. Esto le mortifica y aprieta los dientes de coraje, procurando imprimirle cierta tensión á todo su cuerpo. Pero las piernas se ríen de él al compás de ese baile sin nombre. Los colores le suben al rostro, porque se siente capaz de lo que pretende, y hasta le vienen ganas de

picar su caballo y avanzar sólo sobre el enemigo; pero las piernas siguen temblando... Se afirma en los estribos y las piernas hacen ceder á los pies con su temblor diabólico. Un compañero observa este temblor y le dice sonriendo que solamente con una sangría desaparece, y á Bianchetto le vienen ganas de pincharse con el cuchillo para que termine esa mofa de sus piernas. Se toca la cabeza y siente sus bélicos ardores: se mira la mano, y ésta sujeta con fuerza la carabina: se contempla sus piernas y... se le cae el alma á los pies porque tiemblan insolentemente. ¿Era miedo?, repito. ¿Era agitación puramente nerviosa? ¿Qué era eso? Muchos veteranos y probados valientes han experimentado ese temblor parcial enfrente del enemigo, y nunca se lo explicaron porque... desapareció cuando hasta la idea de uno mismo desaparece entre los fragores del combate.

Bianchetto no pudo explicárselo tampoco, porque en esta ocasión no hubo combate. El general revolucionario destacó un oficial superior para comunicarle á Lagos que tenía entablada negociación con el Gobierno Nacional y que era inútil renovarla. Cuando Lagos reiteró su intimación en virtud de órdenes de su superior y se preparaba á cargar al ejército revo-

lucionario, un jefe nacional le trasmitió órdenes directas del Presidente de la República, y entonces no pudo menos que retirarse.

La revolución terminó con la rendición de Junín. Los gauchos milicianos volvieron á sus pagos, sin pedir nada, sin desear nada; y al siguiente día olvidaron sus querellas políticas librándose enteramente á su vida de trabajo, en la cual Bianchetto acababa de agregar una página nueva que debía aprovecharle en lo futuro. Los regimientos veteranos comenzaron á trasladarse á la ciudad de Buenos Aires para formar en la parada militar con la cual los del Gobierno querían festejar su triunfo efímero, discerniéndoselo á sí mismos, á semejanza de los Césares Romanos, que en esto se parecen todos los que mandan subordinando las leyes á las circunstancias; á diferencia de San Martín que dispuso de medio continente el tiempo indispensable para librarlo á las decisiones de los pueblos, ó como Rivadavia y Sarmiento que subordinaron su acción á las supremas exigencias de la opinión pública.

CAPÍTULO XII

LOS DE SIEMPRE

En Buenos Aires había fiesta oficial con motivo de haber el gobierno vencido á la revolución. Las asociaciones y los círculos sociales se revolvían para hacer á los triunfadores demostraciones de esas que siempre dejan algo, aunque sea una esperanza defraudada.

De todas partes acudían gentes curiosas y anhelantes para presenciar la formación militar de unos cuantos miles de hombres; para sentir el estruendo de los fuegos artificiales, y para ir y venir por las calles hasta rendirse al cansancio y tirarse en el lecho, diciéndose recién que la cosa no valía la pena de haberse incomodado. No faltaba quien agregara que todo se había reconcentrado en la cindad, y que lo agregara hasta en latín, pero en mal latín así: *urbis et orbis*, en vez de decirlo como

lo dijo Ovidio en tiempo de Augusto: *Orbis in urbe.*

Por lo demás, no estaban en lo justo. Esta ciudad que proyecta irradiaciones trascendentales en el orden de las ideas, y que en sus impulsiones entusiastas juega su suerte al albur de un día al parecer propicio; que inicia y hace triunfar las grandes reformas, y se connaturaliza con los pequeños atrasos; emporio de industria y de comercio que admite engañosas protecciones las cuales se resuelven en trabas para su riqueza; centro de lujo y de placeres, como desde su origen independiente es guerrera y legisladora al mismo tiempo; este foco de atracción de todas las razas á las cuales funde en una fisonomía con perfiles nacionales, y que poco ó nada hace para conducir este fenómeno etnológico en razón de las exigencias de una sociabilidad nueva y sujeta á vaivenes peligrosos; esta ciudad grande, impresionable, bonachona, que trabaja como un peón y ríe como un chiquillo á quien le hacen cosquillas, había olvidado sin duda lo que acababa de pasar, porque no se manifestaba inclinada á participar de la tal fiesta. En realidad, el pueblo trabajaba mientras las dianas hendían los aires desde

la plaza del Retiro, donde formaba parte del ejército veterano bajo los rayos del sol de Diciembre.

He dicho el pueblo. La bandera de Alsina tan simpática, y la bandera de Mitre tan prestigiosa por entonces, no eran para el pueblo motivo de rencores en esos días. Una vez vencida la segunda, el pueblo se había confundido nuevamente en sus propósitos comunes y generosos.

Pero el pueblo no es la sociedad en Buenos Aires, por más que esto asombre, tratándose de una ciudad plebeya por excelencia, y que precisamente por ser plebeya, pero de sangre limpia, ha realizado empresas únicas en nuestro continente, como la de extirpar en poco tiempo el trono de muchos siglos, y fundar con sus legiones plebeyas seis repúblicas.

La *sociedad*, lo *distinguido de la sociedad*, como decían ya los *mamadomingas* de la prensa que se exhiben entre sus líneas híbridas como esos gomosos con tres ondas en la frente, pensaba de otro modo.

Hasta los postreros días de la revolución, esa sociedad representada por gente á quien la opulencia había permitido alardear (con más bien poca que mucha razón) de alcurnia.

y cuyas preferencias políticas se habían inclinado á la administración que surgió después de la batalla de Pavón (1861) observó cierta reserva especulativa.

Derrotada la revolución, con raras excepciones se aproximó al nuevo gobierno. Se aproximaron al nuevo gobierno porque era gobierno, porque así habían procedido con todos los gobiernos anteriores, desde el de Rozas, y como procedieron después con los peores gobiernos que ha tenido el país.

Con seriedad inflexible se decían *conservadores*, pretendiendo engañarse á sí mismos y á los demás, con la suposición gratuita de haber trabajado toda su vida por la conservación de los principios é instituciones vitales del país. La verdad es que no trabajaron sino por conservar sus rentas devengadas de bienes que, por regla general, heredaron de sus padres.

Todo lo que se ha fundado y cimentado en el país durante los últimos cincuenta años lo ha sido con prescindencia de ellos, ó á pesar de ellos. El esfuerzo ha sido constante de parte del pueblo, empeñado en asegurar la suerte de una nación que existía más en el sentimiento que en los hechos; la lucha ha

sido cruenta, pero ellos permanecieron meros espectadores de una desgracia que no les alcanzaba. Á la satisfacción de sentir y sufrir con el pueblo, prefirieron las satisfacciones de su egoísmo y de su avaricia.

Así fueron *conservadores* bajo Rozas, bajo Urquiza, bajo los gobiernos separatistas de la guerra civil; bajo Mitre; y á tal título crecieron, como crecen los tubérculos con los jugos de la tierra, mientras tres generaciones vinculaban su esfuerzo para afianzar instituciones y asegurar libertades. Pretendieron quizá sobreponerse á sus mayores, y se quedaron veinte codos abajo. Las mayores, que labraron su fortuna con su trabajo personal, ni eran aristócratas, ni eran *conservadores* de ese cuño.

Los hombres acaudalados, y, en general, los que por sus vinculaciones sociales pertenecían á la clase dirigente de la comuna de Buenos Aires, á principios de este siglo, fueron precisamente los que más se distinguieron por su amor á la patria, y por su devoción á las aspiraciones del pueblo; los que durante diez años consecutivos multiplicaron su esfuerzo para hacer triunfar la revolución de 1810, y los que arrostraron dignamente los rigores

de la suerte que les cupo, cuando cedieron el paso ú las corrientes impetuosas de una democracia ineducada y turbulenta que aspiraba á gobernar en nombre de un derecho tan legítimo como el que las clases dirigentes habían invocado; los que en los postreros días de su vida, con cierto entusiasmo sublime libraban al porvenir los ideales libérrimos y las aspiraciones grandiosas que alimentaban desde aquellos días de su juventud, á la luz de un nuevo sol para la patria, dueña y señora de sus mejores pensamientos.

El general Alvear que pudo por su sangre blasonar de aristocrático, fué en seguida de Moreno, quien derramó la semilla fecunda de la República, haciendo traducir en leyes inmortales los principios de libertad que el pueblo había proclamado. Esto lo ha de poner de manifiesto la historia. Don Juan Manuel Ortiz de Rozas, biznieto de grandes de España, debió en gran parte su exaltación al gobierno á la circunstancia de haber vivido largos años confundido con el pueblo y de haber contribuído con su persona y con su fortuna,—que era quizá la primera en Buenos Aires—al sostén de las instituciones. Después,

en el gobierno le cupo afianzar el principio republicano, sosteniendo con singular firmeza, como se lo manifestó San Martín, el derecho de los pequeños Estados de Sud América contra las pretensiones absorbentes de dos poderosas monarquías europeas.

Los Escalada, Aguirre, Luca, Azcuénaga, Rojas, Anchorena, Alsina, Lezica, Peña, Arana, Obligado, Lavalle, Alagón, Guido, Villanueva, Cazón, Piñeyro, Darragueira, Àlzaga, Ezcurra, Villegas, Carreras, Saavedra, Lozano, Cárdenas, Oromí, Frías, García, Peralta, Ramos Mexía, Quirno, Balcarce, Perdriel, Irigoyen, Salvadores, Riglos y muchos otros como éstos, ilustraron su nombre por lo que hicieron. Nunca alardearon de su sangre limpia de andaluces, vizcaínos ó castellanos.

Si alguna vez pesaban con su fortuna adquirida, no fué para que creciese á expensas de la estrechez de los demás, sino para desenvolver la riqueza pública, para ponerla al servicio del Gobierno durante las necesidades de la revolución y de la guerra. Ellos eran del número de los que rechazaron con altivez los títulos de nobleza que remitió el rey de España para que se distribuyesen entre los que se habían distinguido en las jornadas de la Reconquista y de

la Defensa contra los Ingleses. Su fisonomía no cambió jamás: de viejos eran altivos sin dejar de ser accesibles para el último; demócratas sin ser demagogos; y su modestia se mide por el hecho de que hasta su muerte ejercieron casi todos ellos el género de ocupación ó de trabajo á que se habían dedicado, por grandes que fuesen sus prosperidades pecuniarias.

Si de algo blasonaban era de haber sido útiles á su patria; y si algo traducían sus antecedentes no era la vanidad de un abolengo del que no hubieron menester para hacerse dignos, sino la esperanza de que serían continuados. De esta esperanza realizada dan fe algunos apellidos que perpetúan en nuestros días el nombre que ilustraron sus mayores, entre otros, los López, los Varela, los Guido, en las letras y en la tribuna; los Balcarce, los Martínez, los Salvadores, los Paz, los Lagos en las armas. Ellos pudieron decir como buenos republicanos: lejos de atenernos á un abolengo cuyo lustre fuese como la sombra de nuestra impotencia hemos hecho digno el nombre que legamos á nuestra posteridad (1).

(1) No debe atribuirse á ojeriza pequeña estas reflexiones severas. Siento la necesidad de estamparlas cuando nos invade una carrada de *ítulos* á los cuales nuestra mejor sociedad exhibe como florones. Tam

Sean cuales fueren sus ideas respecto del Gobierno, eran, pues, demócratas confundidos por el sentimiento y por la acción con las aspiraciones del pueblo de Buenos Aires el cual gobernaba, á su vez, por el órgano del *Cabildo*. Eran una fuerza *conservadora*, sí, pero de los principios liberales de la revolución de 1810, de las instituciones tendentes á asegurarla en los tiempos.

Pero los conservadores de ayer no son como los conservadores de hoy. Éstos, por regla general, han reducido su acción á acrecentar su peculio y á fundar en este peculio su título para levantarse encima del pueblo con el cual jamás se confundieron. No han descendido al nivel de las necesidades comunes, ni han escuchado las exigencias de la opinión pública, porque su papel invariable ha consistido en adherir pasivamente á todos los gobiernos, á cualquier gobierno, por deprimido que fuere. Por esto se llaman *conservadores*.

Da pena decirlo. No hay hasta ahora recuerdo de que uno de esos conservadores haya apli-

---

poco debe atribuirse á despecho mal comprimido. Poseo las partidas del estado de mis antepasados; plebeyos de sangre muy limpia de Aragón y Provincia Vascongada, desde 1642 hasta 1812, y desde esta fecha hasta el presente datadas en esta ciudad.

cado su peculio á una fundación ú obra útil ó de cierta trascendencia en la comuna de Buenos Aires donde vieron la luz. No hay. Una dama humilde y dignísima, Dª. Petronila Rodríguez, ha hecho más que todos los conservadores. Á su costo se levantó el espléndido palacio-escuela que da frente á la antigua calle de Garantías y á las de Charcas y Paraguay, y se erigió en terrenos de su propiedad la hermosa plaza contigua que se llama de Rodríguez Peña.

En una ocasión, á raíz del derrocamiento de Rozas, estos conservadores se propusieron llevar á cabo una obra pública para el ornato de Buenos Aires, quizá con el objeto de congraciarse con el nuevo gobierno, después de haber servido fervorosamente al de aquel General.

Al efecto se reunieron en asamblea de notables y después de laboriosa discusión resolvieron, y así lo realizaron, cubrir de mármol el pretil de la iglesia de Santo Domingo. Cuando el altivo D. Martín de Álzaga empedró á su costo una cuadra de la plaza de la Victoria, don Miguel de Azcuénaga no quiso ser menos, y empedró por su cuenta dos. En la ocasión á que aludo no hubieron otros conservadores que siquiera cubriesen de mármol el pretil de otras dos iglesias.

Poco después de esto se echó abajo la mejor parte del antiguo *Fuerte* de los Virreyes para construir la Aduana. La obra fué por cuenta del Estado, pero dirigida por esos conservadores. El día de la inauguración se magnificó ese progreso. Pero al día siguiente las gentes quedaron estupefactas al contemplar que no había puertas capaces para hacer entrar los fardos y bultos grandes.

En otra ocasión Sarmiento que, como Rivadavia, preveía las exigencias del porvenir, proyectó que todo el que edificase entraría cinco varas sobre la línea de la calle. Los conservadores se reunieron para protestar contra este abuso propio de ese loco, como le llamaban; y protestaron con tanto éxito, que las calles del centro de Buenos Aires quedaron tal cual eran, angostas, antihigiénicas y casi inhabitables como las de las viejas ciudades europeas. La municipalidad quiso suprimir unos trozos de madera que desde *ab initio* se colocaban de trecho en trecho á lo largo de las calzadas; pero los conservadores protestaron tan enérgicamente que no fué sino después de varias tentativas que se consiguió suprimir semejante monstruosidad. Con igual energía protestaron contra el establecimiento de los tranvías, alegando que se es-

tremecían los edificios; y contra la sustitución de los policianos á los antiguos *serenos*, durante la noche, porque, — decían, — aquellos se limitan á tocar el pito alarmando á las gentes durante el sueño, mientras que éstos cantaban la hora hasta el amanecer y eran una *compaña* que sentían las familias.

Este era el nivel progresista *conservador* que ni subía ni bajaba desde mucho tiempo atrás. El ministro Southern, acreditado por S. M. B. ante el gobierno argentino, observador finísimo, digno representante del *humour* de su país, y que tenía la costumbre de apuntar las rarezas, excentricidades, anomalías y singularidades de las ciudades que visitaba, había medido ya ese nivel allá por los años de 1850. Comiendo un día en Palermo con el general Rozas, le dijo á éste:

— General, he observado que en este país tan rico, y donde hay tanto hombre rico, sucede lo contrario de lo que en Inglaterra.

— ¿Qué sucede, señor Ministro? le preguntó Rozas habituado á las salidas francas, pero siempre exactas, del caballero Southern.

— Que en Inglaterra, con excepción de los hijos de lores que nacen idiotas, los hombres más ricos son también los más ilustrados, y

que aquí los más ricos son... los más ignorantes y retrógrados.

Mídase como se mida el nivel de los pseudo-conservadores, el hecho real es que por aquello de á rey muerto rey puesto, se apresuraron á rendir pleito homenaje—pero nada más que pleito homenaje—al nuevo gobierno, á cuya buena ó mala sombra debían conservar lo suyo, por la sencilla razón de que estando á derechas con el gobierno, nadie se los quitaría; y si en algo sufrían, ya lo resarcirían con creces, mediante su influjo conservado á costa de obediencia pasiva y de adhesión incondicional. Ya habían tirado del carro con el retrato de Rozas: ya se habían amanecido en Palermo para ser de los primeros en rendirle homenaje á Urquiza en la cama: ya habían pretendido en varias ocasiones desenganchar los caballos del carruaje de Mitre. Bien podían, pues, tirar del carro de cualquier Presidente como el que necesitaba por entonces acallar la oposición.

Los hechos, la experiencia de medio siglo acreditan, pues, que esta clase pseudo-*conservadora* es, en un centro de atracción como la ciudad de Buenos Aires, una rémora para el desenvolvimiento progresivo de las fuerzas del país en la vasta escala de que éstas son suscepti-

bles, y, en más de un sentido, un peligro para la libertad y para las instituciones republicanas.

Y el progreso y la prosperidad en la República Argentina son resultantes de la *cuestión de Gobierno*. En más de una ocasión esa clase ha contribuído á conducir la República al borde de la ruina, robusteciendo con su propaganda y su autoridad, incuestionablemente prestigiosas, la accion de gobiernos salidos fuera de la Constitución. Divorciada del pueblo, ha pesado en la sombra y dentro de su egoísmo para que se ahoguen las exigencias de la opinión pública, por justas que fuesen, á costa de represiones sangrientas y de rigores y persecuciones que no tienen más precedentes que los de las guerras sin cuartel.

Estos conservadores han vivido divorciados del pueblo al cual todos nos pertenecemos, inspirándose únicamente en la idea de asegurar sus posiciones y quedar de pie, de pie siempre, como los ídolos Asirios del museo Británico.

¿Qué queda de ellos cuando mueren? El olvido, el condigno olvido que no quebranta ni el fastuoso mausoleo que se hacen erigir. Las gentes pasan indiferentes ante ese muerto que

no conocieron en vida, y que ha venido por fin á ser presa de gusanos muy semejantes á los que roen el cuerpo que yace bajo una modesta cruz. Siquiera estas cruces suelen estar cubiertas del musgo

«que con el llanto de los buenos crece».

CAPÍTULO XIII

PARA QUEDAR DE PIE

Es lo cierto que las gentes decían que el nuevo Presidente necesitaba del concurso de la opinión para desenvolverse en un país que prefiere sentir el peso de la acción del Gobierno, á sentir el vacío en el Gobierno; y que desde sus primeros pasos mostró que, con ó sin el concurso de los conservadores, era capaz de hacer efectivo el programa político que puso solemnemente bajo la advocación de Rivadavia y de Sarmiento.

Pero como aquellos cortesanos que acudían de mañana á las habitaciones de Luis XIV con el plausible objeto de matar dos pájaros de un tiro, esto es, hacer constar que habían presenciado el primer bostezo de S. M. y averiguar la peluca que llevaría, para encasquetarse oportunamente la respectiva, los conservado-

res se apresuraron á manifestar su adhesión en todas las formas que reputaban gratas para el Presidente.

Desde luego asediaban la casa de S. E. los que tenían acceso á ella. Pero S. E. se recogía tarde, porque se entregaba á sus lecturas favoritas sobre política y letras, y se levantaba tarde, almorzando ligeramente en la cama y escurriéndose en seguida para su despacho de la *Casa Rosada,* en donde solamente se le veía por asuntos públicos.

Luego los banquetes fastuosos, encomendados á tal ó cual restaurant, porque los anfitriones comían de regla muy mal y bebían peor, como que vivían todavía de la carbonada ó de la *humita* después del asado, bebían vino priorato y fumaban *cigarrillo negro.* Pero S. E. estaba un desganado crónico, sempiterno consumidor de bombones y caramelos que llevaba consigo, como para demostrar que no le era necesario sentarse ni á la mesa de banquetes.

Otro recurso fué el de las inauguraciones de establecimientos, cuyos preparativos elaboraban para figurar ellos como elemento decorativo. Calculaban que el Presidente pronunciaría uno de esos discursos que le valieron la reputación de brillante orador de su tiempo,

y que en ese discurso alguna alusión á ellos habría. Pero el Presidente, con ser que conducía la frase al compás de una harmonía inagotable cuyos ecos vibraban después en los oídos, la encuadraba siempre dentro del preceptismo oficial, lapidándola de todo lugar común y de todo motivo ajeno al deber que desempeñaba.

Ellos fueron aquí los inventores de las *funciones de moda* en el teatro de Colón, las noches en que acudiese el Presidente, para acudir ellos también. Pero como al palco oficial no penetraban, por entonces, sino los ministros del Presidente ó los diplomáticos invitados, los conservadores se limitaban á manifestarle á S. E. con sus reverencias que estaban allí para rodearle.

El carruaje del Presidente no rodaba hacia Palermo sin ser seguido de los carruajes de los conservadores. Pero el Presidente no era muy afecto á los efectos del aire libre. En seguida de recorrer el pequeño trayecto de la avenida de las Magnolias,—allí mismo donde con motivo de la inauguración de ese gran parque, produjo uno de sus más bellos discursos,—se metía en su carruaje, solo, ó con su edecán, como si prefiriera el sabor de un caramelo al de la conversación presuntuosa de

esos señores que le repetirían como un fonógrafo lo que ya habían dicho á otros Presidentes.

Simultáneamente con todo ello vinieron los grandes saraos. El Presidente no bailaba. Pienso que sentía por los que gozan dando vueltas vertiginosas una compasión muy semejante á la que inspira un tonto de capirote. Pero iba á los bailes. Espíritu fino, observador y cultísimo, que seducía por los vuelos simpáticos que con maestría singular imprimía á su conversación, velándola con cierta indiferencia romántica, iba á los bailes como á cualquier otro centro de reunión, con el propósito de pulsar las palpitaciones de la sociedad que quizá le habían presentado hostil á su persona; de escuchar y de decir cosas agradables que trasuntasen ecos del sentimiento, del arte ó del talento.

Pero su presencia era una especie de desahucio para los que querían acaparárselo. Al amago serio de uno de estos ataques, respondía con una sonrisa y se dirigía á una dama para elogiarla, ó á un joven para hablarle de algún libro, dejando á la una y al otro bajo la impresión grata de una frase que corría después de boca en boca, porque era realmente feliz.

Uno de esos bailes eclipsó á los demás, al sentir de los *conservadores*, por el triunfo que éstos creyeron haber alcanzado.

Era en una casa principal. El Presidente prometió que asistiría. La noticia había recorrido como por vía eléctrica todas las casas de conservadores, y las invitaciones llegaron á cotizarse á la alza de las mejores influencias. El dueño de casa, asediado, perseguido por los empeños de sus mejores amigos y de los amigos de éstos, creyó que era llegado el caso de desesperarse, y como todavía lo persigiesen, atolondrado y sin noción ya de la cantidad, continuó dando invitaciones á granel.

Los grandes salones se transformaron en manos de los tapiceros, decoradores, gasistas y jardineros, estos zapadores que recomponen destruyendo cuanto encuentran, y que dejan un salón después de un baile como el proscenio de un teatro, en el cual ya no se puede contar los agujeros. El dueño de casa comenzó por contemplar con horror la irreverencia con que esos zapadores trataban sus magníficos espejos con consola, suprimiéndolos por inútiles; sus mesas de caoba maciza con incrustaciones; sus jarrones con el retrato de uno que fué virrey y de otra que fué virreina, según

decía; sus pendientes y arañas de cristal, iguales á las de la iglesia de Santo Domingo, como que fueron traídas juntamente con éstas en el año de 1826 por un padre que murió en olor de santidad, y en el mismo barco en que regresaba de Europa D. Gregorio Gómez, el primero á vapor que arribaba á Buenos Aires; sus butacas y sofás de jacarandá y damasco de seda color rosa, que no hacía mucho se había cambiado sobre el armazón exactamente igual al que adornó el salón de doña Flora Azcuénaga.

Su horror se mechó con una ira, en modo alguno comprimida, cuando vió entrar en función los clavos y los martillos que hacían trizas el papel de fondo blanco con calabazas verdes y extremos dorados que cubría las paredes, con el objeto de colgar unos cuadros con hombres, mujeres, artistas, reyes y hasta mares, cuya representación jamás había soñado ver en su casa.

Ya estaba medio calcinado el hombre cuando los zapadores empezaron á barrer con todo lo que había en una habitación cerca del salón principal, la cual le servía de dormitorio y donde él encerraba, además, un sinnúmero de cosas que le eran muy útiles. Que no sacarían de ahí una silla, les dijo con voz de trueno, y que si pensaban poner lo de arriba abajo en su

casa, se engañaban, porque ya había soportado demasiado.

Mediaron los amigos interesados, que no le dejaban un instante. Era indispensable transformar esa habitación que interceptaba el gran comedor, para disponer ampliamente de todo el edificio que encuadraba el primer gran patio. Y no fué sino á través de protestas como quedó transformado el comedor, notable por lo abigarrado del mueblaje y por la cristalería de todos tamaños y colores, restos que iban quedando de antiguos servicios y que subvenían á las necesidades, porque allí siempre se comía en familia y la familia podía beber en copa ó vaso de cualesquiera colores. Sólo el dueño de casa sabía cuántas desazones y cuántos desasosiegos le costaba esa revolución casera, fraguada en pequeño número de amigos, para conservar posiciones á costa de estrechar relación con el Presidente.

Á media noche no había en los salones donde echar un alfiler. Las gentes habían afluído en tropel al olor presidencial. Las bellezas de esos días imprimían la nota más alta á esa fiesta cuyo significado no les alcanzaba, por la sencilla razón de que ellas constituían el princi-

pal brillo. Rezagadas se mostraban á esa hora ciertas notabilidades en las letras, las armas, la política y el foro, precisamente aquellas cuya presencia ansiaba el dueño de casa para que el Presidente midiese su influencia por sus relaciones. Esto le proporcionó nuevos desasosiegos que se calmaron á medias, encargando á alguien que fuese á solicitarlas.

El Presidente entró á eso de la una. El dueño de casa y sus corifeos, de corrillo en corrillo, preparaban el ánimo de su público para que la entrada del Presidente fuese *impresionable*. Todo estaba prevenido.

Cuando el carruaje presidencial venía por la bocacalle, un sirviente corrió á avisarle al dueño de casa: éste repartió la nueva á los que le seguían, éstos la trasmitieron á los corrillos y el eco se hizo carne en todos los pechos varoniles. Cuando el carruaje se detuvo á la puerta, el dueño de casa, seguido de una gran comisión de recepción, lo recibió allí y colocándose á su izquierda, entre tropezón de más ó menos, — porque estaba emocionado, — verificó con él su entrada en el salón.

¡Entrada triunfal! Conmovió á la familia y á los íntimos, interrumpió las conversaciones, produjo la solemnidad esperada, pero... no

alteró un músculo del Presidente, quien quizá encontró un poco fuerte ese aparato destinado á exhibirlo á la faz de ambos sexos.

El silencio y la inmovilidad de ese cuadro vivo se prolongaba como si al dueño de casa se le hubiesen roto todos los resortes para operar el *mutis* obligado. El Presidente rompió el hielo aceptando un asiento que le ofreció á su lado la señora de la casa, á quien él cumplimentaba y á quien poco después invitó á pasear los salones. De esta manera rompió también un círculo de boquiabiertas que lo estrechaba cada vez más.

La orquesta de Firuletti dejó oir los acordes de un vals, original de este colebrado artista, y que era igual á todos los vals al sentir de los que, bailando, sólo atienden al compás. La juventud tendió sus alas, y en torbellino embriagador el placer y la alegría dominaron con sus ecos simpáticos los ecos del egoísmo que surgían de los corrillos conservadores, empeñados en abordar al Presidente.

El sarao estaba espléndido á las dos de la mañana. Todos se habían reconocido, aproximado y cambiado frases de esas que sólo se escapan en ciertas ocasiones propicias y que después se olvidan ó que no se repiten, porque

las gentes amoldan su fisonomía á las exigencias del trato diario que imprimen cierta tiesura, con la cual todos se avienen de grado ó por fuerza.

Todos, todos habían tenido su momento, menos el dueño de casa. ¡Cosa más rara!... Diez ataques había intentado para dar rienda á sus efusiones con el Presidente. Las primeras guerrillas iban bien. ¡Magnífico! El Presidente le sonreía, luego quería animarle. ¡Vamos!... adelante! Y doblaba la guerrilla. Igual sonrisa, exactamente igual... Al ir á dar una carga... ¡malhadada combinación!... un notable que pasaba por su lado acompañando á una dama, decíale algo al Presidente, ó al menos debía de haberle dicho algo, porque el Presidente conversaba con ambos y en seguida ofrecía su brazo á la dama. El dueño de casa quedaba ahí, desorientado; su vista se fijaba maquinalmente en un espejo, y al penetrar hasta los agujeros que habían roto la integridad del papel de calabazas verdes con extremos dorados, le venía un vuelco y maldecía al importuno que se le atravesó.

El Presidente se le escurría con una facilidad pasmosa, ó, más propiamente, las gentes contribuían á que se escurriese. ¿Es que conspiraban contra él todos sus amigos? ¿Querían

acapararse al Presidente? Tratando de penetrar esta duda mortificante, observó que el Presidente hablaba con todos, pero no se detenía con tal ó cual. También observó que el Presidente prefería la sociedad de las damas. Entonces le vino una idea luminosa. Se acercó á una su parienta y le enderezó toda una lección díplomática tendente á preconizar sus influencias personales y su adhesión al Presidente.

El nombre de esta dama era indispensable en todas las iniciativas de la beneficencia. Pertenecía á tres asociaciones pías, y se inclinaba á pertenecer á seis porque experimentalmente había apreciado cómo los pobres y los tontos aumentan en razón de los conciertos y funciones de caridad que semanalmente se cometen en Buenos Aires. No era extraño, pues, que además de la consideración de que gozaba en la buena sociedad, fuera objeto del homenaje cumplidísimo de los autores, empresarios, proveedores, músicos, artistas, droguistas y cuanto postulante surgía á través de las múltiples relaciones de la beneficencia con el pueblo. Era la persona indicada, y le prometió al dueño de casa desempeñar con ahínco la embajada. La ocasión se la presentó el Presidente ofreciéndola el brazo.

En la primera oportunidad introdujo con piedad angelical á su pariente. El Presidente hizo el elogio del dueño de casa con una espontaneidad que se habría asemejado á la que empleó Mirabeau para hacer el de Franklin si Mirabeau no hubiese dicho «Franklin ha muerto». En seguida hizo el elogio de la dama, realzando en frases hermosas la abnegación con que la mujer argentina se libraba á la caridad, y lo que había conseguido desde que Rivadavia la asoció, quizá por la primera vez en el mundo, á las funciones de la cosa pública, encomendándole la beneficencia y la educación de las niñas.

Las subsiguientes tentativas en obsequio del dueño de casa no dieron más resultado que meras señales de aprobación y cambio súbito de sujeto. Si lo del elogio de Mirabeau pasó por la imaginación de la dama, es probable que temiese que el Presidente, obligado á hacer nuevamente el elogio del dueño de casa, estuviese tentado á decir simplemente: «Señora, el dueño de casa ha muerto», á fin de concluir con él por esa noche.

Ante tal temor la bella dama dió por cumplido su compromiso y pensó en una de las asociaciones á que pertenecía. Su talento y sus

seducciones triunfaron aquí. Se trataba de una subvención para un establecimiento que regentaban unos pobres padres y que rendía servicios cuya enumeración no dejaba lugar á duda. El Presidente prometió atender la solicitud que oportunamente sería presentada.

El dueño de casa, que espiaba la conversación, observó la complacencia del Presidente y no dudando que de él se trataba, se acercó en un momento en que las parejas se habían detenido bajo la portada que conducía al comedor, y le preguntó á un su íntimo, detenido detrás del Presidente:

—¿Qué es lo que el Presidente acaba de decirle á.... ?

—¿Lo que acaba de decirla? repuso él interpelado sonriendo del anhelo del dueño de casa cuyo lado flaco quizá conocía.

—Sí, le ha hecho una cortesía afectuosa y creo haber oído mi nombre....

—Pues le ha dicho: «Señora, roguemos al Cielo que sea este el último pecado que cometamos juntos....»

CAPÍTULO XIV

EL TRIUNFO CONSERVADOR

Probablemente no dijo esto el Presidente, pero se lo hicieron decir, el dueño de casa en primer término, quien lo repitió en un grupo de conservadores.

Como todos eran de la misma laya, pudieron recibir impunemente la frase con marcada frialdad. Se sentían molestos porque ninguno de ellos había podido atraer la atención del Presidente siquiera durante una hora.

Creció el volumen de tal malestar cuando contemplaron atónitos que el Presidente entretenía larga y animada conversación con dos literatos; con un distinguido abogado de rostro pálido *mate* y ojos negros y patilla negra, afeitada según el uso de la época anterior á la cual se ajustaba su persona y hasta ciertos detalles

de su traje y su apostura arrogante y ademanes solemnes; con un orador pálido, de melena luenga y cuyo dedo índice, siempre rígido, parecía señalar sus ambiciones, en cuyo camino ya se encontraba frente á algún émulo que por una especie de fatalidad seguía idéntico camino al de él; á un bizarro coronel cuyo grado debía ser revalidado á la larga de los años para ser ascendido á general, y que debía merecer de otro presidente (espiritual porque no sabe que lo es) el ser felicitado hasta por la serenidad con que mandó una parada, á raíz de haber salvado casi milagrosamente de la campaña más cruenta de su vida, en la que fué picado por un insecto venido no se sabe de dónde.

También formaba parte de este grupo el doctor don Emilio de Alvear, que tenía el privilegio de atraer lo más selecto, lo más inteligente, lo más artístico, lo más mundano, en salones, en reuniones familiares, en el paseo, en cualquiera parte donde lucía con naturalidad genial los dones de su espíritu cultísimo y refinado. Á semejanza de Sarmiento y de Vélez Sarsfield, no había envejecido al sentir de las cuatro generaciones en que había rolado en primera línea. Las madres y las hijas, los viejos y los jóvenes, los políticos y los indiferentes, los conservado-

res por refregarse con su apellido, y los que no lo eran por deleitarse en su conversación instructiva y chispeante, iban á él ó le veían venir con una simpatía tanto más sincera, cuanto que no llevaba ni influencias políticas que prestar, ni prestigios de fortuna que atraen á los que se resuelven á explotarlos.

Don Emilio de Alvear debía de haber tenido alguna pequeña contrariedad porque su estilo vivaz, animoso y pintoresco hablaba de la topografía de las casas de ciertos ricos, en las cuales todo estaba al revés de las necesidades.

—Vean Vds.—les decía,—un poderoso vecino mío concluyó una casa el mes pasado. Se empeñó en que yo la visitase. Yo he visitado muchas casas mal construídas en Buenos Aires, y me excusé. Un día me toma de improviso y no hubo más... Entré... Mucho papel dorado, muchos excesos análogos en muebles y artesonados... Setenta y cinco varas de fondo, y ni un solo arbusto... El comedor á veinte varas de la calle, y la cocina y demás oficinas en el fondo... El propietario elogiaba todo, y cuando me pidió opinión le pregunté por qué no había colocado un pequeño tranvía para hacer llegar la comida ó para ir él hasta el fondo.

Don Emilio refirió en seguida otro caso raro.

Un fámulo le había observado que no se podía penetrar en el comedor hasta que no fuese servido el Presidente. El abogado le motejó la impaciencia, agregando que á su edad debía moderarla.

—¿Á mi edad? Pero hombre, ¡si yo no he tenido edad jamás! Hoy tengo todos los gustos y aficiones que he tenido siempre desde que con V. nos conocimos.

—¿Desde que nos conocimos? replicó el abogado un tanto mohino. Pero mi brillante amigo, ¡si V. es mucho más viejo que yo!...

—Bueno, yo seré más viejo que V. pero V. es más antiguo que yo.

Y con cierta familiaridad culta que nunca abandonaba le dijo al Presidente:

—Señor Presidente, es tarde ya, y el dueño de casa parece que especula sobre los estómagos. No es posible que hagamos esperar más á esas damas. Si V. E. da el ejemplo voy á ofrecer mi brazo á la señora de...

—Bien, dijo el Presidente. ¡Ah! á propósito: tengo un precioso ejemplar de Brillat Savarin. V. sabe que no me seduce, y si á V. le hiciera falta para regalársela á...

—¿Al dueño de casa?

—No, no digo eso.

—¿Está en francés?

—En francés.

—Gracias. Yo leo y hablo francés solamente cuando estoy en París, por necesidad, porque de no hacerlo así nadie me entiende.

—Pues Teófilo Gauthier se asombraba de que en las fondas de Madrid no supiesen hablar francés, de lo que deduzco que en los *restaurants* de París sea corriente entenderse en castellano.

—No, y que se lo cuenten á aquel amigo que nos está mirando. Se encontraba en un *restaurant* del Boulevard de los Italianos. El mozo le recita el *menú*, mientras él leía las cartas de su mayordomo, en las que le noticiaba de su estancia y le daba cuenta del crecimiento de las vacas y de las pilas de cueros y de no sé qué más. El hombre se había transportado mentalmente á su estancia, y seguía su lectura mientras el mozo repetía el recitado. El que estaba en la mesa contigua le preguntó en muy mal castellano si quería que le tradujese la significación de los manjares que se le ofrecía. Indignado nuestro compatriota de ese castellano contestó sin volver del todo á la realidad:—¿Qué se ha creído V. que yo soy extranjero?

—¿De manera que no le gusta á V. la hermosa lengua francesa?

—¿Qué quiere V. hacer, señor Presidente, con un idioma en el que á la suegra se le llama *belle-mére*?...

Y siguiendo al Presidente ofrecieron respectivamente el brazo á sus damas y se dirigieron al comedor.

Con ser que el ambigú era tónico y deslumbrador, el Presidente se limitó á gustar algunos dulces. Pero dió la señal, como un general en jefe que tampoco pelea, y todos ó casi todos atacaron con valentía los manjares. El dueño de casa *coadjutado* por tres conservadores de cuño, se parapetó tras la silla que ocupaba el Presidente y recomenzó su carga consiguiendo sin dificultad que éste le agradeciera su hospitalidad y sus atenciones en términos cultos y honrosos. Pero los coadjutores encontraron que nada significativo había dicho el Presidente: que no salía de la forma correctísima en sociedad. Algún conato de alusión debió salir de labios de los que de pie, detrás del Presidente, aguardaban hasta el fin la palabra alentadora que les hiciese lugar cerca del Poder, porque levantándose aquél poco después y ofreciendo el brazo á su dama, se despidió afectuosamente

del dueño de casa y de esos señores, diciéndoles que las manifestaciones que espontáneamente le habían dispensado, hacíanle esperar que la importante influencia que representaban sería una garantía de orden para el país, á la vez que una poderosa ayuda para el desenvolvimiento regular del gobierno, después del sacudimiento que había pasado y del cual no quedaban ni sombras, porque todos eran llamados á la obra común del patriotismo.

Esto fué un deslumbramiento para los conservadores presentes. Y con la repetición de las palabras presidenciales deslumbraron á sus congéneres. El dueño de casa radiante lo repitió á sus íntimos, haciendo valer de paso cierta prioridad jerárquica. Entre las manifestaciones de su contento le sobrevino una explosión, y fué la de pretender que se renovase completamente el ambigú, dando por no servido lo que ya se había comido. Pero se le observó que venía clareando el día, que los concurrentes se retirarían en breve y que en todo caso podría sentarse con sus íntimos en la mesa del banquete, tal como se hallaba, hasta la hora del almuerzo si fuese de su agrado.

El momento del desbande sonó, en efecto, inmediatamente después de retirarse el Presi-

dente. El éxito del baile quedaba asegurado con las últimas palabras de ese funcionario. Los *conservadores* tenían ya sus afinidades con el Poder: quedaban nuevamente de pie como los ídolos Asirios del Museo Británico. En primera oportunidad, precursora lógica de otras oportunidades, figurarían sus nombres al frente de las reparticiones principales del Gobierno, como ser los directorios de bancos, de ferrocarriles, de grandes obras, de esas comisiones asignadas más ó menos rumbosamente al presupuesto, y cuya garantía de buen desempeño se encuentra habitualmente en quienes se conducen con una tiesura de barítono retirado, con una seriedad comparable á la del bíblico burro y con riñones elásticos, pero cubiertos con dinero amontonado.

Cuando se retiraron los convidados, el dueño de casa se sentó con algunos de sus íntimos en un extremo de la gran mesa. La solemnización del triunfo fué completa. El entusiasmo hizo brillar chispas en esas cabezas habituadas al priorato aguado, y que ardieron al favor del Borgoña, del Jerez y del Sauterne entremezclados con inocencia verdaderamente infantil. El mundo empezó á rodar bajo esos cráneos débiles ó deprimidos. Ellos iban tomando para sí lo que más les convenía. El que no tomaba un cargo

en el Consejo de Gobierno que había creado el Presidente, era porque tomaba el ministerio de Hacienda, ó una plenipotencia rentada á oro en Europa, ó dos proveedurías, ó tres sueldos.

El dueño de casa no se apeaba de un ministerio. Y ahí, en su silla, girando alrededor de un letargo estúpido, permaneció todavía dos ó tres horas...

Los ecos multiformes de la calle, el movimiento del trabajo que él no conocía sino por los ruidos desagradables, levantaron pesadamente sus párpados.

Probó á andar, y oprimiéndose la cabeza ó el estómago, que no sabía lo que más le dolía, quiso dirigirse á su habitación. Imaginando que allí estaba, cayó sobre un sofá dando con la cabeza en el respaldar del mueble, que crujió. La indigestión, saturada del tufo aguardentoso, le obligó á incorporarse con explosiones que alarmaron á los de casa.

Al ser conducido á su lecho sentía como que le llevaban en triunfo y que lo vitoreaban. Sonrió como cualquier idiota y quedó dando resoplidos de beodo.

CAPÍTULO XV

EL PORQUÉ DE OTRO BAILE

Así viven muchas gentes, muchísimos hombres en Buenos Aires. Continuamente sacudidos por las ambiciones, por las exigencias de su vanidad, y sin poseer los títulos suficientes para que los demás les disciernan la sanción del mérito, se revuelven en la lucha del egoísmo, mirando con desdén y antipatía todo lo que no se amolda á sus empeños.

Suprímanse estas emociones que los absorben, este afán sempiterno que los mueve, y la vida es insoportable para esos hombres que nada, absolutamente nada saben hacer. El tiempo llega á pesarles como una montaña y desean que transcurra levísimo con la esperanza de que sobrevenga un cambio.

Hasta las diversiones les fastidian, porque

se sienten humillados de que otras gentes los contemplen en una posición muy inferior á la que, en su sentir, deberían ocupar.

En cuanto á los viajes, ellos no los contaron jamás en el número de los placeres, porque se resuelven en incomodidades y peligros. Un largo trayecto en ferrocarril les marea ó les propina una jaqueca periódica, y atravesar el océano es algo que les da vértigos de sólo imaginarlo. Los que se han resuelto á ir á conocer sus estancias, ya saben lo que son viajes.

Matan el tiempo durmiendo largas *siestas*, y reuniéndose dos ó cuatro por la noche á jugar al dominó. Nadie tiene acceso á ellos durante el día, porque hasta al oficial del censo se le dice que el señor está ocupado. Solamente el médico penetra al antro señorial á constatar una indigestión ó una apoplegía. Es una vida puramente vegetativa la de estos Midas, que traspiran un aburrimiento y una pereza crónicas porque no se resuelven á hacer nada útil después de haber amontonado tanto dinero.

Esta existencia mísera de la holgazanería, que es la renuncia á pura pérdida de uno mismo, y del boato que hace á cada instante el vacío, contrasta con la vida activa de los hombres de las campañas, donde ese aburrimiento es una

especie de ave de paso que en ningún punto se detiene.

Tal hecho, en general, está muy de antiguo constatado. Teócrito impulsaba el sentimiento hacia lo bello, cantando las armonías de la vida laboriosa y feliz en las campiñas de la Sicilia. Virgilio levantaba la nota exhibiendo como emblema del trabajo que ennoblece á aquel viejo rey Evandro, que hacía pacer sus bueyes en las cercanías del Foro; y hasta Ovidio, este quirite elegante que en busca de emociones recorría desde la vía Appia hasta la Suburra, endulzaba sus amarguras cantando á la naturaleza agreste cuyos perfumes aspiraba recién cuando, según su propia expresión, *tacitis senescimus annis*.

Antes por el contrario, el tiempo suele ser corto en las campañas. El gaucho bajo esa aparente indolencia del trabajador avezado que no se precipita porque prefiere terminar la tarea sin fatigarse demasiado, vive del trabajo y para el trabajo, y se enfermaría y consumiría en la inacción.

Un gaucho holgazán es un fenómeno y como tal concluye en presidio. Él reparte su día y su noche según sus deberes y sus inclinaciones. Que no cohonesten á éstas, y él no

faltará á aquéllos. En seguida de trabajar en la *yerra* y de arriesgar su vida pialando un toro bravo, á caballo ó á pie, lo mismo dá si quiere darse este lujo, en vez de descansar, siente la necesidad, al caer la tarde, de lanzar sus querellas en la guitarra, cantando á sus amores ó á su pobre rancho de paja, donde se cree tan temido y tan soberano como un emperador que no se fía en sí sino en sus guardas.

No es extraño, pues, que el tiempo hubiese transcurrido veloz para Bianchetto, entregado por su voluntad al trabajo que absorbía sus días y que era una ley para todos en la estancia de Correas. Viéndole hacer á Correas ó haciéndolo él mismo, habíase familiarizado con todas las faenas de una estancia, á tal punto que gauchos experimentados le llamaban á sí para compartir juntos los entretenimientos que se propician en los frecuentes intermedios de las yerras y las esquilas.

Si de señalada de terneros se trataba, Bianchetto era de los más diestros para cortarles por la mitad la oreja del lado de enlazar y voltearles la del lado de montar, cuidando de que esta última no quedase pendiente de poco cuero para que los animales no se la arrancasen al rascarse. La señalada de corderos la

practicaba cualquier día con los que encontraba, sabiendo que no hay riesgo en cortar al cordero la punta de la oreja, y sin perjuicio de volver á hacerlo después de la parición de febrero y á fines de agosto.

En las recogidas á que tan habituado estaba, seguía el ejemplo de Correas, de no precipitar la marcha de los animales para evitar así inconvenientes que á la larga constituyen un perjuicio para un estanciero. Sabía que, de no tratarse de una disparada, la cual se debe evitar á tiempo, solamente cuando un animal se hincha con el trébol, debía correrlo, y lo corría en efecto, y si esto no bastaba sacaba su cuchillo y con la punta le pinchaba en la panza frente al vacío. En cuanto á las vacas recién paridas, las dejaba en el campo hasta que se endurecieran los terneros. Si al venir arreando el ganado, alguna vaca porfiaba por salir y era tetona y balaba, la dejaba salir sabiendo que ello indicaba que había dejado el ternero lejos. Y si viniendo en la recogida veía un zorrino en el campo, hacía silbar sus boleadoras y ganándole viento arriba para que no las viese las lanzaba con certeza. En seguida de matarlo le pinchaba la barriga para que saliese todo el orín, de modo que después

no hediese el cuero. Siempre andaba bien montado porque escogía su caballo de buenos nudos, de ojo humilde, de bazos bien formados y de buenos alientos, los cuales conocía en los agujeritos que el caballo tiene entre las narices.

Había aprendido todo lo necesario para ser útil en una estancia, gracias á los conocimientos y á la constancia de Correas. Y además había concurrido asiduamente á la escuela, aprendiendo á leer correctamente, á escribir y algunas cuentas. Bastaba por el momento para él, que no se dedicaba á ser sabio, y que por consiguiente no corría peligro de morir de retención de sabiduría, como decía el padre Castañeda.

Era bueno, dócil, servicial, y por esto le querían; era valiente sin alardes, intrépido y temerario cuando un motivo grave lo requería, y por esto lo respetaban los gauchos tan amantes de esa cualidad que debe ser, según ellos, parte de su naturaleza batalladora.

Á medida que adelantaba en este camino, borrábanse de su mente las leves huellas de su pasado. Por una especie de fusión que se hacía en sus devaneos de adolescente, antojá-

bale que su existencia comenzaba en la estancia de Correas, y que la playa de Sestri Ponente y la tía Marcotta y la extranjera eran cuentos que alguna vez le hicieron para adormecerlo. Había una excepción en esto: el sudor que le arrancaba su trabajo le traía á la memoria el recuerdo claro y hermosísimo de su padre, quien murió con las armas del trabajo en la mano y cuyas caricias él recibió apenas. Nada más. Correas y la memoria de su padre constituían su único cariño.

Fuese por estudio ó por inclinación, no concurría sino por excepción á las fiestas y diversiones que en los sábados y domingos se proporcionan los gauchos en los pulperías donde se bebe, se juega á los naipes, á la taba y á las carreras, y donde son frecuentes las riñas porque es allí donde las bebidas alcoholizadas desatan las emulaciones y los celos. Correas no iba jamás, y él imitaba á Correas.

Una vez quebrantó esta regla y todavía le pesaba. Sucedió que acompañaba al capataz de Correas á unas carreras de grande espectativa. El capataz conducía un parejero del cabresto. Al pasar junto á la tranquera de

la estancia denominada «Los Ingleses» una voz estentórea les gritó que se parasen. El capataz y Bianchetto dieron vuelta la cabeza y siguieron al tranco. Nuevamente les gritaron, y como siguiesen camino, dos extranjeros con revólver en mano exigieron al capataz la entrega del caballo que conducía. El capataz les dijo tranquilamente que el caballo era suyo. Exigiéronle que fuese hasta las casas para que el patrón viese el animal. «Que venga aquí el patrón» respondió el capataz un tanto cargado ya. El extranjero le tomó las riendas. El capataz le intimó que no le tocase su caballo. Intervino el otro extranjero con insultos. El capataz, viéndose tironeado, bajó su rebenque con dirección tan segura que el extranjero cayó al suelo atontado. Sonó un tiro y otro y otro. Bianchetto vió sangre en la frente del capataz: tiróse del caballo, se encaró con el extranjero que le apuntaba, y describiendo un semicírculo con el cuchillo le cortó media oreja. El herido huyó á las casas sosteniendo del modo más inútil la mitad descontada de su oreja, cuando ya salía el patrón con otro extranjero, ambos armados. Final: el caballo era muy parecido á otro que le habían robado al patrón quien, en presencia de lo sucedido y, probablemente, en pre-

visión de lo que sucedería, dió por compensado el arañazo del capataz con la media oreja de su peón y se entró en su casa. El capataz y Bianchetto regresaron á la estancia y debido á la mencionada compensación la justicia no tuvo tiempo de intervenir, pero Bianchelto no volvió á ir á carreras.

Era circunspecto, lacónico y un tanto reconcentrado sin ser huraño. Su prosperidad relativa y las preferencias que de él hacía Correas no alteraban la bondadosa complacencia con que atendía á las gentes. Así es que todos supieron con agrado que Correas, premiando el trabajo de cerca de cinco años de su peon, le acababa de dar á medias la majada del *puesto* principal, con más una buena tropilla de caballos y un rodeito como de doscientas vacas.

Tampoco Correas disimulaba la satisfacción con que veía á ese mocetón á quien él había enseñado desde niño, ajustándolo á su propio molde. Bianchetto acababa de cumplir 19 años y su organismo robustecido con el aire de la Pampa había adquirido los contornos atléticos y hermosos del hombre que permanentemente vive en ella. Hombre nervio, hombre acero, ligero, ágil, fuerte, que se conserva con la misma *carna-*

dura, que no enflaquece sino por una enfermedad, lo que no es común, y que no engorda sino por la holgazanería ó el vicio, lo que es raro.

Su naciente barba negra sombreaba el tinte melancólico de su cara tostada por el sol, y sus miradas tranquilas y su fisonomía enérgica si algo revelaban era al hombre que entra á la vida con la conciencia de poder satisfacer con la ayuda propia las aspiraciones que lo mueven; desprovisto de ese fuego que devora el corazón del que la inicia con uno de esos sueños grandiosos al que se libra dando traspies que lo inutilizan.

Precisamente en esos días en que Correas le comunicó que era su medianero y que sobre esta base podría trabajar por sí, Bianchetto había ido al pueblo á cumplir un deber, según se lo dijo á aquél cuando pasaban á caballo en dirección opuesta por la tranquera. De regreso le enseñó á Correas su papeleta de Guardia Nacional. Había ido á enrolarse por haber cumplido la edad que marca la ley. El comandante del distrito, que era el mismo á cuyas órdenes había servido cuatro años atrás, le expidió la papeleta en virtud de la naturalización que de hecho y de propio derecho había Bianchetto efectuado.

Estas circunstancias y la de encajar el *santo* de la única hija de Correas en uno de esos días, decidieron una fiesta en la estancia, á la que fueron invitados los amigos de las inmediaciones.

CAPÍTULO XVI

EN EL BAILE

Entre un baile de *estancia* y un *sarao* de ciudad hay la diferencia que media entre lo espontáneo pintoresco y lo almibarado cómico; entre un chaleco de fuerza y un saco holgado; entre el placer que traspira por todos los poros y el que se finje *ad-hoc* con desenfado teatral.

Un sarao está subordinado al preceptismo especulativo y á la etiqueta implacable: los convidados conocen de antemano el programa al cual se ajustan aunque revienten. Un baile de estancia es siempre la novedad sujeta al capricho de un momento, la cual sorprende como si se tratara de un ramillete de flores silvestres cuyos matices se ve por la vez primera. En el primero todos se embuten en un rigorismo cuyos perfiles varían según la posición social, la

experiencia en esas cosas ó el arte de engañar con seriedad, cuando se ríe por dentro hasta de la probabilidad de la muerte fulminante del dueño de casa que tales aves reune. En el segundo cada uno actúa según sus medios para agradar á los demás, porque todos se sienten iguales, y tanto que, si el baile se convierte en *velorio*, todos son como de la familia, porque son así efectivamente en las alegrías de la vida y en las nebulosas de la muerte. En el uno el bostezo, el hastío, el deseo de cambiar de decoración comienza inmediatamente después que se ha cumplimentado á quien conviene cumplimentar, que se ha bailado con quien es necesario bailar y que se ha comido en compañía de la persona con quien es útil comer. En el otro el tiempo pasa leve de sol á sol ó de luna á luna, porque lo útil y lo especulativo no entran en ese ambiente sano, donde mujeres y hombres confunden sus candores para divertirse con la sencillez de los niños. Y tanto es así, que cuando el cansancio postra á los danzantes, suenan las guitarras de reserva y luego viene la cena á lo largo del gran galpón, el descanso de los que volverán á la hora del mate, el almuerzo, la sortija y las carreras, la payada y el baile hasta el anochecer,—veinte y cuatro

horas durante las cuales el gaucho con su mujer y con sus hijos se propicia esas válvulas de escape para recomenzar su rudo trabajo que no tiene otra tregua que la larga tregua de la muerte.

Era la primera fiesta con que Correas obsequiaba á su hija Carmen con motivo de cumplir ésta diez y seis años.

Como todas las de su clase, Carmen había vivido perpetuamente asida á la pretina de su madre, sin otras nociones del mundo exterior que las muy elementales y tardías que llegaban á su hogar. Pura, ingenua, de una ingenuidad que prevalecía sobre los cambios que la naturaleza iba operando en ella, sentía, pensaba y quería alrededor de sus padres.

El más allá!.... del más allá no veía ella más que el despuntar de la aurora ó la puesta del sol, y esto le bastaba para dormir con sueño de niño y para que se deslizasen sus días blandos, apacibles y alegres. Era natural, pues, que el trato con las gentes le suscitase timideces y rubores, desazón y sobresaltos mucho mayores que los que sentía cerca de un toro bravío ó montando un redomón. En la escala de lo primitivo se avenía con las expresiones más sel-

váticas de la naturaleza en que se había desenvuelto.

Cierto es que si esa timidez ó ese rubor se ponían á prueba, su fisonomía se transformaba al favor de la altivez indomable de su raza, y que en uno de esos momentos nadie habría tenido influjo sobre ella de no ser sus padres ó el hombre á quien hubiere entregado su corazón. ¡Su corazón! .... ¿sabía ella acaso que su corazón debía palpitar algún día por otro cariño que no fuese el que á sus padres profesaba? Más de un rico estanciero había querido aspirar entre la pasajera onda del viento el perfume de esa margarita silvestre; y alguno se lo comunicó tímidamente á Correas. Pero Correas había escuchado la cuita con cierto rugido sordo de león herido, y al rugido habíase seguido el perpetuo silencio.

No era una belleza, pero tenía la gracia y las seducciones de la juventud cuidada, aseada, sencilla y candorosa. Trigueña y sonrosada, respiraba con ese abandono voluptuoso de la que recién se siente mujer, entreabriendo una boca irreprochable y velando sus hermosos ojos negros con cierta languidez contemplativa, como si en las palpitaciones de su pecho levantado contase los instantes que le quedaban de

esa existencia pristina, sin esperanzas que arden como en una pira durante los ensueños, pero tampoco sin desencantos que dejan meras cenizas en el corazón mejor puesto.

Correas la encontraba encantadora, y tanto, que ello había llegado á ser para él motivo de mortificantes desvelos. Más de una noche había recordado la cuita de algún postulante y las tentativas de otros que á la distancia habían querido operar sobre el corazón de Carmen. Y ese hombre manso, bueno, generoso, capaz de llegar á la abnegación, había experimentado vuelcos terribles y ganas le habían venido de sacar del cinto su puñal, y retar con un tajo al que pretendiese arrebatarle á su hija.

¿Para qué la pretendían? Para casarse con ella, para sacarla de su lado. No, se decía, mientras yo viva vivirá así como es, á mi lado: deberá casarse algún día, porque así es la vida, pero yo quiero que este día esté muy lejos, y mi voluntad es la que se ha de cumplir, porque soy el padre.

Y al devaneo de la ira sucedía la explosión de los celos despertados ante la idea de que esa niña á quien él había adorado en la cuna, en cuyas caricias había bebido la dicha, lo pospondría en su amor por el primer venido, por cual-

quiora, quizá algún calavera que la haría sufrir.

Ese hombre fuerte en las batallas de la vida, no tenía armas para defenderse de este tierno sentimentalismo, y humedecía con lágrimas su almohada diciéndose con dolor profundo que su hija no le amaba como él á ella; y el odio de cualquier hombre que le disputare ese amor sombreaba su espíritu con ese tinte de la sangre humeante en el filo de una daga justiciera.

Y cuando en el paroxismo de su devaneo contemplaba el naufragio del amor de sus amores. se aferraba á la dulce esperanza de que ese extremo tal vez no llegaría, pues su Carmen se conservaba como cuando tenía diez años, y diariamente le prodigaba las mismas caricias, bastándole una señal, una palabra para que en su casa no dominase otra voluntad que la de él.

Y no obstante esa disposición de su ánimo, había organizado una fiesta en su estancia, facilitando él mismo los medios para que su hija llegase al resultado que él quería alejar. Ella no había solicitado ni insinuado semejante cosa.

Era él, él solo, el autor de todo: él, quien

propinaba los proyectiles para la batalla que quizá se empeñaría y en la cual quedaría herido de muerte. ¿Qué fuerza impulsiva lo dominaba? ¿Quería hacer una prueba con su hija? ¿Quería saber á qué atenerse respecto de quienes la pretendían? Nada de esto; procedía con esa inconscienciainexplicable con que el hombre concurre á que se produzcan los hechos que le son muy antipáticos, como si una fatalidad maldita lo empujase hasta un precipicio en cuyo borde la cabeza vacila y el cuerpo cae.

De la fiesta se trataba, y Correas no podía retroceder en circunstancias en que comenzaban á llegar los convidados más íntimos á la comida de una ternera con cuero que debía preceder al baile de la noche. Para facilitar el acceso á los danzantes habíase transportado al galpón la mesa de caoba del comedor, agregándole largos tablones de pino sujetos sobre bancos, y esa habitación y otra contigua, igualmente espaciosa, habíanse habilitado para sala de baile.

Ninguna señal aparente traicionaba la acariñada complacencia con que Correas obsequiaba á sus amigos. Solamente su mujer le notó algo pálido. Todas las mujeres adivinan por dentro y fuera lo que tienen sus maridos, cuando real-

mente los quieren. La de Correas lo adivinó, pero no atinó á otro remedio que al de decirle á su hija que, por la noche, no bailase con nadie más de una pieza. A fe que era el único que podía dar, siquiera fuere como calmante.

Durante la comida Correas departió jovialmente con sus amigos, y como alguno le pidiese que siquiera en ese día les hiciese oir su guitarra, les prometió que lo haría más tarde y agregó que oirían también á Bianchetto, el cual no había despegado los labios desde su asiento, al lado de la esposa de Correas y frente á éste y á su hija.

La mesa rebosaba alegría. Verdad es que era un remedo de las de Camacho, y la alegría había entrado por el estómago, como diría Brillat Savarain. En pós de uno de esos pucheros que únicamente en las estancias se sirve y que se compone de un caldo color de oro, de un buen hueso, ave y varias legumbres, habíase presentado el famoso costillar de ternera con cuero al que se le rindieron honores excepcionales, y en seguida un sabroso guiso de pollo con arroz, papas y ajises, y todavía unos pasteles hechos por la dueña de casa, y por fin dulces variados y café, todo esto rociado con buen vino

catalán, que era la especialidad de don Jerónimo, el principal almacenero del pueblo.

La beatífica complacencia que propinan los alimentos sanos en los estómagos sanos, y el rocío del vino catalán de don Jerónimo, efectuaron su pronunciamiento con el último bocado de dulce. El alcalde compadre de Correas estaba desesperado por echar su brindis, pero, como cualquier orador de banquete, quería ser solicitado, y para conseguirlo comenzaba por solicitar á los demás. El comandante del distrito, solicitado reiteradamente, levantó el vaso, y á fuer de funcionario que no debía salir de cierto preceptismo semioficial, dijo así: «Brindo por la felicidad de nuestro amigo Correas, que es la de su mujer y su hija, á los que Dios conserve muchos años.»—Y se quedó muy fresco, á pesar de una mueca del alcalde que se prometía decir mucho mejor.

Había preparado unos versos alusivos, pero cuando se puso de pie para recitarlos, avínole lo que á aquel famoso orador nuestro, quien designado para pronunciar la alocución patriótica en honor del centenario de San Martín, en el antiguo teatro de Colón, pretendió hacer creer al auditorio que improvisaba, comenzando á recitarla de memoria y embrollándose en el pri-

mer párrafo, á tal punto que tuvo que sacar del bolsillo del frac su discurso escrito.

El alcalde fué menos feliz porque no llevaba escritos sus versos.

Ayer eras una niña
hoy eres ya una mujer,
crisálida que en instantes
mariposa llega á ser.

Ayer................

dijo; y se le acabó la cuerda. Se le acabó irremisiblemente. Un momento más de silencio angustioso, y era como para fingir un desmayo. Al alcalde no se le ocurrió eso sino estotro.

—Lo mismo en prosa que en verso, has de saber que más vale la humilde matita verde que diez árboles ruinosos: que quien aletea mucho, se fatiga á lo mejor, que por subirse muy alto se suele caer sin sentido, y que las flores más puras no son las que más se muestran, sino las que humildes nacen, y humildes viven y crecen. Si tu perfume has de dar, dalo de una vez por siempre, no sea que te quede algo que te cause sinsabores.

Carmen se puso colorada como grana. Correas y su mujer agradecieron al alcalde sus buenas intenciones, las cuales se habrían prolongado si

los demás amigos no se hubiesen levantado de la mesa.

Al anochecer comenzaron á llegar las cabalgatas de convidados al baile, cuyos preludios bordoneaban cinco guitarristas de esos que no se cansan ni á la madrugada. Sin pérdida de tiempo se organizó un pericón y cada uno tomó su compañera. Un gaucho joven, apuesto y her moso, con tirador recamado con algunas onzas de oro, y grandes espuelas de plata, ofreció su mano á Carmen. Era el mismo que desde hacía algún tiempo la pretendía á la distancia. Correas le había seguido con la vista y no pudo reprimir un movimiento de disgusto. Á su lado se hallaba tranquilamente Bianchetto.

—¿Sabes que no me gusta que Carmen baile con ese hombre? le dijo.

—No lo sabía, señor.

—Le diré á su madre que se lo prevenga, y antes que concluya el pericón vé á sacarla.

—Está bien, señor, respondió Bianchetto sorprendido de esta salida inusitada de Correas.

El bastonero hizo la señal de comenzar, y los hombres dieron dos vueltas alrededor de sus compañeras, tomándolas en seguida de la mano y haciéndolas pasar por bajo los brazos levantados, con una delicadeza y una gracia que no se

observa siempre en los lanceros y cotillones de salón, los cuales pecan de burdos ó extravagantes. Llegó por fin la cadena y los primeros que salieron al medio fueron Carmen y el gaucho buen mozo y rico. Las guitarras callaron y el gaucho, con una audacia dignamente sostenida en las miradas de sus ojos negros, dijo de esta manera:

Tus labios dicen que no,
tus ojos dicen que sí:
ó tú te estás engañando
ó he de ser dueño de tí.

Los ojos de Correas brillaron como dos puñales al oir esta declaración que algunos acogieron con aplauso. Contra lo que podía creerse, Carmen no se inmutó. En caso semejante una gaucha, por ingenua que sea, no puede quedarse callada. Ella respondió así:

Agua, á lo lejos, los ojos
en la Pampa suelen ver,
no es agua: sólo es mirage
que nos llega á enceguecer.

— ¡Bravo, bravo! dijeron en coro los concurrentes, mientras las guitarras seguían el acompañamiento del pericón.

En otra vuelta de la cadena le tocó el turno

al alcalde, acompañado de una mocetona vivaracha y zapateadora, á la cual pretendía bajo palabra de casamiento. El alcalde se plantó como quien no vacila y dijo con la cara más triste que alguna vez pudo matizar el vino catalán de don Jerónimo:

Vaga el ave cuando cortan
el árbol en que hizo el nido:
yo vago en eterna noche
porque me falta tu abrigo.

La gaucha sonrió picarescamente y espontánea como el trébol que brota en los campos, improvisó esto:

Entre volar y vagar
hay diferencia muy poca:
si quiere vagar de día
puedo prestarle mi ropa.

CAPÍTULO XVII

DESPUÉS DEL BAILE

Al terminar el pericón, Bianchetto se aproximó á Carmen. Los ojos del gaucho buen mozo y rico que la daba el brazo, se inyectaron en sangre cuando Carmen tomó el de Bianchetto. Éste no pudo menos que notarlo y se dijo para sí que, de no ser la indicación de Correas, la cual era orden para él, no habría pensado en sacar á bailar á Carmen. Por esto y por la propia conducta que con ella observaba, no se encontraba cómodo del brazo de la hija de su patrón.

¿Por qué le había pedido éste que la sacase á bailar? ¿No podía haberlo pedido al comandante ó al alcalde, que eran sus amigos? ¡Ah!... quería darle esta prueba de mayor confianza á él, antes que á nadie. Pero su incomodidad no

disminuyó con tal explicación. Por el contrario, se sentía más *atado* respecto de esa niña en cuya casa vivía y con la cual no había cambiado más palabras que las necesarias para el trato diario.

Ella y él habían crecido sin observarse propiamente: ella absorbida en sus padres y él en su trabajo: ella recatada y él retraído. Dos ó tres ocasiones en que él había entrado á las habitaciones á darle á Correas alguna respuesta y había salido Carmen á preguntarle lo que deseaba, ella se había puesto colorada y él también. ¿Por qué? Ni el uno ni la otra lo sabían. Á él le había fastidiado la emergencia irremediable, la cual se había reproducido. Ella se había ruborizado después, cuando sola, se preguntaba si Bianchetto, al verla colorada, se habría imaginado que ella acababa de cometer alguna acción impropia, como comer á escondidas algún dulce destinado para todos ellos, ó atarse la liga frente á alguna ventana.

Sin pensarlo y sin quererlo habíanse arreglado de manera que no se hablaban sino lo indispensable, que no se miraban sino cuando el caso lo imponía y que no se encontraban jamás sino en presencia de la mujer de Correas ó de éste. Cuando Correas llamaba á Bianchetto á

tocar juntos la guitarra, Carmen se retiraba con su madre. Si Correas las llamaba, traían consigo la costura y no levantaban la cabeza sino para aplaudir con un « ¡Muy bien! » á los guitarristas.

Eran como dos extraños bajo el mismo techo. Cuando se llamaban por su nombre, por tal ó cual circunstancia del trabajo ó porque Correas necesitaba de ellos, lo hacían en tono imperativo, como si quisiesen dar á entender que era una causa extraña la que los obligaba á ocuparse de sí. Así vivían tranquilos el uno enfrente del otro.

Dado este acomodamiento raro, la transición era demasiado brusca para que Bianchetto se encontrase bien dando el brazo á Carmen. Ésta no atinaba á decirle palabra, ni él tampoco. No era violencia, propiamente, era inquietud lo que experimentaban, y tanta, que de muy buena gana habrían renunciado á estar juntos como estaban. Ella temía decir alguna tontería y él algo que pudiera disgustarla, porque él la inspiraba respeto y ella le inspiraba veneración. Y la música del vals proseguía, y tampoco habían bailado ni fijádose en las gentes, ni escuchado el bullicio, ni nada, abstraídos en una especie de contemplación en el vacío.

Fué el gaucho buen mozo y rico quien rompió este hielo solicitando nuevamente á Carmen para bailar. Ésta le respondió, bajando los ojos, que tenía compañero para esa mazurka, y el gaucho se retiró algunos pasos sin perderla de vista. ¡Ay! Bianchetto se la habría dado de mil amores para salir de su situación insostenible. Y ahora se complicaba degenerando en ridículo si no bailaba... Fuerza era resignarse...

Y se resignaron. Bianchetto y Carmen se balancearon entre los acordes de la mazurka, colorados como grana. Era la primera vez que sentían recíprocamente su contacto. La prueba era fuerte para estos dos muchachos ingenuos que se habían imaginado impalpables y extraños el uno respecto del otro, queriéndose sobreponer á las exigencias de la vida, movidos por una causa que no podían precisar y que era sencillamente absurda. Apenas terminó la mazurka vino el alcalde y le sacó á Bianchetto enorme peso llevándose del brazo á Carmen.

Bianchetto salió de la sala como atontado: necesitaba aire: no sabía lo que tenía, pero se sentía mal y quería estar solo. ¿Habría hecho mal en bailar con Carmen? ¿Qué diría Correas? .... ¿Y por qué Carmen no había que-

rido bailar con el gaucho buen mozo y sí con él? ¿Porqué se estremeció ella cuando él le pasó el brazo por la cintura? ¿Qué tenía Carmen? ¿Qué sucedía que él no lo sabía? ¿Y por qué le ardía la cabeza, y se encontraba mal también allí donde había querido estar solo?

Todos estos motivos se chocaban, se revolvían, se estrujaban en su cráneo sin que pudiera explicarse ni el porqué de su brusca salida afuera. ¿No era esto una necedad? ¿No se trataba de bailar y divertirse? ¿Qué dirían si lo encontraban allí solo? Se puso de pie sugestionado con esta última consideración y se dirigió á la sala.

Al detenerse cerca de la puerta de entrada, pasó Carmen del brazo del comandante y le miró.

Le miró, y él sintió un estremecimiento inexplicable, como si toda su sangre afluyera á su cabeza oprimiéndole el corazón y velando sus ojos. Creyó que estaba enfermo y quiso retirarse nuevamente, pero ¡cosa rara! Su voluntad no dominaba sus pies. Éstos eran como clavados en el suelo. Una fuerza irresistible lo mantenía allí. El torbellino de bailarines no le permitía ver á Carmen, pero parecía que supiese cuándo debía pasar cerca de él, porque volvía

la cabeza del lado en que ella venía. En una de estas ocasiones Carmen le miró con sus ojos límpidos y puros, y otro estremecimiento conmovió su corazón.

Ya no tuvo duda: estaba enfermo. Quizás la falta de sueño y el haber comido más de lo que tenía por costumbre, le traían esos ahogos y estremecimientos que bañaban de sudor frío todo su cuerpo. No podía ser sino eso. ¿No le miraba Carmen diariamente lo mismo que le había mirado esa noche? ¿Qué influjo podía tener esa mirada sobre él, cuya frialdad y cuyo retraimiento eran geniales?... Sí... estaba enfermo y se retiraba... En el instante en que iba á hacerlo, sus ojos se encontraron con los de Carmen... ¿Qué pasó por él? ¿Lo sabía él acaso?... Como un sonámbulo ó como un maniquí con cuerda para andar, salvó la distancia que de ella lo separaba, y sin decirla palabra y sin dejar de mirarla, la ofreció el brazo que ella aceptó ruborosa, emocionada, palpitante...

Demás está decir que Correas había seguido con los ojos á Carmen, y que se tranquilizó cuando notó que el gaucho buen mozo y rico no insistía en sacarla á bailar. Solamente observó que á eso de las tres de la mañana Bianchetto

había bailado seis piezas con su hija, y que cuando no bailaba con ella, ella y él se miraban sonriendo. Pero le pareció todo lo más natural: — dos muchachos que habían crecido casi juntos y á quienes el baile seducía, nada más. Por otra parte, él mismo lo había autorizado pidiéndole á Bianchetto que bailase con ella, y no había más que decir. Estaba tranquilo. El alcalde que por nada había descuidado hacer amorosas visitas á las frasqueras de ginebra, se le acercó y enseñándole á Carmen y Bianchetto que se miraban, balbuceando de vez en cuando alguna palabra, le dijo:

—En el camino en que vamos, tendremos noviazgo en casa.

—No se engañe, compadre, le respondió Correas, malhumorado—mi hija no tiene novio —si lo quiere empezará á buscarlo cuando yo me muera.

—Ponerle puertas al campo, es pedir color al viento; deje á su hija tener hijos *pa que lo* peinen los nietos, arguyó el alcalde que pretendía estar en vena.

Correas sonrió tristemente, y empezó á observar con atención á Bianchetto. Éste permanecía de pie dando el brazo á Carmen. Parecía abstraído, pues no participaba de la alegría con

que los demás convidados festejaban el derroche de espiritualidad de dos payadores que se esforzaban por aventajarse. Nada alarmante pudo ver Correas, y renunciando por el momento á mayores investigaciones, se fué cerca de los guitarristas que le llamaban para cantarle antes de retirarse unas décimas en agradecimiento á la noche amena que habían pasado.

Era ya día claro cuando salieron á buscar sus caballos para retirarse los convidados que habían venido con sus familias. Á las seis se habían ido todos. Sólo quedaban seis ú ocho en el galpón tomando mate y haciendo charlar al alcalde, como que era día de fiesta y podían seguir la verbena.

Correas iba y venía de sus habitaciones al galpón. Bianchetto les acompañó un buen rato y después dió cualquier pretexto para recogerse. Al ir á entrar en su habitación oyó detrás de sí una voz que le decía:

—Quería decirle que antes de separarnos bebamos una copa juntos.

Era el gaucho buen mozo y rico.

—Le doy las gracias, pero no bebo, respondió Bianchetto.

—¿Tiene miedo de beber conmigo? arguyó el gaucho con voz meliflua.

—Tengo sueño.

El gaucho le miró fijamente y dejando caer sus palabras una á una, le dijo:

—Sobre mí solo ha de pasar el que me clave en el suelo: Vd. ha querido pasar nada más que porque dicen que no es manco, pero sepa que por una mujer, menos que por nada, he de tener yo mi cuero para negocio.

La efigie de Carmen apareció ante los ojos de Bianchetto: comprendió que los celos movían á ese hombre y lo que este hombre quería.

—Vea, don Luis, le dijo con voz perfectamente tranquila, no le he ofendido ni quiero ofenderle á Vd. en nada: ninguna mujer le disputo á Vd. porque con ninguna tengo que ver.

—A mí con esas, dijo el gaucho ya encolerizado, pues para que alguien le conozca voy á señalarle del lado de montar. Veré si así le sube la sangre.

Y desnudó una filosa daga.

En la escuela de Correas, Bianchetto había aprendido á ser valiente y á familiarizarse con esos lances repentinos en que se empeñan los gauchos.

—No me comprometa aquí, don Luis, le dijo;

vamos detrás de aquellos paraísos, y ya que Vd. lo exige, que sea lo que ha de ser.

Y ciñéndose su daga se dirigieron al sitio indicado.

Bianchetto no llevaba poncho. El gaucho caballerescamente arrojó lejos el que llevaba al brazo.

Ambos se sacaron el saco de paño, y sin hablar palabra, sin perderse un movimiento, con la mirada fija en las dagas brilladoras, se envistieron intrépidos y serenos como esos caballeros de las justas medioevales á quien tanto se hermosea en las láminas.

Los dos eran hábiles tiradores, los dos jóvenes y vigorosos. Las dagas antes se habían mellado que no tocado el cuerpo del contrario. Apenas algún araño en la mano. Bianchetto pretendía desarmar á don Luis, pero esto era empresa difícil.

Quizá por tentar un golpe decisivo en tal sentido pegándole en la mano á su contrario, estiró demasiado una pierna, y al ir á recogerla mientras paraba un hachazo feroz, resbaló y cayó para atrás. Don Luis bajó el brazo y sonrió con soberbio desdén. Pero Bianchetto se incorporó al punto y entonces cada uno trató de terminar antes que el cansancio les postrase. Don Luis

amagó un hachazo, y describiendo una rapidísima curva se fué á fondo. Su daga resbaló por el abdomen de Bianchetto cuando éste tirándole una puñalada de punta al pecho lo hería en el murlo.

En este momento llegaron Correas, el alcalde y demás amigos, avisados por el panadero que los había visto al pasar por los paraísos. Un gaucho nunca hace cargos por una pelea entre gauchos. Algún motivo hay, eso basta, como quiera que el hecho sea irremediable día más día menos. Fortuna fué que el alcalde, sobre ser amigo de Correas, era de los convidados y tenía una *mona* fortísima inclinada á lo grandioso y á lo magnánimo; que de no ser así, la cosa no habría pasado como pasó. En menos de lo que canta un gallo salieron á escape en busca del médico, por si le hallaban, mientras los más entendidos lavaban los heridos y les aplicaban fomentos de *salmuera* ó sea agua con sal gruesa. La herida de Bianchetto era la más leve, pues no había interesado órgano alguno. La de don Luis era más profunda, pero tampoco era grave.

Cuando el médico lo hubo declarado así y don Luis iba á ser conducido á un carrito de la estancia para ser transportado á la suya que es-

taba ahí cerca, el alcalde despejado con el aire fresco de la mañana, cuyas ondas murmuraban sobre su frente cárdena, pues por nada del mundo había podido encontrar su sombrero, creyó del caso ejercitar su autoridad acercándose á ambos combatientes para decirles:

—De casa de nuestro amigo, nadie se ha de ir agraviado: quiero que me prometan que desde hoy son tan amigos como buenos se han mostrado.

Bianchetto y don Luis se tendieron la mano y se despidieron. El alcalde se retiró el último, tomando prestado un sombrero, pues el suyo se había resbalado misteriosamente. Bianchetto se conceptuó feliz al verse solo en su habitación. Temía el interrogatorio de Correas. Pero éste no le dijo palabra sobre el particular ni en ese momento, ni por la tarde cuando fué á verle con su mujer.

CAPÍTULO XVIII

LO PREVISTO

Á los once ó doce días se levantó Bianchetto. Su herida estaba cicatrizada, pero el médico le había impuesto que no montase á caballo ni caminase sino lo muy indispensable. Correas había ido á informarse de don Luis y éste parecía seguir sin mayor novedad, aunque tampoco podía montar á caballo por la situación de su herida.

Correas no había despegado los labios sobre el incidente en su casa, y era invariablemente el mismo con Bianchetto. Una de esas tardes que juntos tomaban el fresco, Bianchetto que comprendía que era á él á quien le tocaba dar explicación, hizo un esfuerzo para decirle á su patrón.

—Vea señor, yo venía á acostarme y don Luis

me siguió hasta mi cuarto. Yo no quería pelear y él quiso afrentarme. Entonces le pedí que fuésemos un poco lejos y peleamos.

—¿Y qué habías tenido con él esa noche? le preguntó Correas.

Esta pregunta tan natural desconcertó completamente á Bianchetto.

—Nada, señor.

—¿Qué fué lo que te dijo?

—Á la cuenta señor, agregó Bianchetto bajando la cabeza y haciendo dar vueltas al sombrero con las manos, don Luis ha querido bailar él solo con Carmen, porque me dijo que yo quería sobreponerme á él, y si yo saqué á bailar á Carmen es porque Vd. me lo indicó.

—Bueno, lo hecho, hecho está. Vamos á cenar, y mañana que podrás montar á caballo iremos hasta el puesto del *Sauce*, dijo Correas en el mismo tono indiferente. Quiero sembrar alfalfa allí y es necesario que te vayas á ese puesto. Te convendrá porque ese retazo del campo es mejor para tus ovejas.

—Está bien, señor, dijo Bianchetto.

En la mesa la escena de siempre. Bianchetto lacónico y circunspecto. Correas reposado y tranquilo. Nada parecía turbar la bendita paz de esa mesa humilde y frugal de hombres de

trabajo y de mujeres sencillamente virtuosas. Dos ó tres veces Correas sorprendió á Carmen mirando á Bianchetto, y se limitó á cambiar con su mujer una de esas miradas furtivas que valen toda una frase para los esposos que ocupan el mismo lecho.

Al día siguiente Correas se dirigió con Bianchetto al puesto del *Sauce* distante unas veinte cuadras de la estancia, y quedó convenido de que el último se trasladaría allí, debiendo comenzar inmediatamente á sembrar alfalfa. Bianchetto dejó el cuartito que había ocupado más de cuatro años, desde que llegó á la estancia con el primer ponchito que le compró Correas, se despidió conmovido de la mujer de éste y de Carmen, y sofocando una de esas lágrimas que suelen caer de los ojos de los niños mimosos cuando dejan la casa paterna para marcharse á un pupilaje siempre rigoroso, fué á instalarse en su nueva vivienda.

La mujer de Correas no había preguntado cosa alguna, ni pretendido averiguar, según su modo de ser, sumisa á lo que mandaba su marido. Lo que éste hacía estaba bien hecho por que él lo hacía. No obstante, en esta ocasión, mujer al fin, empezó á cavilar sobre la resolución de su marido de alejar á Bianchetto. Su

hija cosía frente á ella, é igual motivo la preocupaba, como que habíale avenido una tristeza inusitada desde la tarde anterior en que se marchó Bianchetto. Dos ó tres veces estuvo á punto de aventurar una pregunta, prevalida de la confianza que tenía con su madre, pero se había recogido. La curiosidad interesada es un aguijón que traspasa todas las ingenuidades y vence de ellas. Carmen estaba inquieta, desazonada, nerviosa, y aprovechando de que su madre se dijo si Correas vendría á la hora del mate, la preguntó:

—Madre, ¿Bianchetto no vendrá nunca del *Sauce*?

—No sé, porque ahora tiene mucho trabajo allá.

Pausa después del desahucio. Nueva tentativa en pos de diez resoluciones.

—¿Pero ya no vendrá á comer con nosotros?

—Eso lo dispondrá tu padre: del *Sauce* hasta acá hay más de media legua.

Fuerte pinchazo con la aguja en el dedo índice, seguido de un ¡ay! y de un chorro de sangre.

—¿Qué tienes? preguntó la madre alarmada.

—Me he pinchado con la aguja, dijo Carmen, y ella que se había rebanado dedos con el cu-

chillo de la cocina, y que había soportado golpes del caballo y pasado por trances más fuertes, rompió á llorar amargamente diciéndose que « iba á salirle un uñero en el dedo ».

Á una madre no se le engaña con esta ni con otras músicas. La madre comprendió al punto á lo que respondía ese llanto, y con el corazón oprimido, pero aparentando tranquilidad:

—No es nada: date con el dedal un poco fuerte, y después te pones un poco de salmuera.

Estas escenas se repitieron varias veces con el mismo resultado. Á los dos ó tres días Carmen comenzó á perder el apetito. Su buena madre la preguntó si estaba enferma.—No, madre, la respondió con los ojos inyectados en lágrimas que apenas contenía. Por las tardes dejó de ir á la tranquera, como era su costumbre, á ver ponerse el sol. Y una noche en que su padre, en tono de dulce reproche, le recordó que no le había besado al pedirle la bendición antes de acostarse, rompió en amargo llanto y le besó dos ó tres veces en un transporte de ternura.

Estas novedades impresionaron dolorosamente á Correas. La palidez aflictiva de Carmen, su melancolía, el cambio que en un mes se había operado en ella, le hirieron en lo más íntimo, y en la lucha que entabló consigo mismo no sabía

qué camino tomaría. Él sufría en viendo sufrir á su hija. ¿Estaría en efecto enamorada? ¿Sería Bianchetto?... Correas quiso conocer toda la verdad. Durante el mate de uno de esos días, díjole á su mujer en tono indiferente: —Luego tengo que ir al *Sauce*: si quieren acompañarme iremos los tres.

Al oir esto, el mate vaciló en las manos de Carmen que lo cebaba á su padre; un secreto goce iluminó la fisonomía de la pobre muchacha, y mucho antes de que bajase el sol ya estaba su caballo ensillado y ella preparada con una coquetería infantil que arrancó á Correas una sonrisa tristísima, precursora de su desengaño. Cuando llegó la hora corrió alegre como en sus mejores días á traerle á su padre el sombrero, el poncho y el rebenque, y montó á caballo con la agilidad de un domador.

Correas y su mujer iban al tranco, pero resultaba que el caballo de Carmen, sea porque hacía más de un mes que no lo montaba, ó sea porque ella lo llamase con la rienda, medio se encabritaba y quería tomar el galope. Hubo que galopar ocho ó diez cuadras. Al enfrentar el alambrado de «Los Ingleses», Carmen fué la primera que divisó á Bianchetto parado delante del rancho del *Sauce*.

Algo del deslumbramiento ó de la resurrección ó de la gloria tocó en la frente á esos dos muchachos al encontrarse en la tranquera después de más de un mes de ausencia. Aturdidos y abstraídos, por poco menos olvidan que allí estaban Correas y su mujer. Carmen soltó de esta vez el pico para preguntarle á Bianchetto que cómo le iba allí y que ella había estado con mucho dolor de cabeza y no sé cuantas tonterías más, y á Bianchetto no le ocurría ni darle á Correas cuenta del trabajo, ó de los animales, ó de la compostura del rancho, ni siquiera ofrecerle una silla. Aquello fué un desastre, ó mejor, fué una revelación. Fué un rato después cuando Bianchetto, comprendiendo que era un desatino lo que hacía, con una locuacidad que pasmó á Correas, le endilgó un resumen de todo lo que había trabajado, concluyendo por invitarle á que viese un lado del sembrado.

Á la vista estaba que Bianchetto había trabajado sin descanso y á la par de su pequeña cuadrilla de peones. En el suelo estaba la prueba, y en el rancho refaccionado y limpio, y en los corrales y en el galpón y en el montecito de duraznos y paraísos, estrictamente seguidas las indicaciones de Correas. Correas quedó muy satisfecho por este lado, pero ¡ay! esto no compen-

saba lo otro. El padre había penetrado la verdad de lo que se pasaba en el corazón tierno é ingenuo de su hija. Ya sabía á qué atenerse y se preparaba á la lucha.

Cuando al anochecer se retiraron, Correas le dijo á Bianchetto que fuere todos los sábados á la estancia á darle cuenta de las novedades que ocurriesen.

Bianchetto les vió alejarse con el sentimiento de no ser ave para seguir á su lado, y cuando las siluetas se habían perdido en la penumbra, él, con la vista fija en dirección de la estancia, quedó ahí, absorto en la fruición gratísima que le había proporcionado la venida de Carmen.

El ensueño sobrevínole lento, enervante, embriagador. Sintió que salvaba el espacio, y que entre armonías divinas gozaba de los deleites de un mundo exclusivamente reservado para él. Con sus manos rasgó las nubes de un paraíso desconocido, y al inundarse de luz cayó de rodillas ante la figura adorable de Carmen, confundiendo con ésta el fuego devorador de sus amores. Y entre los lánguidos estremecimientos del placer, á los ángeles pidieron alas para ir más lejos todavía, y rayos de oro iluminaron sus frentes inclinadas, y concibieron la inmensidad de su pasión... Un beso hendió el

silencio como una vibración celestial. Un beso... no mas... Bianchetto sintió en sus labios ese beso; se puso en pie, extendió los brazos y cayó sobre su silla de paja cubriéndose el rostro con las manos. Lloró, lloró como un colegial, ó como un enamorado, que es lo mismo, y este llanto aplacó su querella. Un rato después, cuando su peón encendió luz en el rancho, él descolgó su guitarra é imprimiéndole los acordes más tristes, se puso á cantar así:

«Si eres paloma
seré yo el nido;
si eres torrente
seré el raudal;
si eres tristeza
seré el gemido;
si eres la gloria
seré inmortal.

Si tú eres rosa
de nieve y grana,
lirio pomposo,
cáliz de flor,
seré yo brisas
de la mañana,
fresco rocío,
soplo de amor.

Si eres del sauce
sombra doliente,
y eterno duelo

tu pompa es,
para que pueda
eternamente
llorar contigo,
seré el ciprés.

Largo rato estuvo imprimiéndole á su guitarra los acordes más tristes hasta que empezó á cantar una vidalita de su nueva cosecha, que decía así:

En el monte gime
vidalita
gime la torcaz,
porque vive errante
vidalita
en la soledad:
porque vive errante
vidalita
en la soledad.

Sus tiernos suspiros
vidalita
por las ramas van,
como si buscaran
vidalita
rama en que posar:
como si buscaran
vidalita
rama en que posar

Así nuestras almas
vidalita
vuelan con afán,

tras tiernos ideales
vidalita
que no ven llegar:
tras tiernos ideales
vidalita
que no ven llegar.

Sus cantos quejumbrosos se habrían prolongado hasta muy tarde si de repente no le hubiese asaltado una exigencia que quiso satisfacer inmediatamente, diciéndole al muchacho que le servía en el rancho, que le trajese su caballo porque la noche estaba serena y quería ver el extremo del sembrado; que apagase la luz y se acostase.

Cuando al tranco del caballo hubo llegado al extremo del sembrado, se detuvo, observó que no había luz en su rancho y torció á la derecha, en dirección á la estancia. ¿Qué iba á hacer allá, á esa hora? Él no lo sabía á punto fijo, pero una fuerza irresistible le empujaba y el guiaba á su caballo con iguales energías por ese camino. No quería galopar porque el galope del caballo se oye hasta cierta distancia en el silencio de la noche, y los perros de los ranchos dan la voz de alarma que se repite hasta el sitio en que uno se detiene. Al aproximarse al montecito de paraísos donde había peleado con don

Luis, en vez de entrar por aquí, dió un rodeo por la parte exterior del alambrado de la quinta y se detuvo del lado opuesto, frente á la trasera de la casa. Ató su caballo á un árbol y caminó como treinta varas hasta enfrentar á las piezas que ocupaban Carmen y la madre de ésta.

¡Cuán capaz se sentía de cualquier sacrificio con tal de conseguir una mirada de Carmen, á quien tres ó cuatro horas antes había visto! Le ocurrió que esa distancia que los separaba, esa pared y esa ventana cerrada, eran horriblemente absurdas; que no debería existir obstáculo para los corazones que se buscaban, y que la prueba que todo eso era irrisorio se tenía en que él estaba comunicándose con Carmen, quien seguramente estaba despierta y sabría que él se hallaba allí.

La soledad y el silencio hicieron descender sombras propicias á su devaneo. Su alma invocaba la de Carmen y él creyó primeramente oir la voz de ésta y después la vió venir tierna, pura y sonriente á ponerle las manos en la frente. El pobre soñador cayó de rodillas y permaneció en uno de esos éxtasis en que el hombre secuestrado por una fuerza excluyente alrededor de la cual gira, hace caso omiso del mundo externo, á semejanza del niño que contempla una estrella

ó del insano que llora contemplando cualquier papel escrito que no lee.

No es extraño, pues, que Bianchetto no reparase en que su caballo había relinchado dos veces, y que los caballos encerrados en el corral hubiesen respondido al relincho de ese su compañero que hacía más de un mes no venía á la estancia. Correas tenía el sueño ligero. El relincho le había despertado y le llamó la atención no oir el ladrido de los perros. Esta circunstancia y la de que los caballos habían relinchado, le dió á entender á las claras que caballo y caballero, si es que algún hombre estaba ahí, debían de ser conocidos en casa.

Sin hacer ruido abrió la puerta y salió. Había creído oir el relincho detrás de la casa, y allí se dirigió. Pero antes de llegar á los sauces divisó un hombre sentado ó arrodillado en el suelo. Su primer movimiento fué lanzarse sobre ese hombre que no podía ser sino un seductor ó un ladrón. ¿Sería otra vez don Luis? ¡Oh!... su mano acarició la daga, resuelto firmemente á sacarlo á planazos hasta la tranquera y conducirlo él mismo atado á presencia del alcalde. Pero pronto se le descubrió la verdad. Uno de los perros que dormían en el corredor y que le

había seguido, al detenerse él olfateó el rastro de Bianchetto, fué derecho á éste y comenzó á acariciarle. El contacto del perro sobrecogió á Bianchetto quien, volviendo en sí, y dándose cuenta de su imprudencia, á grandes pasos llegó á los árboles. Montó á caballo y rumbeando un poco al sur para alejarse de la estancia, tomó el galope en dirección á su rancho.

Correas le había reconocido perfectamente y se sintió desarmado ante ese muchacho á quien tanto quería, como si se reservase para sí mismo todos los embates de la lucha que venía sosteniendo desde que se le hubo revelado la inclinación de su hija. Lucha casi sin tregua, á solas durante la noche, con la imaginación que se complacía en presentarle de relieve la pronta separación de su hija, y la angustia que le roía al verse abandonado cuando mayor necesidad sentía de esas caricias inapreciables. Lucha continua durante días enteros, que comenzaban á pesar por primera vez en ese hogar mustio, velado por cierta retracción entre padre é hija, por la melancólica sumisión de esta última, por la secreta pena de la madre, todo lo cual iba formando un hielo que solamente él podría romper.

Y la última esperanza que Correas forjó para

su consuelo, se había quebrado como débil lámina destinada á contener un torrente. Ya no le era dado dudar un instante. La sumisión de Carmen no era la renuncia. Al contrario. El homenaje al cariño hacia su padre, le propiciaba ternuras infinitas para mantener vivísima la luz con que Bianchetto la había irradiado. Ella haría la voluntad de su padre, pero antes moriría de pena que no renunciaría á conservar huérfana, aunque fuese, la afección inmensa hacia el hombre cuyo espíritu sentía incrustado en su propio espíritu.

Llegó un momento en que Carmen ya no pudo ocultar como al principio ni sus inquietudes, ni sus desfallecimientos, ni sus devaneos, y se abandonó á los trasportes de su cariño, tanto más tiernos cuanto que tampoco se le ocultó que ellos amargaban el corazón de su padre á quien colmaba de caricias. En sus reflexiones ingenuas, Carmen se decía que ella no tenía la culpa de lo que le pasaba, y para demostrárselo recapitulaba las páginas de su pobre idilio. Al principio no acertaba á explicarse lo que experimentaba. Encontraba en la fisonomía de Bianchetto atracciones raras. Se defendía de ellas, pero la sorprendían con algún matiz nuevo, como los que se van encontrando en las

hierbas y en las flores de una selva virgen. La presencia de Bianchetto le producía conmociones indecibles. Otras veces cerraba los ojos para dormir y entre resplandores le veía por delante. Con esta visión se adormía. Sola, sentía el eco de su voz, y en pos de esta ilusión la sentía surgir suave de entre el silencio, como una melodía que seguía sus pasos. En medio de expansiones que anteriormente le eran gratas, veníanle deseos de llorar. Había momentos de angustias secretas para ella, en que quería que el tiempo transcurriese rápido como los sueños. En pos de este vago anhelo, su imaginación tendía las alas, y veía lejanas claridades como las de una aurora que despunta, y más lejos le veía á él. Las luces más brillantes le prestaban sus colores para penetrarla de la visión de lo sublime y lo infinito, y entre cantos y bendiciones sentía dulcísima la voz de Dios...

La ruda lucha estaba empeñada, y el éxito era tanto más dudoso, cuanto que en las batallas del alma con el alma no triunfa siempre el que aparece más fuerte, como si por una rara compensación del destino sólo le fuere dado sobreponerse á condición de sacrificarse en holocausto de aquel á quien ama.

CAPÍTULO XIX

LO DEL AÑO 1880

La alegría y la paz, que eran los principales atractivos de la casa de Correas, habían desaparecido á través de algunos meses tristes. Todo parecía inútil para volver á la vida anterior. Lo que con tal objeto hacía Correas no servía sino para empeorar la situación. Cuando se convenció de esto, encerróse en cierta prescindencia sombría, abandonando las cosas á su destino, pero sin innovar un ápice en sus resoluciones ya tomadas.

Bianchetto iba los sábados á la hora de comer y se retiraba poco más ó menos á las diez de la noche. En la mesa los cuatro se esforzaban por mostrarse complacidos, nada más. Ni Bianchetto podía cambiar una sola palabra con Carmen, ni ésta salía de la reserva que le imponía el respeto á su padre.

Pero este estado de cosas traía aparejada una crisis más ó menos mediata. Los primeros síntomas se presentaron en Carmen. El médico constató en ella el principio de cierta afección que, dado su abatimiento, podía determinar «algo serio» y aconsejó que debía distraerse y caminar y hacer todas esas cosas que los médicos recetan de memoria en esos casos de histerismo, tan frecuentes en las muchachas contrariadas en sus amores.

Correas cortó el nudo gordiano, esto es, resolvió llevar á su hija á la ciudad. Una mañana mandó á llamar á Bianchetto, le trasmitió sus órdenes, comunicándole que regresaría dentro de quince ó veinte días, y se marchó con su mujer y con su híja. Se instaló en casa de una su cuñada, mas allá del barrio del *alto*, en una habitación espaciosa, sobre un patio medio cubierto por un parral viejo de moscateles blancas, de esas que ya casi no se encuentran, y en el que de trecho en trecho se levantaban malvas de olor, cedrones, un floripón, una retama, perfumes que tampoco se aspiran en ningún patio de las casas que se edifican hoy con tantos vericuetos, pasadizos y obscuridades como gramos de buen gusto faltan á los arquitectos que ultramar nos envía, en uso de las libertades que

consagra nuestra Constitución hasta para que la difteria, el reuma y las neumonías sean como el reboque de esos muros inclementes.

A decir verdad, Correas no cortó mal, porque el cambio favoreció á Carmen. Desde muy niña no venía á la ciudad, de modo que todo la sorprendía agradablemente, cuando no le parecía grandioso. Quizá su curiosidad, cada día estimulada, la llevó más lejos de lo que creía, porque después de haberse divertido en algún paseo ó espectáculo, y notado que la miraban, y recordado que ella miraba también, y que al regresar á casa deseaba que aquello se prolongase. se acusaba á sí misma, diciéndose que olvidaba á Bianchetto quien en esas circunstancias seguramente había estado pensando en ella. En seguida de este acto de contricción, se prometía no reincidir.

Pero al día siguiente se reproducían las mismas escenas; y si Carmen hubiese sabido compararse con alguien para buscar una excusa, le habría bastado—mujer al fin—presentarse modestamente como una gradación inferior de la *matrona de Efeso,* la que llorando amargamente por su difunto esposo, no pudo menos que prestar el cadáver de éste para ser colgado en vez de otro ajusticiado á quien ocultaron, y

por cuyo robo corría riesgo de ser colgado el gallardo oficial con quien no pudo menos que casarse.

Verdad es que aquí no se trata de lo que Carmen haría cuando Bianchetto hubiese muerto, sino de un presente que ella no sentía halagüeño sino por la esperanza de vivir unida á él. La pobre muchacha podía en todo caso encontrar una atenuación, si falta había, en la necesidad de obedecer á su padre, que era quien la conducía á paseos y á tal ó cual teatro ó circo, ó hacía que la condujese su cuñada, pues su mujer, que no se perdía de noche en el campo, se perdía al dar vuelta la esquina de la casa en que vivía.

Correas creía que á su hija le gustaba divertirse, y que esto la alejaba de lo otro, así es que pocos momentos se reservaba para sí. Uno de esos días de lluvia en que la gente del común se da cita en casa, á tomar mate y pasteles, él aprovechó para ir á ver á Ercole Fiori, en cuya casa no se había hospedado por no haber comodidad para la familia.

En el tiempo transcurrido Ercole Fiori había ido barranca abajo, no tanto por causa de la *trattoria* tan concurrida como antes, cuanto por haberse lanzado á los negocios con alas demasiado débiles y pretensiones bastante peligro-

sas. Pero su filosofía lo mantenía con bríos, y tanto que á sus múltiples ocupaciones reunía ahora la de ser agente activísimo de los que en la Boca del Riachuelo se armaban á la sazón, sin disimular su mala voluntad hacia las autoridades federales. La *trattoria* era una pequeña fragua de *Bomberos Voluntarios* edificados por Ercole Fiori, acérrimo sostenedor del gobierno provincial de Buenos Aires.

Á Correas no le sorprendió lo que vió en la *Boca* porque ya lo había visto en mayor escala en las plazas del centro de la ciudad, presenciando los ejercicios y evoluciones de batallones de ciudadanos bajo la dirección del *Tiro Nacional* y á las órdenes del gobierno de la provincia. Cuando él llegó á la ciudad, ya estaba la mina cargada, puede decirse, y todo inducía á creer que se reproducirían, con causa más ó menos legítima, que esto no nos toca averiguar, las escenas tumultuarias y sangrientas del año de 1874.

En la política, como en el estómago, los desarreglos producen síntomas que es necesario corregir á tiempo para que no sobrevenga el estrago. Prescindir de lo peligroso y prescindir de los latidos de la opinión, porque se confía en la eficacia de la razón fundada en la fuerza, es

como crear en el vientre de la República un tumor que afectase su economía y suprimiera por inútil su movimiento regular, que es la libertad.

Yo no sé si realmente se dieron cuenta de lo que hicieron las clases *conservadoras* de Buenos Aires que abrazaron con su efusión consuetudinaria y exhibicionismo teatral, el lío político aquel que se llamó *la conciliación*, ó sea el medio de facilitar á un Poder Ejecutivo Federal (ya fuerte por las facultades de que goza) la designación del Presidente siguiente, en ausencia de la opinión la cual, ó quedaba de hecho subordinada á aquél, ó sería coartada porque se trataba precisamente de eliminar toda oposición, como se expresó y se hizo doce años después con el *acuerdo* que desciende directamente de la *conciliación.*

Pero se puede afirmar con la autoridad de Sarmiento, quien á tiempo denunció la *conciliación* como precursora de grandes males, que ella es el origen de las presidencias alzadas con la ley, vergonzantes ó híbridas que se han sucedido hasta hoy. El pueblo de la República no las ha sancionado con su voto. Todas ellas llevan su pecado original. Todas ellas se han sellado con sangre argentina... Fué una desgra-

cia nacional la muerte prematura y rápida de Adolfo Alsina! el único—él ó Sarmiento—que llegando al poder habría evitado los desastres de la *conciliación*...

Lo cierto es que el Presidente, alejándose de las corrientes populares entró en la siempre ingrata maquinación de imponer su sucesor en el mando. Así lo dicen los hechos que se siguieron y, entre otros, esta declaración solemne del Ministro del Interior en ejercicio, quien renunciando su cartera, en carta publicada en esos días, le dice al Presidente de esta manera:—«Nunca le perdonaría la República Argentina que Vd. no haya querido salvar sus libertades; y el país entero, en medio de la lucha á que Vd. lo lleva protegiendo una candidatura que no tiene otros sostenedores que las armas de la Nación y gobernadores de provincia que se han alzado con el poder, echará sobre Vd. la responsabilidad de los males que sobrevengan.»

Lo curioso es que una buena parte del elemento *conservador* que concurrió á la *conciliación*, cuando se vió burlada en sus pretensiones gubernativas, porque el Presidente se había empeñado en favor de determinada candidatura, se recostó al gobernador de la provincia de Buenos

Aires, porque creyó á éste incontrastable con los recursos y hombres de que disponía.

Los campos quedaron definidos: el poder ejecutivo nacional, el ejército con jefes adictos y los gobernadores «alzados con la ley» como decía el ministro mencionado, de un lado: del otro el gobierno de la provincia de Buenos Aires, los elementos burlados por el resultado de la conciliación, y la masa del pueblo que resistía la imposición, creyendo de buena fe que salvando la autonomía de esta provincia, salvaría la autonomía de las demás. En esto no se engañó el pueblo, porque después de haber caído la de Entre Ríos, ya no quedaba sino la de Buenos Aires, y cuando pocos meses después cayó ésta, desaparecieron las otras y todavía no hay esperanza de que renazcan.

La *resistencia* se preparaba á la luz del día, y el Presidente, ó sus consejeros interesados en una política siniestra, veían impasibles asomar la cabeza lívida y erizada de la guerra civil que ensangrentaría los campos y las calles.

Asignábanle proporciones colosales á esta resistencia, como que se trataba de los cuantiosos recursos de la provincia de Buenos Aires, á la cual no le habían segregado todavía la ciudad de este nombre. Imponíales la presencia de mi-

les de voluntarios que formaban hasta sin armas en las plazas y calles principales, y que escuchaban las proclamas incendiarias de jefes superiores del Ejército Nacional que habían pedido su baja para ponerse al servicio del gobierno de la provincia.

Otros pensaban que, dado el entusiasmo de los defensores de las autonomías provinciales, alguna providencia para las buenas causas; algún agente que no hiciese daño, debió alejar á los que tomando sobre sí las responsabilidades de organizar y dirigir tan poderosos elementos, los desbarataron desgraciadamente, robusteciendo por este medio la acción del gobierno fuerte que se inició después que Buenos Aires fué desangrada, duramente sometida y decapitada en su ciudad principal. Tan increíble se antojaba á muchísimos semejante desastre que, cuando pasados los sucesos, le inquirían la causa de ello en el interior á un espiritual hombre público, éste les respondió: « Yo no la sé, mis amigos: figúrense Vds. que Buenos Aires ha jugado con el Presidente una partida al burro teniendo ella los cuatro ases y la mano y... ¡la ha perdido!! Lo de ases era hiperbólico. Faltaba un solo as para mandar soldados.

El Presidente pensó como los primeros, alarmado con el espectáculo diario de batallones y más batallones que iban y venían, en su mayor parte armados con tercerolas viejas y fusiles antiguos que no podían competir con el remington. Á través de este desorden y de este escándalo que venía produciéndose desde tres meses atrás, á nadie le había ocurrido—ya que de armarse contra el gobierno nacional se trataba—apoderarse de las armas que éste tenía en sus depósitos y que pudo sacar de la ciudad cuando lo tuvo á bien.

Si ocurrió y no se llevó á cabo, tanto peor cuando se alardea de resistencia armada, porque las armas que pretende esgrimir un gobierno para suprimir la libertad, pertenecen de derecho al pueblo que se siente capaz de reivindicarla para todos. Errado ese golpe, menester fué comprar armas y, lo que era más serio, introducirlas en la ciudad.

El vapor que las conducía atracó á la *Boca* del Riachuelo, y el Presidente mandó al batallón 1º de línea á tomarlas. El gobierno de la provincia mandó á su vez la mitad de un *Batallón Provincial* y un escuadrón de vigilantes á caballo. El bullicioso vecindario de la Boca corrió á las armas: grupos de mocetones argen-

tinos, hijos de italianos, defensores de la autonomía de Buenos Aires amenazada, engrosaron con entusiasmo las filas de la milicia ciudadana, y las armas que apenas se reducían á dos mil fusiles, fueron distribuídos entre algunos batallones de la *resistencia*.

Esto ya dió la señal de lo que en seguida venía. El Presidente declaró que el gobierno nacional no podía funcionar con libertad en la capital provisional, y trasladó su sede al cercano pueblo de Belgrano.

Todavía era este el momento propicio para satisfacer las justas exigencias del pueblo que quería terminar la contienda reduciendo al Presidente dentro de la ley, y evitando así mayor efusión de sangre. Pero los directores de la *resistencia* perdieron la oportunidad mandando levantar fuerzas en la campaña y dando al que ya era un adversario armado el tiempo suficiente para que reuniese en el interior los 40 ó 50 mil hombres con que puso sitio á la ciudad.

La campaña se levantó en masa en favor de la autonomía de la provincia, representada por el gobierno constituído. Correas se había apre surado á regresar á su estancia. Desde allí, llamó á los gauchos que formaban el es-

cuadrón de su mando, y llevando á Bianchetto en clase de oficial, se incorporó á las fuerzas de la 7ª circunscripción á cargo del comandante Matías B. y Miñana.

Cuando las milicias de campaña iban verificando las incorporaciones convenientes y pedían en vano armas y municiones de que carecían, notábase en la ciudad un movimiento vertiginoso teatral de fuerzas que iban y venían; jefes y oficiales que recorrían las calles á gran galope como en vísperas de una gran batalla; grupos que discutían á gritos las medidas urgentes á tomarse; otros grupos que motejaban en el mismo tono las medidas ya tomadas; voluntarios que entraban en la Policía y salían de ella, llevando ó trayendo órdenes; batallones que iban al *Parque* en busca de armas y regresaban sin ellas.

Las gentes que compartiendo de las simpatías que empuja al pueblo, observan y no hablan porque corren riesgo positivo, encontraban en todo ese movimiento una confusión y un vacío como para desalentar á los más decididos. Lo que sacaban en limpio es que, si con decisión se pudiese triunfar, en dos días la causa de las autonomías habría reducido á la impotencia á los que pretendían hacer de ellas tabla rasa:

para ellos esa causa estaba perdida desde antes que se hubiese derramado una gota de sangre argentina.

Y ya había corrido sangre. El 9 de junio el coronel Hilario Lagos, seguido de algunos oficiales y amigos, se situó en la plaza *11 de Septiembre*. En el día siguiente se le presentaron sesenta hombres á quienes armó con carabinas propiciadas entre el vecindario que lo victoreaba; y el día 12 sostuvo en la calle Rivadavia un combate con fuertes partidas de los escuadrones de línea que ocupaban el pueblo de Flores. La comandancia general mandó construir una línea de trincheras que fueron guarnecidas con fuerzas suficientes. La de la calle Rivadavia y Jujuy (11 de Septiembre) que mandaba Lagos y que desde entonces se llamó la Vanguardia de la Defensa, quedó con la dotación de voluntarios que se habían presentado á ese prestigioso jefe. El día 14 se combatió nuevamente: se combatió el 16 de junio, y de día y de noche se estuvo á la espera del combate.

Las fuerzas de línea que ocupaban San José de Flores se corrieron hasta el *Caballito* trayendo sus avanzadas hasta la altura de *Almagro*. Ordenóse á Lagos que practicase un reconoci-

miento y se puso á sus órdenes medio batallón del *Guardia Provincial*, un batallón de vigilantes y un escuadrón bien montado. Lagos se propuso batir y aún apresar la fuerza situada en el Caballito, y al efecto destacó un batallón por la calle Cangallo, colocó convenientemente el Guardia Provincial y él personalmente llevó una brillante carga por la calle Rivadavia en la madrugada del 18 de junio. El combate se empeñó recio porque frente á él estaba el famoso 1º de caballería de línea. En la oportunidad prevista, Lagos mandó avanzar á paso de trote al Guardia Provincial, y ordenó al batallón de la calle Cangallo que atacase por su parte. Pero el Guardia Provincial no estaba donde Lagos le había dejado. Por orden superior se había retirado más allá del 11 de Septiembre. No era posible sostener una lucha tan desigual. El bravo Lagos operó una retirada brillante del punto de vista militar, contestando los fuegos del enemigo para contenerlo marchando al tranco de su caballo á retaguardia de su pequeña columna, y animando á sus milicianos con esos ecos varoniles y patrióticos que constituían uno de los rasgos más simpáticos de su fisonomía militar.

Otro contraste mayor sufrieron las fuerzas autonomistas de campaña en las inmediaciones

de Olivera. Desprendidas contra ellas tres divisiones de línea, se trabó un combate desigual, puesto que regimientos enteros de las primeras no tenían más armas que *tacuaras* en las que habían enastado cuchillos ó pedazos de tijera de esquilar. Hicieron lo que pudieron y quizás más de lo que era dado esperar frente al krupp y al remington. Parte de las fuerzas de la 7ª circunscripción que estaban regularmente armadas, formaron brigada con otras en análogas condiciones y fueron las que más bajas sufrieron. Á estas fuerzas pertenecían Correas y Bianchetto.

Desde los primeros tiros, Correas observó que Bianchetto presentaba su blanco al enemigo más de lo necesario, dados sus deberes de oficial, pero lo atribuyó á falta de práctica, y así se lo dió á entender. En una carga á fondo que se llevó sobre el enemigo, Bianchetto picó su caballo, se adelantó á sus soldados, y levantando su sable les invitió á contener á los veteranos que se venían encima. La nube de humo de una descarga cerrada envolvió á los valientes gauchos que avanzaban protegidos por otros escuadrones. Cuando la nube de humo se disipó el escuadrón enemigo que se adelantó á reconocer, se había replegado, pero sólo para traer

á poco el ataque que decidió de ese contraste para los defensores de las autonomías.

En este intervalo Correas vió á Bianchetto abrazado del cuello de su caballo. Una bala le había alcanzado, y antes de que perdiera el conocimiento uno de los compañeros lo sentó á caballo delante de él y se retiró del campo de batalla, cuando los clarines enemigos anunciaban el ataque, que fué corto, y que determinó la retirada y dispersión de la mayor parte de las fuerzas de la provincia.

Las que quedaron medio organizadas, seguidas de cerca por el ejército de línea, se detuvieron al S. O. de los suburbios de la capital, entre Barracas y San José de Flores, en el *Paso de la Noria.* A la sazón las fuerzas de Barracas mandadas por el coronel José M. Morales, y las de Vanguardia, empeñaban respectivamente los sangrientos combates del 20 y 21 de junio que decidieron los sucesos, con ser que en el último las pocas fuerzas que defendieron la *Meseta de los Corrales* al mando del coronel Lagos contuvieron al ejército de línea luchando denodadamente cuatro horas, y operando una brillante retirada bajo los fuegos de aquél cuando ya se había agotado la última munición de cañón.

Pocos días después se celebró un arreglo según el cual las instituciones de Buenos Aires quedaban incólumes, y las fuerzas de esta provincia se desarmaron. No obstante esto, fueron declarados caducos los poderes Legislativo y Ejecutivo de la misma, y en seguida de la sesión que, contra las protestas elocuentes y patrióticas del doctor Leandro N. Alem, sancionó una legislatura compuesta ad hoc, el congreso dió una ley por la que declaraba á la ciudad de Buenos Aires capital de la República, disgregando este territorio de la provincia á que pertenecía. Sobre esta base entró á ejercitar la presidencia de la República el sucesor á que se refería el ministro del Interior en su renuncia arriba citada, el cual tuvo otro sucesor que por sus desmanes provocó la revolución de 1890.

Los gauchos milicianos se trasladaron á sus queridos lares, y antes de disolverse los de la 7ª circunscripción, el comandante Miñana, cuando todavía no se habían producido los hechos que provocaron la protesta que contiene la notable carta del virtuoso D. Félix Frías, ex-negociador en el arreglo mencionado, les habló así: «Al grito de ¡viva Buenos Aires! habéis abandonado vuestros hogares reclamando un puesto

de honor en las filas de los defensores de nuestra autonomía. Estabais armados para defender derechos sacrosantos; y desde que la paz os asegura esos mismos derechos, vuestro deber es deponer las armas y retiraros á la vida del trabajo para reparar vuestras pérdidas y probar que sois ciudadanos respetuosos á vuestros gobiernos constitucionales... »

CAPÍTULO XX

EL HERIDO

Á Bianchetto habíanle conducido moribundo á un rancho lejos del campo de batalla. Cuando se produjo la dispersión de la fuerza desarmada, ésta envolvió á otros escuadrones los cuales siguieron rumbo al sud.

No fué sino después de andar algunas leguas y de hacer muchas inquisiciones que Correas pudo dar, por un soldado que se les reunió, con el paradero de Bianchetto. Dos de sus compañeros le cuidaban en el rancho de una buena familia adonde acudió un médico, el cual, después de examinarle, declaró que la bala debía de haber salido por bajo el omoplato y que el paciente moriría.

Así se lo trasmitieron á Correas los dos amigos de Bianchetto, al entregarle un reloj de plata, un poco de dinero y una carta y papeles que

le encontraron en el bolsillo. Correas se dijo que la cosa no podía quedar así, y galopó hasta el pueblo regresando con dos médicos.

Previo examen, éstos declararon que poco había que hacer ya. Pero lo hicieron inmediatamente. Correas vió que introducían sondas y bisturís, y cortaban y cortaban en un ancho agujero que la bala de remington al salir hizo en el costado derecho, cerca de la cadera de Bianchetto, y que le aplicaron cantidad de remedios y le hicieron un vendaje sobre compresas empapadas en sustancias que olían «á difunto» según los amigos del herido. En seguida se retiraron diciendo sencillamente que, si el herido no se moría esa noche, quedaría alguna esperanza...

Fué larga, siniestra, terrible, esa noche para Correas.

Veinte veces se aproximó al lecho de Bianchetto y al contemplarle lívido, inmóvil, como en el postrer instante de la vida, caía en una silla de paja cubriéndose el rostro con las manos.

Después de media noche vino á reemplazarle uno de los amigos de Bianchetto para que él descansase. Correas se tiró vestido encima de unas caronas y unos ponchos, pero no pudo cerrar los ojos.

Se levantó á fumar. Al sacar un cigarro tanteó un bulto en el bolsillo. Eran las prendas de Bianchetto, envueltas en un pañuelo, tal como se las habían dado los dos amigos que le sacaron del campo de batalla. Á la luz de una vela de sebo desató el pañuelo y examinó esas prendas.

El reloj lo había comprado Bianchetto en un día que fué al pueblo con él mismo. El dinero sumaba trescientos pesos en papeles nuevos de á veinte pesos, de los que Bianchetto había recibido á principios del año, lo que demostraba que, sin ser tacaño, era económico y arreglado. Quedaban los papeles, algunos apuntes, cuentas de la estancia, de las cuales resultaba que todo lo que allí se encontraba pertenecía á Correas, y que él fué suficientemente remunerado con el dinero que hubo recibido para sus pequeños gastos. Había, además, una carta dirigida á Correas que decía así:

«Señor: Le pido que me perdone. No me niegue este favor después de todos los que le debo. Si la vida del trabajo me bastase, yo sería feliz, porque después de Dios á Vd. le debo saber ganarme la vida. Pero hace un año que vivo desesperado, porque he cometido la locura de poner los ojos en la hija de Vd. Yo sé que Vd. no

quiere que se case ni conmigo ni con nadie. ¿Dónde me iría que no la viese? ¿En qué obscuridad me ocultaría que no viniese su luz á sorprenderme? Á Vd. le debo hasta la vida, y lo más que puedo hacer es sacrificarla para no oponerme á su voluntad. Voy á morir: si en la muerte hay un pensamiento para el amor que tan lejos me llevó, este pensamiento será para Carmen.

Perdóneme, señor, y si todavía puedo pedirle algo, ha de ser que con el dinero que tengo en mi baúl me compre una sepultura en el cementerio del Azul donde quiero que me entierren, y, además, que al puesto donde he vivido le cambie el nombre que tiene por «El Carmen» y haga Vd. plantar frente al rancho y al lado de las matas de trebol unos cuantos jazmines, por si alguna vez alguien que vaya al pueblo quiere llevarme de esas flores á mi sepultura. Los que yo planté, y de los que le llevaba á Vd. y á su familia todos los sábados, se han de haber secado.

BIANCHETTO.»

Correas quedó anonadado. Bianchetto se había hecho matar desesperado por el amor á Carmen, contrariado por él. Él era instigador, cómplice de esta muerte. Él, que con secreto

rencor había presenciado estos amores, y que con crueldad implacable los había condenado. ¿Y por qué los había condenado? ¿No eran puros, legítimos y dignos de los dos muchachos? ¿No había él enamorado á su esposa en esa misma estancia que le legó su tío? ¿No era absurdo que le negase su hija á Bianchetto cuando ella sería, más tarde ó más temprano, de quien fuese su preferido? ¿Y no sentía languidecer á su hija perdidamente enamorada de Bianchetto? ¿Por qué contrariaba estos amores? Por egoísmo: el brutal egoísmo lo conducía hasta el extremo de renunciar en la vida á los goces de la familia en paz y calma bendecidas, y al consuelo postrero de que una hija ó un nieto le cerrasen los ojos en la muerte.

Estas reflexiones encendían una hoguera en el cráneo de Correas. El remordimiento empezó á darle de sacudidas y, por la primera vez de su vida, se avergonzó de su proceder. Se midió con Bianchetto y se encontró perverso: se contempló como padre cariñoso, y se encontró horrible. El rencor que le había inducido á ser cómplice de la muerte de su protegido, le llevaba á ser el verdugo de su hija. Sí, ese cuasi cadáver era su obra, puesto que con una palabra suya,

en vez de una catástrofe, habría habido una bendición.

Y el demonio de la sugestión que lo poseía, esa noche sombría de su vida, le reservaba todavía una sacudida más tremenda... ¡Carmen!... ¿Qué haría Carmen al saber que Bianchetto se había hecho matar desesperado? ¡Oh!... Todo el infierno caldeaba con sus sombras y sus hálitos este cuadro aterrador para Correas. Carmen le miraría con horror, porque en sus manos y en su cara y en su cuello y donde posase sus caricias, creería encontrar gotas de la sangre de Bianchetto. Con que Carmen alimentase un poco del rencor que á él le habían inspirado esos amores, bastaba para que su corazón rebosase amargura, en su casa estuviese el vacío y su vida fuese un infierno. La fosa que del modo más absurdo había cavado para Bianchetto, probablemente sería también para su hija, y él... él quedaría solo, viejo, deprimido, acosado por un remordimiento cien veces más tremendo que la muerte que había buscado Bianchetto, quien quizá sonreía en esos momentos...

Y en efecto, los labios de Bianchetto se movían levemente como dibujando una sonrisa. Esto, y cierto pestañeo periódico, eran los únicos signos de vida que en él observaban sus amigos.

Correas se tiró en la silla de paja, apoyó los codos en la mesa, se cubrió la cara con las manos y en esta posición le sorprendieron las claridades del nuevo día.

Ya estaba el sol un poco alto cuando volvieron los médicos y se libraron á esa labor paciente y escrupulosa de quitar un vendaje, lavar, sondar, curar y revendar á un herido grave. Fortuna grande era la de que uno de los dos había pertenecido al cuerpo médico argentino en la guerra del Paraguay, y se había localizado en ese departamento de Buenos Aires, por uno de esos caprichos que alejan á las veces hombres utilísimos de las capitales, donde en cambio pululan tantos presuntuosos sin lastre intelectual y tantos envidiosos á título puramente gratuito.

Fué en el curso de la tal operación cuando los médicos pudieron constatar que el caso de Bianchetto no era tan desesperante como á primera vista apareció. La gravedad provenía principalmente de las horas que habían transcurrido desde que Bianchetto fué herido hasta que se le hizo la primera cura. La bala había interesado una costilla, pero afortunadamente había resbalado siguiendo una proyección oblicua para abajo, hacia la cadera, y al salir había dejado una herida ancha como el puño.

Naturalmente la operación era dolorosa y provocó dos ó tres desmayos. Pero esta circunstancia demostraba la vitalidad del paciente. Su edad y su organismo robusto eran un antemural para defenderse en lo posible de la muerte. Así lo manifestaron los médicos, disponiendo que no se le tocase y los líquidos que debía tomar como alimento y tonificación.

Pero lo que se veía era que Bianchetto se moría abrasado por una fiebre pertinaz. Los médicos le vieron una y dos veces más, y lo único que recogieron es que el herido había pedido agua con voz bastante clara. Uno de los amigos de Bianchetto observaba, con el asentimiento completo del otro, que eso no inducía mejoría porque esa palabra es la primera que, con papá y mamá, dicen los niños, por ser la más fácil de pronunciar, tan fácil que hasta los gatos la pronuncian cuando se les tira de las orejas hacia atrás y se les posa un dedo en la garganta: que si hubiese pedido vino, ya sería otra cosa.

Correas, que velaba á su lado casi toda la noche, podía apreciar la intensidad de la fiebre que llegaba al delirio, pues Bianchetto, con pequeños intervalos, repetía durante largo rato el nombre de Carmen y las palabras *estancia* y *cementerio.*

De todos modos no fué sino después de diez días cuando declinó la fiebre. Por la noche no aumentó como en las noches anteriores, y en la mañana siguiente los médicos recién manifestaron que la herida seguiría su proceso normal si no sobrevenía alguna contingencia aparejada á casos semejantes. Lugar común que nada significaba,pero que un médico discreto tiene siempre en la punta de la lengua para colocarse modestamente más abajo de lo que para unos es la Providencia, para otros es el destino, para otros la fatalidad y para no pocos lo natural no más.

El pobre Correas había pasado por todas las gradaciones del sufrimiento en esas noches tan largas para él, frente á ese cuasi cadáver que parecía acusarle. Al principio se sentía acosado por el remordimiento de haber labrado dos infortunios: después, cuando Bianchetto ya le conocía, y débilmente le agradecía sus solícitos cuidados, se sentía más que todo como enlodado en presencia de ese joven cuya elevada generosidad era el testimonio de su proceder menguado y perverso. Se imaginaba en las condiciones de un miserable á quien el agredido había perdonado sacrificándosele en seguida, sin que ni el perdón ni el sacrificio pudiesen impedir la

suerte ingrata que le estaba deparada, tan grandes eran su culpa y su extravío.

Una reacción franca, convencida, justiciera, se operó en su espíritu, y al operarse le sacó de encima el peso más acerbo de su vida. Hasta entonces se había limitado á escribir á su mujer y á su hija que Bianchetto había sido herido, y que él no regresaría sino cuando éste curase. Cuando vió que Bianchetto entraba en convalecencia vació su alma en una carta á su mujer. Aparte le recomendaba que se la leyese á Carmen. Las respuestas no se hicieron esperar. Correas las devoró á solas, las guardó cuidadosamente y dejó trascurrir algunos días, alargando así una situación cada vez más mortificante. Por fin, dominando sus vacilaciones y sus temores, un medio día acercó su silla á la cama de Bianchetto y reuniendo toda la resolución de que era capaz, le dijo:

—He recibido una carta de mi mujer y otra de Carmen, y deseo que las leas.

Y se las alargó á Bianchetto permaneciendo como un hombre que todo lo espera de la respuesta que va á recibir.

Esas cartas fueron un deslumbramiento, una nueva vida para Bianchetto. Madre é hija significaban en sus cartas el inmenso regocijo de la

resolución del esposo y del padre, de que aquel entrase á formar parte de la familia, y el anhelo de verse cuanto antes todos reunidos en la estancia.

—Esto es toda la felicidad para mí, señor, le dijo Bianchetto devolviéndole las cartas.

—La felicidad tuya y de Carmen será la mía, respondió Correas, rodeando con sus brazos la cabeza del herido.

Indudablemente la resolución de Correas actuó como una terapéutica prodigiosa en el estado de Bianchetto. Al día siguiente ya quería levantarse y ponerse en marcha en primera oportunidad. La impaciencia que le dominaba actuó bien pronto en sentido inverso, pues le sobrevino un poco de fiebre. El médico, amostazado hasta la solemnidad, dijo secamente que no se trataba de un muchacho, sino de un hombre que debía conducirse como tal, y que si no seguía estrictamente sus prescripciones se retiraría. *Dixit*. Este úkase tuvo todo el alcance de un emplasto aplicado desde los pies hasta la cabeza de Bianchetto, quien se abstuvo de mayores manifestaciones que de la de contar algunas veces los días y las horas que, en su sentir, faltaban para regresar á la estancia. Moraleja: el *amos-*

tazamiento solemne de los médicos suele ser más eficaz que los otros remedios que propinan.

Cuando á mérito de tal compostura, Bianchetto estaba casi al fin de su convalecencia y le era dado sentarse y volverse en la cama, Correas, libre ya el ánimo de preocupaciones y querellas, pulsaba por las tardes la guitarra y modulaba su variado repertorio de cantares en los que vibraban siempre los ecos de la pampa majestuosa.

Como casi llegó el momento de la muerte, llegó el día en que el médico dió de alta á Bianchetto, permitiéndole levantarse, pero prohibiéndole que emprendiese viaje hasta que no transcurriesen algunos días más.

Una estación de la línea del Oeste distaba poco del rancho: por esta línea irían hasta la capital federal, recientemente decretada, y aquí tomarían la línea del Sud que los conduciría hasta su *pago*.

Y no hubo más, que también Correas anhelaba llegar á su casa. Fijaron el día para la partida. Correas se mostró generoso y caballero con la buena familia que los había hospedado y se marchó con Bianchetto, pues los dos amigos de éste se habían marchado días antes.

Cuando la locomotora con sus pulmones de

gigante anunciaba su partida de la estación de Luján, y como un prodigio se deslizó pòr el campo verde en dirección á la de *Olivera*, Bianchetto asomó la cabeza para reconocer el sitio en que se halló durante la refriega. Al distinguir unos árboles por donde recordó haber pasado momentes antes de ser herido, sintió una conmoción íntimamente simpática. Ese campo, esos árboles, eran queridos para él, porque eran parte de su felicidad. Él veía todo bajo el prisma de lo bello, porque la imagen de Carmen proyectaba para él la luz del amor que al sentir del poeta griego «disipa hasta las tinieblas del caos».

Si Bianchetto bajaba á la realidad de las cosas era únicamente para desear que el tren marchase con la velocidad máxima de sesenta kilómetros por hora. Pero ni el maquinista, ni los reglamentos, ni el buen sentido de las administraciones del tal ferrocarril tenían el mayor interés en aligerar la marcha de esos horribles trenes-carretas, que propinan el martirio de la lentitud monótona, abrumadora, á cuantos tienen la desgracia de usar de ellos.

CAPÍTULO XXI

LA BODA

Fué verdaderamente triunfal la llegada de Correas y de Bianchetto á la estancia. La mujer, la hija, el alcalde, los amigos y todos los peones se dieron cita allí para darles la bienvenida.

Bianchetto era naturalmente el objeto de las felicitaciones. La nueva campaña á que había asistido y en la que á pique estuvo de perder la vida, acentuó su fisonomía marcial y patriótica entre las gentes del departamento que lo consideraban tan criollo como el que más. Una comisión de vecinos, presidida por el comandante, le presentó una nota en la que recomendaba á la consideración pública el acto de arrojo del joven capitán que había levantado dignamente el nombre de la guardia

nacional del Azul. Bianchetto recibió la nota conmovido y se la entregó á Carmen.

Ese día fué de fiesta plena. Nadie pensó sino en regocijarse. Solamente la mujer de Correas, interpretando los deseos de su marido, pensó en arreglar las cosas de modo que todos los visitantes pasasen agradablemente la tarde en la estancia. El alcalde, en viendo los preparativos que se hacían en la cocina, pensó también en echar su cana al aire, diciéndose con buena dosis de convicción que el estómago satisfecho propicia la clemencia de la justicia.

La escena se había transfigurado virtualmente. Á la tristeza, al silencio, al alejamiento convencional de sus moradores durante el último tiempo, se sucedía como por encanto el júbilo, la dicha, la armónía del sentimiento y la complacencia de cada uno para todos. Se diría que los de esa casa habían salido de un sueño horrible, para entrar á gozar de una realidad gratísima que, en su sentir, no pudo jamás interrumpirse.

No incurriré en el candor de creer que interesaré al lector narrando las cosas que se decían Carmen y Bianchetto al volver á verse después de esa especie de noche para sus amores. No: me parece que le colocaría en la

situación de un tercero en presencia de lo que los amantes se dicen. Nadie se aviene á ello porque, ó las tiene ya muy oídas como quiera que sean siempre las mismas; ó no las ha oído, y quiere que se las digan á sí, y maldita la gracia que le hace oirlas como la lluvia ó el viento que azotan á cuantos alcanzan.

Por otra parte, y aunque parezca raro, en los amores la palabra no desempeña en las campañas el papel principal que desempeña en los salones. Sea porque la pasta de los enamorados no es la misma en las ciudades ó á través de la pampa, ó porque los que habitan la última no encuentran expresiones suficientemente dignas para encuadrar la pasión que es siempre intensa, pura y candorosa, el hecho real es que los ojos sustituyen á los labios con ventajas inapreciables y resultados eficacísimos.

El comentarista travieso dirá que la ventaja principal que esto último trae es que los enamorados se dirán menos tonterías y lugares comunes. No lo sé: lo único que se puede adelantar es que el amor envuelve al gaucho en cierto retraimiento melancólico que tiene algo de la solemnidad del espacio inmenso en que se cierne su espíritu levantado.

Era lo que se pasaba con Carmen y Bianchetto. Se querían con la intensidad del amor que alimentan por la vez primera dos almas puras, y apenas se hablaban. Sabían que en breve se casarían, y fiaban todas sus cuitas á la elocuencia de sus ojos.

Ese día, antes de ir á comer, á instancias de la madre de Carmen, Bianchetto refería en presencia de ésta el episodio de su herida. Pero su referencia no podía ser más rara. La hacía con monosílabos, ó en forma de interrogatorio. La mujer le preguntaba y él la respondía ó se respondía ella misma. Lo único que sacaron en limpio ambas es que la herida había sido por «casualidad».

Bianchetto no había dicho palabra de la carga brillante que llevó al enemigo, llegando hasta donde no podía menos que ser herido ó prisionero. Discreción que debiera aprovechar á los que, por boca propia, aparecen como un Necochea ó un La Madrid, llevando á su foja de servicios rasgos olímpicamente magnificados.

Cuando se llamó á comer. Correas hizo sentar á su lado á Carmen, y á Bianchetto al lado de ésta. *Fiat.* Dos futuros esposos á quienes el padre presentaba á sus amigos.

El alcalde le dió al acto alcance oficial, porque antes de ocupar su asiento se allegó á felicitar á los jóvenes.

Desgraciadamente para el alcalde, la comida fué corta. Los amigos se retiraron y sobre tablas se trató en familia del casamiento de Carmen.

Una muchacha educada en la escuela severa que se conserva en las campañas desde principios de este siglo, aseada, prolija y hacendosa como Carmen, no necesitaba emplear en sus preparativos todo ese tiempo que estudiosamente se toman en Buenos Aires las familias pudientes y aun las que no lo son, para satisfacer la vanidad de absorber la atención de sus relaciones alrededor de la novia; y para verla colmada cuando se hacen imponderables elogios de los matinées, enaguas, camisas y calzones con blondas y encajes, de las medias y hasta de las sábanas bordadas que aquélla usará, todos los cuales atavíos han sido expuestos en algún escaparate de la calle Florida, para que no quede la mínima duda á todos cuantos no puedan ver á la novia en sus habitaciones.

Carmen tenía un ropero antiguo de caoba repleto de ropas que ella se había arreglado

y cosido, ayudada por su madre. Por supuesto que allí no había lujo. Había abundancia, prolijidad y aseo, que más de una emperifollada podía sacar de ahí repuesto para sus ropas, sin que á Carmen le faltase por ello las necesarias para cambiárselas como tenía por costumbre. Con aguja y diligencia se hace tanto ó más que con dinero, que las muchachas mejor vestidas no son las que más movimiento propician á las *lencerías*, sino las que cuidan de sus ropas con la misma diligencia con que cuidan de su cara ó de su cabeza.

Así es que si se exceptúa el vestido de novia y algunas ropas de dormitorio y de tocador, Carmen tenía todo lo demás. Poco costó para fijar el día en que debía efectuarse el matrimonio. En esas dos semanas Bianchetto tenía sobrado tiempo para comprar los pocos muebles con que arreglaría su aseado ranchito donde vivirían, y á cuyo sitio decidió desde luego bautizar con el nombre de « El Carmen ».

Definida completamente la situación, Bianchetto abrazó á sus futuros suegros, rozó apenas la mano de su prometida, y montó á caballo soñando en un mundo de armonías cuyas vívidas luces irradiaban el camino hasta el rancho del cual había salido desesperado.

Los días vuelan. Á fuerza de actividad, estimulada por motivos bastantes, los preparativos quedaron pronto terminados, y el primero del mes en que debía celebrarse la boda, la estancia de Correas estaba de gala.

Á las nueve de la mañana comenzaron á llegar los amigos á caballo y algunos en carruaje. Correas y Bianchetto, modestamente vestidos de negro, los recibían bajo el grande parral conduciéndolos á la habitación más espaciosa, convertida en sala, donde se hallaban la mujer de Correas conmovida, y Carmen pálida y vestida de blanco como un jazmín recién abierto.

En la campaña se observa con rigidez inquebrantable todos los preceptos que observaron los mayores en los actos que se relacionan con la organización de la familia. Las leyes han marchado felizmente de acuerdo con estas tradiciones sanas, que no tienen para el habitante argentino otros inconvenientes que los que han suscitado los amantes de novedades más seductoras que eficaces. Aun después de las últimas reformas relativas á la celebración del matrimonio, ha quedado en pie la consagración religiosa de ese acto que conceptúan un sacramento cuando menos todas las mujeres argentinas, porque

bajo de tal concepto se formó el hogar de sus padres y de sus abuelos, y porque quieren que tal piadosa creencia presida el hogar de sus hijos. Quien no lo cree así encuentra en la ley el medio de satisfacer su reserva, como quiera que el matrimonio sea un acto civil por lo que respecta á la sucesión y á la herencia. Y basta y sobra con esto para quien quiera darse cuerda de liberalismo en materia de organización de la familia.

Pasadas las diez. Correas, con esa soltura digna y reposada del gaucho, tomó del brazo á su hija, Bianchetto ofreció el suyo á su futura suegra y subieron los cuatro en un *breack* siguiéndoles sus amigos, camino del pueblo.

Mucho antes de llegar el cortejo á la iglesia, las muchachas y las que ya no lo eran, habíanse adelantado á tomar un lugar cómodo para presenciar la ceremonia, fijarse bien en la cara y aspecto de la novia y escuchar lo que diría el cura, quien para su ministerio tenía la triple ventaja de ser argentino, de hablar discretamente y de imponerse por la severidad genial de sus acciones.

Cuando el cura bendijo á los desposados y les recordó sus deberes, demandándoselos ante Dios y ante los suyos, las muchachas cedieron

á ese movimiento de la simpatía que nos lleva á compartir la pena ó el goce ajenos:—en viendo llorar á la madre de Carmen y á ésta, lloraban también, sin apartar por ello la vista del cuadro que tenían delante, como si cada una quisiese prepararse para exornarlo por sí misma.

Del altar mayor se trasportó le escena al peristilo de la iglesia. Aquí de las felicitaciones con efusión tropical, de los besos que se antojaban mordiscos, de los abrazos que se antojaban conatos de estrangulación, con todo lo cual significaban sus sinceros votos esas muchachonas nacidas y criadas en la honradez que trasmitirían. No fué sino después de algunas tentativas que consiguieron subir al *breack*, regresando á la estancia seguidos de los amigos invitados á comer.

¡Cuán lisonjera la dicha que bañaba la frente de los moradores de esa casa, en ese día en que el amor á todos ellos vinculaba con el mismo pensamiento! ¡Cuánta sencillez, cuánta sinceridad en el corazón y en las acciones!... Bien podían afrontar juntos los asaltos de la adversidad.

Pero con la conciencia en el bien y la esperanza en Dios, sólo pensaban en amarse y en propiciar la alegría á sus amigos que les habían

acompañado en los buenos como en los malos días.

Claro está que el alcalde tenía principal lugar en casa de Correas. Sobre ser amigo viejo, militaba en su favor un antecedente de preciosa recordación en ese día. Cuando Correas resistía el casamiento de Carmen, él había dejado caer este verso que era un vaticinio y un llamado al corazón del padre:

«Ponerle puertas al campo
Es pedir color al viento:
Deje que su hija tenga hijos
Pa que lo peinen los nietos.»

El alcalde se sentía, pues, parte en la fiesta de ese día.

Antes de sentarse á la mesa, se allegó á los desposados á felicitarles y exhortarles de su cuenta á que imprimiesen sin tardanza trascendencia masculina ó femenina al acto que acababa de consagrar el señor cura.

Sonrió Correas de las resquisiciones un tanto pintorescas del alcalde, observándole que sus hijos estaban acostumbrados á oirle esos y otros ecos en verso, y que lo raro era que en esa ocasión hubiese dejado olvidada la inspiración.

Esto era más de lo que el alcalde necesitaba

para dar riendas á su fantasía. Allí no más, de pie, le respondió á Correas, campaneando de modesto:

No es que me falte, compadre:
Es que no sé si les gusta
Echar al agua su anzuelo
Pa que siempre salga bagre.
No es que me falte, compadre.

Todos rieron de la excusa del alcalde, y como no hay razón para que el apetito esté reñido con la poesía, á estar á los procederes de Catulo, que era el anfitrión más chispeante y el poeta más espiritual de la Roma del tiempo de la hija de Apio Claudio, de Dollabella, de Curión y Cœlio, se le hizo los honores merecidos á una gran cazuela de arroz con pimientos y pollos despresados.

Algunos pavos cuidadosamente cebados, un excelente guiso de papas, habas y espinacas, y un sabrosísimo matambre del cual quedó tanto como la sombra de los infantes de Aragón, todo ello rociado con buenos vasos del ya probado vino de don Jerónimo, pusieron á los convidados en las mejores condiciones del mundo para dar expansión á sus alegrías.

El alcalde había lanzado algunos cohetes voladores, en forma de apartes alusivos y chispeantes. Cuando creyó llegado el momento de

dar la nota seria y retribuir con sus votos la atención de los dueños de casa, se puso en pie y dirigiéndose á Carmen y á Bianchetto, dijo:

Si el alma de Satanás
Al amor se hubiese abierto,
Satanás no existiría,
Porque no tendría objeto.
El amor es como el aire:
Muere el que no lo respira;
Quiéranse como dos tórtolos
Que amor alarga la vida.
Corre el agua en el arroyo
Sin dejar rastros encima,
Como el tiempo para el hombre
Que á sus hijos encamina.
Yo he visto muchos pesares
Y sólo he visto un consuelo:—
El que nos brinda el amor
Por la mano de los nuestros.
Hay una tarde divina
En la vida, cuando viejos
En pleno invierno miramos
La juventud en nuestros nietos.

Y el bueno del alcalde enternecido se levantó á chocar su vaso con el de los recién casados.

Á depender de su buena voluntad, el alcalde habría continuado rimando hasta la madrugada. Pero los amigos querían oir á Bianchetto cuya fama de buen cantor no se perdía á través del

tiempo en que no lo habían oído. Sus íntimos, las amigas de su esposa se lo encarecieron. No hubo más remedio de ceder. Tomó la guitarra y después de la introducción de regla le dedicó á su amada este *Estilo* con voz timbrada y vibrante:

«Parca inhumana podrá
Cortar de mi vida el hilo,
Y un sepulcro triste asilo
De mis cenizas será:
Pero eso no impedirá
Que te ame con más ardor,
Y con cariño mayor,
Allá en la eterna morada
Tú serás mi siempre amada
Si tras la muerte hay amor.

Allá en el país de la muerte
Vagará mi sombra errante,
Y siempre firme y constante
Eterno seré en quererte;
Aunque esté mi cuerpo inerte
Y de tu lado distante
No olvidaré un solo instante
Lo mucho que te he querido;
Y aunque en polvo convertido
Seré polvo y polvo amante.

Si por desventura rara
Mi alma llegase á expirar
Á fuerza de tanto amar
Tal vez se inmortalizara;

Pero aunque inmortal quedara
Cuerpo y espíritu yerto
Seré triste polvo envuelto
Si tú mi sepulcro pisas,
Te adorarán mis cenizas
Aunque esté en polvo disuelto.»

Las muchachas enternecidas besaron á Carmen y felicitaron á Bianchetto. Ya no podía más el alcalde con las ganas que tenía de bailar y alborotó á todas ordenando que sonasen las guitarras. Á los primeros acordes todos se pusieron en movimiento hacia la habitación inmediata donde se organizó sin tardanza el invariable pericón.

Según es costumbre en el campo, Carmen conservaba su traje de novia, con excepción del velo que se lo había sacado para comer. De resolverse á bailar, sólo bailaría con su esposo; pero ni él ni ella demostraban deseos de hacerlo, que sentados el uno junto á la otra contemplaban su realizado sueño de felicidad, diciéndose con los ojos lo que podría ser materia de un libro.

Correas y su mujer se aproximaron á ellos cuando un vals suspendía á los amigos. El *breack* les esperaba en la tranquera. Padre y madre abrazaron á la hija amada que seguía al marido; abrazaron á éste, y derramando algu-

nas lágrimas vieron que se alejaban camino del puesto «El Carmen».

La luz en el rancho se divisaba á cierta distancia. Cuando llegó el *breack* salió un muchacho á recibir á su patrón. Un buen farol les iluminaba el corto camino desde la tranquera.

Adentro todo fué novedoso y encantador para Carmen. La mesita del centro, un sofá, las sillas, dos ó tres cuadros, una pequeña alfombra, le producían el mismo efecto que les produce á los colegiales en vacaciones el regalo siempre deseado de sus padres. No preguntaba, no manifestaba su grata impresión sino con los ojos, y como Bianchetto hacía otro tanto, aquella escena muda ó prometía durar hasta la mañana siguiente, ó debía resolverse por algún motivo de esos que el azar arroja de repente.

Sucedió lo último. Miraban ambos jóvenes un cuadro que representaba una pastora conduciendo sus ovejas que bebían en un arroyo, cuando dos ó tres perros empezaron á ladrar con inusitado furor. Carmen, que nunca se había alarmado por ladridos, tuvo miedo esa noche, no por ella sino por Bianchetto. Algo como un presentimiento siniestro anubló su espíritu, y por uno de esos movimientos tan espontáneos como la creencia en la posesión

completa del hombre á quien se quiere, rodeó con sus brazos el cuello de Bianchetto como para protegerle y le dijo: — Tengo miedo...

Bianchetto la tranquilizó sonriendo. Era alguna vaca arisca que había corneado á alguno de los perros. Un silbido del muchacho acalló los ladridos... El silencio reinó entonces fuera y dentro del rancho...

CAPÍTULO XXII

ANTIGUOS CONOCIDOS

El tiempo se desliza en calma y en silencio. Asombra su veloz carrera á los que no lo miden mientras gozan de las alegrías de la vida. ¡Si no puede ser! ¡Si parece que fué ayer! dicen las gentes de ciertas fechas sobre las cuales han transcurrido los meses y los años rápidos como los sueños.

Así decía á Correas su mujer un buen día en que iba y venía, trayéndole un mate y dirigiendo los preparativos de la comida á la que asistirían Carmen y Bianchetto por ser el primer aniversario de su casamiento.

¡Un año ya! ¡Y un hijo! ... ¿Y qué le importaba á Correas que el tiempo apareciese corto ó largo con tal que, en vez de uno, tuviese cinco nietos?

Entre tanto él pasaba los días junto al que

Dios le había dado. Ó estaba con su mujer en « El Carmen » ó Carmen estaba en la casa principal con el chiquilín.

Por lo demás, él salió con la suya, porque en pos de uno otro, y otro, y otro—cuatro varones sanos y robustos; cuatro futuros guardias nacionales que serían educados en la escuela del padre y del abuelo, como ya lo anticipaba, llegando en sus impaciencias á manifestárselo muy seriamente al mayor de los muchachos quien, tan en ello estaba, que ya no había forma de que lo llevasen á caballo en la delantera, sino que quería ir solo, montado en su petizo.

¡Qué!... ¿cuatro?... quizá serían ocho porque Carmen iba en camino de tener muchos. Gracias á Dios. La paz en el hogar donde el trabajo es ley cotidiana, fecunda el inmenso bien de los hijos que lo alegran y lo engrandecen.

Es el pensamiento de D. Juan Cruz Varela quien, estimulando, allá en remotos tiempos, la inmigración para nuestras desiertas llanuras, decía:

« .... entregados
Al trabajo rural, y á los amores
Que nacen entre paz, se multiplican
Cual la simiente que en el suelo arrojan
Y el genio de la Patria los bendice. »

Y todo había sido una *bendición* en el modesto hogar de los buenos muchachos.

Con las facilidades que Correas proporcionó, Bianchetto pudo ensanchar sus sementeras, á punto de ser por entonces uno de los primeros agricultores del departamento. Además, era medianero en las ocho majadas de la estancia y en el rodeo de vacas ya muy amestizadas. Tenía lo bastante para pasar una vida cómoda con su familia, y sus hijos serían con el tiempo los dueños de ese establecimiento, cuyo campo representaba un capital que había cuadruplicado, á consecuencia de la ocupación militar de toda la remota Pampa, del sometimiento y traslación de los indios que en ella merodeaban y de la valorización que comenzaban á tomar las tierras lejanas donde á la sazón se formaban estancias ó se levantaban pueblos.

Con la prosperidad se había acentuado la personalidad de Bianchetto en el departamento. Sus vinculaciones; sus servicios militares; las comisiones que desempeñó en servicio público; su participación en los negocios con las mejores firmas y su reputación de hombre de bien, le crearon una influencia tanto mejor cimentada, cuanto que jamás la había hecho pesar en nada que tuviese relación con su persona.

Sin contar los cargos transitorios que le confió el gobierno de la provincia, había sido miembro del Consejo Escolar, comandante militar y juez de paz suplente. En una ocasión en que el vecindario bien intencionado quiso formar una municipalidad sin vinculaciones políticas que la desnaturalizasen, eligió á Bianchetto municipal y sus colegas le nombraron presidente. Había desempeñado los principales cargos sin haberlos solicitado, sin haber medrado jamás para desempeñarlos, dando así ejemplo de buen republicano que debe conceptuarlos, no como merecimientos á sí mismo, sino como prueba de confianza en que es capaz de servir los intereses del común á que se pertenece.

Á poco más de los treinta años habíase asegurado una posición holgada, era feliz con su mujer y con sus hijos y apreciado dentro y fuera del departamento como uno de los ciudadanos más útiles y progresistas. ¿Á quién le habría ocurrido conceptuar extranjero á Bianchetto? Ni á él mismo. Su sangre derramada juntamente con la de los valientes gauchos con quien se había criado; su sentimiento y su voluntad enérgicamente le habían llevado á confundirse con la población nacional. Y cuando así no hubiese sido, sus seis ó siete hijos eran

otras tantas raíces que lo adherían á la patria de los argentinos á que ellos pertenecían. El trabajo, la solidaridad que trae aparejada y ciertas ideas cuya dilatación propicia el medio ambiente de este país que, al igual de los Estados Unidos, ha variado en la época moderna el curso de las relaciones políticas entre los hombres de todas las latitudes, realizaron sin violencia ese hecho trascendental en la vida de Bianchetto.

Por sobre todo esto, Bianchetto tenía delante de sí un porvenir, pues era demasiado joven para detenerse en el camino de su prosperidad. La ocupación de nuestros desiertos que representaba aproximadamente veinte mil leguas libradas á las labores de la civilización, había despertado el interés de los pequeños y de los grandes capitalistas. Nacionales y extranjeros se apresuraban á comprar esas tierras al amparo de los derechos libérrimos que acuerda nuestra Constitución y de las franquicias que dispensaba el gobierno, interesado á su vez en poblar esa vasta extensión que por el Oeste y por el Sud confina con el gran macizo de la Cordillera de los Andes y el Estrecho de Magallanes.

En el año á que se refiere este capítulo, ya no

causaba asombro ver pueblos florecientes donde en el año de 1877 se levantaban tolderías de Saihueque, de Namuncurá ó de Pincen; y que la actividad del extranjero confundido con el natural se hubiese aplicado con éxito al desenvolvimiento de las industrias pastoril y agrícola en las fértiles comarcas que bañan los ríos Colorado, Negro, Neuquén, Limay, etc.

Bianchetto había poblado una estancia en la *Pampa Central*, y como hubiese servido de perito á su vecino el de « Los Ingleses » para ubicarle un campo en esos territorios, cada vez que Mr. Morton, que así se llamaba el vecino, venía á su estancia, tenía la costumbre de visitar á Correas y á Bianchetto.

Uno de esos días en que Correas y Bianchetto, sentados en el amplio corredor de « El Carmen », (el cual *puesto* había sido transformado en razón de las prosperidades de su dueño), veían plácidos jugar á cinco ó seis pequeñuelos, se desmontó en la tranquera el rico propietario de « Los Ingleses ». Iba á invitar á ambos, á sus familias y amigos á una fiesta en su casa, con motivo de una *yerra* que deseaban presenciar personas recién llegadas de Inglaterra.

Al día siguiente Correas y Bianchetto con sus esposas se dirigieron á caballo á la estancia de

su vecino, donde ya encontraron mucha gente de los alrededores y algunos extranjeros que habían llegado de la ciudad.

Los últimos eran ingleses, entre los cuales había más de uno de esos raros ejemplares del gran riñón de la metrópoli del mundo, que por la primera vez de su vida « rodaba tierras, » como se dice por aquí. Los demás pertenecían á esa clase que se distingue por la admirable constancia con que recorren dos ó tres continentes, en busca de emociones, y por la paciencia evangélica con que escuchan la jerga sempiterna y repetida de sus guías, cuyo despotismo llega al punto de fijar día y hora para subir á las Pirámides, ó para bajar á las catacumbas de Roma ó de París, ó para endilgarles sus conocimientos respecto de la lámpara de Galileo, del violín de Paganini, del milagro de San Genaro, de la lámpara del baptisterio de Florencia, de cada una de las estátuas de lo alto del Duomo de Milán. de la cabeza del gigante de la catedral de Barcelona, de los episodios del sitio de Gand, de la riqueza de los judíos de Francfort y de mil enormidades que sobran para que uno se dé al diablo con los viajes si ha de llevar consigo ese porúnculo mortificante que se llama *cicerone*

chichón, cuya especie debió ser concluída há tiempo por el fuego del *Santo Oficio*.

Estos viajeros supieron con asombro que en Buenos Aires no existía la institución de los *cicerone*. Entrando á raciocinar sobre el particular, con la seriedad y buena fe de los de su raza, se dijeron que las gentes del país confiaban demasiado en la fortaleza é iniciativa de los ingleses, obligándolos á recorrer solos tan enormes distancias y convirtiéndolos de *touristas* en exploradores.

Agradeciendo ingenuamente esta buena opinión de los hijos del país, á fuer de hombres educados preguntaron si abundaban los ladrones en las dilatadas llanuras pampeanas. Se les respondió que el gaucho era altivo y belicoso, pero nunca ladrón, é hicieron completamente de lado la esperanza en esta emoción que habría tenido página preferida en su cartera de viaje. Todavía preguntaron si obtendrían fácilmente caballos para internarse en la Pampa. Se les respondió que tendrían una *tropilla*. En seguida de apuntar este vocablo para buscarle la raíz latina, en su afición reconocida á la lengua de Virgilio, de Cicerón y de Petronio, ya estuvieron listos y se marcharon con su amigo el dueño de

la estancia «Los Ingleses» á ver lo que no habían visto en todo lo que habían recorrido.

Cuando Correas y Bianchetto saludaban al opulento propietario de «Los Ingleses» bajo el inmenso galpón donde se había colocado asientos suficientes para que los convidados presenciasen los ejercicios y diversiones que se suceden con motivo de una *yerra*, una espléndida amazona hizo rayar un brioso alazán á pocos pasos de ellos, lo palmeó y descendió suavemente casi sin apoyarse en el brazo que le presentó un viejo *footman* que la acompañaba.

Rayaría en los treinta y cinco años esta mujer, cuya belleza había llegado á esa madurez que parece resumir todos los encantos que se van pronunciando en los dorados años de la juventud. Cuando Mr. Morton le presentó á Bianchetto y á Carmen, esa mujer miró fijamente á ambos y con tono desdeñoso y soberbio dijo:

—Ho conosciuto á Sestri Ponente un certo Bianchetto...

Bianchetto saludó y, sin saber por qué, se puso colorado como una grana. Felizmente Carmen contemplaba el traje de la amazona, que á haber mirado á su esposo, probablemente habría iniciado en oportunidad una de esas inquisitorias

conyugales en las que la mujer saca siempre la mejor parte.

—Esta mujer... se dijo Bianchetto; su aspecto singular; su afición al caballo; este *footman* envejecido... Sestri...es la misma, es la extranjera que me daba monedas por mis canciones en el hotel de los suburbios de Génova.

¿Cómo se encontraba ahí? Como se encuentra un inglés ó una inglesa en el punto más remoto.

Después de haber viajado por la India en compañía de un su tío el general Lydiards, quien decía que había permanecido allá «Thirty years for commence» regresó á Londres. Á poco salió de Londres porque un laureado poeta la solicitó en matrimonio, agravando su solicitud con una persecución tanto más fastidiosa, cuanto que el poeta no le inspiraba mayor interés que aquel simpático joven español, que á la postre se cansó de seguirla y murió tísico en una casita de campo entre Florencia y Fiesoli.

Cansada bien pronto de París, donde algunos derrochadores la confundieron con loretas más ó menos encopetadas, permaneció algún tiempo en Florencia. Aquí llamó la atención por sus carruajes y por la cantidad de troncos que empleaba,pues recorría el *Lungarno* en un *breack*

tirado por veinte y seis caballos colorados que ella conducía.

Su *footman* iba en el asiento trasero con los brazos cruzados, imperturbable como siempre.

En busca de nuevas emociones, seducida por las crónicas animadas que de las llanuras argentinas hacían los diarios de Londres, se vino á Buenos Aires en un vapor de la Mala Real, marchándose á los pocos días á la estancia de Mr. Morton, que era amigo de su familia.

Lo positivo es que Mad[selle]. de Teecke, quizá por la primera vez de su vida sentía cierta admiración en presencia de los prodigios de agilidad que, como la cosa más natural del mundo, realizaban esos gauchos en la estancia de Mr. Morton. Y tanto que hubo que contenerla para salvarla de algún accidente ocasionado por los animales bravíos á los cuales se acercaba como si quisiese dominarlos desde luego.

Una de las diversiones que más le conmovió fué la de la doma de un potro. Mr. Morton, á fuer de buen inglés, quiso darse un *corte* solemne convidando á los gauchos más diestros para asombrar á sus graves compatriotas.

Los intrépidos gauchos, que así lo comprendieron, se empeñaron á su vez en mostrar que

nadie los sobrepasaría, con tanta mayor razón, cuanto que lo que para los otros era cuestión de la vida, para ellos era motivo de entretenimiento.

Encerrados los potros en un corral se indicó el que debía ser montado. Un gaucho trepó á la *orqueta* de la tranquera dejando ésta abierta. Otro echó afuera á los animales. Al pasar junto á la orqueta el caballo indicado, el gaucho voleó la pierna, le tomó de la oreja y se le plantó encima en pelos y sin enfrenarlo.

Al sentir el peso, el animal se abalanzó algunos metros, dió dos furiosos corcovos, en seguida otros dos, y volvió á abalanzarse. Cuando el gaucho asido de las crines vió que agachaba el cogote para arrojarlo con el anca, le metió los pies en los sobacos, lo *acodilló*. El animal, echando espuma, empezó á temblar sin poder dar un paso. Estaba vencido. El gaucho, por un movimiento rápido, se arrojó al suelo de un salto, pegándole con la mano en la cabeza para torcerlo al lado opuesto. Un aplauso general coronó este triunfo del hombre sobre la bestia enfurecida; pero el gaucho, que es grandioso en todo lo que le toca de cerca, respondió modestamente que eso no era raro, que cualquier gaucho podía hacerlo.

En seguida se *pialó* á caballo, y se pialó á pie, en lo que el gaucho hace alarde de maestría, pues sucede á las veces que al tirarle la lazada al animal vacuno para tomarlo de los cuernos, el otro gaucho que ayuda erra su lazada, y entonces el animal vuelve furioso sobre el primero y se requiere la intervención de varios para evitar una desgracia.

Luego se sucedieron las carreras, las cinchadas, corrida de sortija y la carne con cuero. Los ingleses quedaron admirados. Recapitulando sus recuerdos, concordaron en que no habían visto en su vida espectáculo semejante, ni aún en el *Royal Aquarium*. Tres ó cuatro escribieron en su cartera de viaje: «Argentin Republic—Buenos Ayres—The Pampas—Great atraction—The domador—The yerra—The carne con cuero exquisit—Mr. Morton's estancia.»

Por la tarde se organizó una cabalgata para llegar á la falda de una sierra donde había mármoles de varios colores. Pero aquí de Mad^{selle}. de Tecke. Á Mad^{selle}. de Tecke se le había puesto entre ceja y ceja que había de enfrenársele el potro montado esa mañana por la primera vez. Se le argumentó el inminente peligro que correría. Respondió que lo enfrenaría ella con ayuda de su *footman*. Y lo desesperante, lo fenomenal

era que este *footman*, este oso desprovisto al parecer de sentimiento, decía á todo ello *that's right*, y se preparaba á arremangarse para la tal obra, como si fuese «para todos la bota de potro,» según la expresión de uno de los gauchos, que no necesitó que le tradujesen las intenciones del oso después de los movimientos que le vió hacer.

Trabajo, y no poco, costó persuadir á la intrépida Miss, la cual tranzó por un caballo brioso que ella escogería entre algunos que se le presentase. Escogió un colorado escarceador, redomón espléndido de ojos tranquilos y grandes alientos. Los gauchos se miraron entre sí y alguno representó á Mr. Morton que podía haber una desgracia... Todo fué inútil... Un gaucho tuvo de las riendas al caballo mientras ella montaba con la ayuda de su *footman*.

El colorado hinchó el lomo, y los gauchos quedaron á su vez admirados de la intrepidez con que la amazona lo palmeaba, como si fuesen antiguos conocidos. Dicen que la víbora, sea por egoísmo ó por compasión, introduce la cola en la boca del niño mientras chupa la leche de la madre dormida. ¿Quién aseguraría que el caballo no se sentía confundido por esa valerosa

hermosura que primaba sobre la soberbia indómita?...

Partieron... Las diminutas manos de la amazona dominaban las riendas, y así lo sentía el bruto que se abalanzaba á las veces, pero que cedía al fin. Mad^{selle}. de Tecke respondía con palabras tranquilizadoras á los que la demandaban prudencia. Solamente una vez se ocupó de sí misma, y fué para pedir al que galopaba á su lado que le alcanzase el látigo que había caído al suelo. Al presentárselo Bianchetto ella le dió las gracias en italiano con una expresión de melancolía inusitada.

Descendían de una loma á un bajío pedregoso que conducía á la falda de la sierra, cuando los amigos de Mr. Morton lanzaron un grito de terror. Mad^{selle}. de Tecke acababa de dar cuatro latigazos á su caballo y éste emprendía furioso la carrera. Unos quisieron correr tras ella, pero Bianchetto observó que sería peor: que alguno hiciera un rodeo por la izquierda, que él lo haría por la derecha á fin de alcanzarla antes de que ella llegase á la falda de la montaña.

Se veía el cüerpo de la amazona firme en la silla; pero con indecible horror se le vió también castigar nuevamente al caballo, lo que demostraba que en su excentricidad temeraria

quería subir á gran carrera la cuesta de la montaña. Á poco se vió que el caballo tropezaba y se encabritaba. La sucesión de cerrillos que se interponía impidió ver más.

Bianchetto, que iba perfectamente montado, describió una gran curva á la carrera y tomó la recta en la dirección en que creía encontrar á la amazona. Conocedor del camino, pudo llegar primero á la cuesta de la montaña. Pero no tuvo tiempo de hacer más... Acosado por los latigazos de la amazona el generoso bruto emprendió la carrera por camino pedregoso. Al tropezar en un montón de piedras se dislocó una mano. El dolor le hizo encabritarse, y con tal fuerza despidió á la amazona que la cabeza de ésta dió contra las piedras tiñéndolas en sangre.

Bianchetto se aproximó á la amazona, y al apoyarle la cabeza en su brazo, mientras que con la otra mano trataba de contener la sangre que de ella manaba, Mad^selle^. de Tecke haciendo un esfuerzo acercó más la cara... Sus ojos se fijaron en los de Bianchetto con una expresión de indefinible ternura... sus labios se abrieron como para decir una palabra ó estampar un beso y... murió.

Púdica como esas vírgenes animosas y gue-

rreras de Homero y de Eurípides, había arreglado sus vestidos y colocádose dignamente para morir, á semejanza de Pentesilea, de Polyxena y de Hecuba que inspiraban violento amor ó profunda veneración á sus matadores ó á sus verdugos.

Ante su cadáver se podía decir como ante el de la Clorinda de Tasso:

« Gli occhi a lagrimar gl'invoglia e sforza. »

....

En el sitio en que cayó la amazona se veía algunos días después una modesta cruz sobre piedras apiladas, en las cuales habíase dejado una concavidad como para colocar una luminaria. Era la ofrenda de los gauchos del lugar.

Al caer la tarde, manos piadosas encendían la vela ó el farolillo; y el que en noche tranquila pasase por ahí, después de sacarse el sombrero y persignarse, podía observar cómo los rayos de la estrella Venus imprimían colores fantásticos á esas piedras conmemorativas del fin de una mujer de alma grande que quizá amó mucho, mucho, y que no pudo encontrar la felicidad en este amor...

CAPÍTULO XXIII

EL TRIUNFO DEL PRINCIPIO

Pocos días después de la trágica muerte de Mad^{selle}. de Tecke, se notaba cierto movimiento de carros con bultos que se dirigían de la estación del ferrocarril al extremo del campo de Correas.

En este punto, y sobre una loma que descendía suavemente hasta un arroyo que limitaba ese campo, se había levantado dos buenos ranchos, el uno para habitación y el otro para *negocio*, á juzgar por el *alero* y la parte del techo que sobresalía unas tres varas de la línea de la pared,y por la reja de hierro que por el frente lo incomunicaba con el exterior.

Quien recibía los carros y se hacía cargo de las mercaderías era el mismo Ercole Fiori, antiguo dueño de la *trattoria* de la Boca del Riachuelo.

Los negocios habían andado mal para Ercole Fiori ó, más propiamente, Ercole Fiori, había andado mal en los negocios, porque mientras él se derrumbaba, sus amigos, sus vecinos y los de más allá prosperaban en ese activo vecindario de la Boca donde el trabajo encuentra, sin demora, digna compensación.

Había andado mal, fuera de toda duda. Si Ercole Fiori hubiese tenido veleidades de poliglota, no habría parado hasta que no abarcase los mil idiomas y otros tantos dialectos que se hablan en el mundo, siquiera fuese como pretenden abarcarlos en poca ó mucha cantidad algunos traductores de los clásicos, quienes con tan plausible motivo se propician la inmensa satisfacción de enmendar el pensamiento á los clásicos, en la forma convenida de anotaciones explicativas.

Así procedía respecto de los negocios. La fiebre intermitente con que quería abarcarlos, le enceguecía á punto de no distinguir los claros de los turbios. Y como estos últimos son, por sobre todo, más especiosos que sólidos, Ercole Fiori se encontró muy cerca del vacío y más cerca de los damnificados que le habrían dado los peores ratos del mundo si no les hubiese demostrado, como tres y dos son cinco, que el fra-

caso se debía á circunstancias superiores á los conatos más enérgicos del hombre.

Después del *quod erat demostrandum* había quedado casi en la calle, pero tranquilo y sonriente, sonriente como esos tenorinos florentinos que durante tardes enteras cantan para aspirar aire, á falta de bocados apetitosos que sobran á los que les oyen en calma.

Su fe en el porvenir valía un millón en el bolsillo. Un día que entraron en su *trattoria* Correas y Bianchetto, de paso para la ciudad, les expuso su verdadera situación, sin querellas, sin enojo, con la placidez del fuerte que no se da por vencido. Les dijo que iba á cerrar la *trattoria* y á ofrecerse cocinero, ó contador, ó músico de teatros, ó repartidor y vocero de avisos notables, ó camarero á bordo, ó ayo de algún niño; que él sabía desempeñar éstos y otros oficios que le permitirían ganar su vida.

Correas y Bianchetto se miraron y concordaron, á fuer de buenos, en el mismo pensamiento. Le propusieron á Ercole Fiori que les acompañase á trabajar en la *estancia*. Que al efecto le habilitarían con un almacén y tienda en el extremo del campo: que á este negocio podría agregar el de la cría de cerdos y aun la de ovejas si

le iba bien, y que el tiempo decidiría de lo demás como había decidido de ellos.

Ercole Fiori, que no era hombre de enternecerse por cualquiera cosa, sintió que asomaban á sus ojos dos gruesas lágrimas, que otras dos las hacían rodar por sus mejillas, y que otras cuatro surcaban el mismo camino sin que fuese posible contenerlas.

Una sola condición puso Correas: la de que no vendería bebidas por copas en el mostrador; que las que vendiese sería en botellas para ser gustadas en casa. Correas sabía por experiencia que las *pulperías* de campaña son la perdición del gaucho, pues los tósigos que se les vende por copas les embriaga y les trastorna, á punto de que cuando no tienen con quien pelear llegan á herirse á sí mismos, y que en el mejor de los casos consumen allí todas sus economías en el juego, ó sufren meses y meses de prisión por algún homicidio, cuyas causas atenuantes no obstan á que la familia quede abandonada y quizá disuelta.

Todavía mediaba otra circunstancia. Ercole Fiori no estaba solo. Tú que no puedes, llévame á cuestas! Su familia le había propiciado un sobrino, con la sana intención de que él lo encaminase en Buenos Aires, y él no podía tirar á la

calle á este sobrino, el cual, por sobre tener apenas once años, iba continuamente asido de la chaqueta de su tío. Ni él tenía entrañas para ello, que la pobreza nunca es huraña con el desvalido.

Bianchetto se miró en el espejo del sobrino, retrotrayéndose á sus primeros años, y le dijo que le llevaría consigo, que le iniciaría en la ganadería y la agricultura, y que le haría hombre de trabajo como Correas le había hecho á él.

Dicho se está que Correas asintió á todo, porque desde hacía algún tiempo había delegado en Bianchetto toda su autoridad, á punto de que en la estancia se hacía lo que Bianchetto ordenaba. El papel de Correas se reducía al de los viejos mimados por los hijos, que se dan el inocente placer de mirarlo y observarlo todo sin insistir en nada, porque confían en que aquellos harán lo que por tanto tiempo ellos hicieron.

La instalación de Ercole Fiori y de su sobrino en la estancia fué motivo de íntima satisfacción para Bianchetto. Él cumplía el principio humanitario de utilizar en favor de los demás los beneficios recibidos en cabeza propia.

El ejemplo de Correas se había encarnado en él, y al ejercitarlo confiaba, á su vez, en que ese hombre de edad provecta á quien no faltaban

sentimientos generosos y, ese niño cuyos sentimientos se formarían en la escuela regeneradora del trabajo, seguirían el mismo impulso humanitario en favor de aquellos que lo necesitaren; y que éstos harían otro tanto, erigiéndose así en sistema el hecho de que cualquier hombre prosperase por la ayuda ó estímulo que se prestase á su trabajo, sin que esta cadena se quebrara á pesar del tiempo y de las vicisitudes.

Como se ve, Bianchetto acariciaba el embrión de una idea grandiosa, originaria de las tierras que bañan el río de la Plata: la de asimilar y confundir por la esperanza en el progreso, por el esfuerzo común, por las vinculaciones de la sangre y por el sentimiento en la solidaridad nacional, á los hombres de todas las latitudes, por humildes y desheredados que sean, que habiten la República Argentina y cuenten en ella como entidades más ó menos importantes de la ciencia, del arte, del trabajo, de la actividad humana aplicada al progreso y á la libertad.

El Bianchetto de hoy regenerado, educado en sus sentimientos, con una posición bien cimentada, querido y respetado, rico y con mucho camino delante, y el Bianchetto de ayer, desvalido, con el egoísmo de la miseria, sin vínculo con el mundo, destinado á vegetar en la obscu-

ridad ó la abyección que alcanza al bajo pueblo en las colectividades antiguas, donde las elevadas clases sociales campean con sus preocupaciones y sus exigencias,—era una prueba palpable de la excelsa bondad de esa idea humanitaria cuya dilatación es la que ha radicado en nuestro país las prosperidades que nos asombran.

No es extraño, pues, que Bianchetto, inspirado en los sentimientos generosos á los cuales debía su regeneración, fuese un agente de esa idea encarnada en el medio ambiente en que se había desenvuelto.

Esa idea es consagrada en las leyes fundamentales argentinas, como una especie de dogma político bajo cuyo auspicio se ha poblado y engrandecido la República.

Son ineludibles, á fuer de naturales, las consecuencias de esta grande evolución del pensamiento moderno, en lo tocante á la consolidación de una nacionalidad que pide fuerzas á los hombres de todas las latitudes para cimentar progresos y asegurar libertades comunes á todos; son *extra jus*, de modo que se producen por el poder virtual de los hechos, como se desenvuelve el embrión ó se efectúa el crecimiento humano.

Y esa misma solidaridad del esfuerzo; ese

sentimiento de la propia responsabilidad, estimulado á medida que el residente á perpetuidad prospera y se mira igual á los demás ciudadanos; las inefables vinculaciones del amor que mantiene la esposa y que sellan los hijos, nacidos en esta patria argentina, á la que se pertenecen y donde han de desenvolverse,—por la lógica de los hechos producidos á través de los años conduce á creer que ya no es posible sentar en absoluto los principios que regían en la antigüedad á los hombres entre sí por el hecho de haber nacido en distintas divisiones geográficas.

No: esos hombres radicados en la República Argentina parten del principio de que las naciones son grandes no solamente por los progresos que realizan dentro de sí mismas, sino también por los que pueden llevar á las otras naciones. Partir desde otro punto de vista sería como posponer la Gran Bretaña, Alemania, Estados Unidos y Francia á la Gran China, este vasto campo de grandezas encerradas tras las murallas contemporáneas de Confucio.

Es natural, pues, que se digan que ensanchar los progresos del país en que están radicados, es acción noble y patriótica, porque es sembrar en campo fértil los frutos que recogerán los

hijos argentinos por la ley, y más que por la ley, por la naturaleza.

Esta es la excepción humanitaria y liberal del patriotismo en la época moderna. Retrotraerse al principio antiguo, cuando no se había iniciado la grande evolución política de abrir el inmenso país argentino á los hombres de todos los puntos del globo, para que gocen libremente de los mismos derechos que los naturales, sería como querer vivir á pura pérdida entre sombras que hasta la misma naturaleza despejaría. Y apurando la lógica, el ideal del acendrado patriotismo, sería el de los chinos, ó el patriotismo sería esta abstracción que el salvaje interpreta á su manera defendiendo su *toldo*, como la fiera defiende su cueva, porque en este pedazo de tierra encuentra su mundo y en este mundo la menguada satisfacción de sus instintos.

Á impulsos de la idea humanitaria la República Argentina se va poblando, y se cuenta por sus producciones y sus progresos entre las naciones civilizadas. La Europa ha contribuído á ello con sus luces y con sus hombres, y la República ha alivianado á las sociedades europeas del exceso de su población, la cual se confunde en el crisol de donde surge una nacionali-

dad con energías singulares y con aspiraciones ardientes á la libertad.

Millones de hombres pueden todavía asociar su pensamiento y su acción á esta obra del progreso moderno que, como evolución orgánica, ha de llamar justamente la atención en lo futuro.

Tierras fértiles é inmensas esperan todavía la mano del hombre para que las trasforme á la sombra de la libertad, que es la madre fecunda de la labor reproductiva.

Hace algunos años, uno de esos *pionners* que de Europa vienen y descubren los misterios encantados de los senos de la tierra argentina, llevó consigo un cabrío y seis cabras al extremo del territorio de Santa Cruz. Las cabras, como después las ovejas, se han reproducido por millones en esos territorios donde no se levanta una espiga de maíz. Por millones de millones se levantarían las espigas si se hubiese echado la simiente y se hubiese regado con el sudor del trabajo ennoblecedor.

Tal es la grande evolución triunfante: tal es el principio que domina en cabeza de medio millón de residentes que pueblan la República Argentina.

Se diría que Dios para dar auge colosal al principio de la libertad humana irradió el espí-

ritu de Colón con la inspiración del descubrimiento del nuevo mundo.

Al cabo de cinco siglos, el consenso universal se afirma en que la América es la tierra prometida de la libertad. Los hombres de todas las latitudes van á ella como va la luz á despuntar la aurora, como va el oro allá donde es necesario.

Ya no se puede violentar esta aspiración del hombre que se cree digno de servir á la libertad allí donde lleva su trabajo, su arte, su idea. Esta es la acepción humanitaria del patriotismo.

Y al favor de esta aspiración vendrá un día en que la ciencia y el arte seculares del mundo civilizado se fundirán en las ideas y en los sentimientos del nuevo mundo, donde todas las razas habrán formado un compuesto cuya grandeza medirán los que se hallen en posesión de los últimos progresos.

¡Dichosos mil veces los que puedan presenciar estos prodigios de la libertad!

FIN

1930



BOSTON PUBLIC LIBRARY
3 9999 06561 257 2

